

**Historia de un Terremoto:
Mendoza, 1861**

Daniel Schávelzon

Centro de Investigaciones Ruinas de San Francisco
Area Fundacional de Mendoza
Municipalidad de Mendoza

2007

Indice

- Presentación
- El terremoto y una iglesia jesuita en la inmensidad americana
- El impacto físico, social y cultural del terremoto
- La arqueología histórica abre los estudios
- Lo que pasó después del terremoto...
- Los usos del espacio físico del Area Fundacional
- Las ruinas en el imaginario popular
- Imaginario colectivo, cambio social y transformación urbana
 - Interpretando los fenómenos naturales
 - La antigüedad clásica
 - El pensamiento religioso
 - La teoría de la *decadencia terrestre* y el cambio geológico
 - Y en América Latina ¿qué se sabía?
- La construcción del imaginario en Mendoza
- Actitudes culturales ante los eventos de la naturaleza en América Latina
- El terremoto y las múltiples formas de la cultura
- El desastre del terremoto: natural o cultural
- La plaza antigua: ¿abandono u olvido intencional?
- La fuente del Area Fundacional: algunos documentos históricos
- Conclusiones
- Bibliografía

Presentación

El Area Fundacional de Mendoza es una de los grandes emprendimientos culturales argentinos del siglo XX. Durante muchos años y bajo la dirección de la Municipalidad de Mendoza se fue creando una zona histórica que recuperó, y sigue haciéndolo, los restos materiales de los que fuera brutalmente destruido por un terremoto en 1861. Esto es parte de todo lo estudiado y excavado allí, entre sus ruinas.

Hoy, para el habitante urbano de Mendoza, el terremoto de 1861 queda muy lejos de su realidad cotidiana, pero lo que este libro intenta demostrar es que los esos sucesos siguen presentes aunque en forma inconsciente, de manera poco clara por cierto, pero está en la estructura física de la ciudad, en su arquitectura, en muchas actitudes tradicionales, en su arte y en su cultura; y más que nada en su imaginario colectivo. Es y seguirá siendo parte ineludible de la identidad de la ciudad. Por eso resulta importante estudiarlo, analizarlo, ver que hay de cierto y de imaginación, entender que pasó, cómo se comportó la población y sus autoridades, porqué se fundó la Ciudad Nueva cerca de la vieja, qué intereses estuvieron en juego, que polémicas se generaron, quienes salieron ganando y quienes perdiendo aun mucho más que la vida o la de sus familiares.

Este libro ha sido el resultado de años de investigación en especial en lo que fuera el antiguo cabildo –hoy Museo del Area Fundacional-, y en las Ruinas de San Francisco –hoy Centro de Investigaciones-; presenta datos recobrados en las excavaciones arqueológicas, en los libros, en la memoria de los habitantes del lugar y en documentos poco conocidos de los archivos locales. Y el resultado es muy diferente de lo que podríamos esperar, al mirar hacia nosotros mismos en el pasado de una forma diferente a la tradicionalmente sostenida, sin temores ni tapujos, entendiendo mejor cómo somos, cómo queremos ser y cómo hemos querido ser vistos a lo largo de un siglo y medio. Es una historia de Mendoza, aunque podríamos decir que es *otra* historia de Mendoza, distinta.

El terremoto y una iglesia jesuita en la inmensidad americana

Nadie sale indemne de un terremoto aunque no haya muerto en él. Los desastres naturales son, como veremos, también eventos de la cultura; es más, muere más gente por la irresponsabilidad que por los efectos realmente naturales. Por supuesto hay que esperar a que suceda una tragedia para oír los ciertos aunque tardíos “si hubiéramos hecho caso...”, pero así somos los seres humanos. Y el terremoto de 1861 que asoló la ciudad de Mendoza fue tremendo ya que destruyó la enorme mayoría de una ciudad que, pese a haber tenido temblores intensos uno tras otros a lo largo de dos siglos, nunca se había hecho absolutamente nada concreto para evitar la tragedia. Esa es parte de esta historia: analizar qué se sabía y qué no se sabía sobre el tema y que se hacía en otras partes al respecto. La otra parte de este libro es entender cómo afectó a sus habitantes, a su arquitectura, a su ciudad, cómo el tema quedó enquistado en la memoria ciudadana llevándolos a tomar decisiones y a mantener pautas de conducta que son típicamente mendocinas, transformadas pero presentes. Pese a que ha pasado un siglo y medio, aun la ciudad y sus autoridades toman decisiones inconscientes basadas en lo que oyeron o leyeron sobre el terremoto, se repiten historias que distan mucho de ser ciertas, se recrea el imaginario una y otra vez. Vamos a meternos en ese imaginario y seguir las pistas de este evento crucial hasta la actualidad.

Para este estudio se ha partido de la arqueología, de la iconografía y de la historia; es decir que de varios de los puntos de partida que existen cuando nos asomamos desde el presente hacia el pasado. Esta visión múltiple es una decisión que fue tomada en la medida en que este estudio es parte del gran proyecto del Area Fundacional, en el cual la arqueología es el área de conocimiento central. Y asimismo usamos como ejemplo las ruinas de San Francisco donde, después del Cabildo, se han centrado los trabajos e investigaciones. Actualmente los estudios permitirían hacerlo desde otros edificios ya excavados e historiados, como San Agustín o La Merced, y tantos otros en que los arqueólogos mendocinos han trabajado intensamente; pero como dije, en este caso se usa San Francisco por ser el ejemplo

más engarzado en la memoria y el imaginario social y en donde no casualmente surgieron estos estudios.

La historia del conjunto mendocino hoy conocido como *Ruinas de San Francisco* nació dentro de la rápida expansión que la orden jesuítica tuvo en Sudamérica a inicios del siglo XVII, precisamente en el momento en que fue dividido el territorio bajo su jurisdicción en dos grandes provincias, con sedes en Lima y en Asunción respectivamente. Fue su fundador uno de los gestores de ese gran proyecto, el padre Diego de Torres Bollo, a su vez encargado de organizar la nueva Provincia del Paraguay y como parte de ese complejo proceso reorganizativo y de ampliación de áreas de acción es que fundó el conjunto de Mendoza¹. Para crear la nueva provincia viajó desde Perú hacia Chile instalándose primero en Santiago donde escribió varios de sus textos más importantes –famosos por enfrentarse al sistema de la encomienda de indios- y desde allí se trasladó en varias oportunidades hacia Córdoba, atravesando Mendoza y fundando una primer Casa. Para esta aprovechó a su secretario privado Diego González Holguín “profeso de cuatro votos, natural de Cáceres, autor de un Arte y Vocabulario impreso en lengua quechua” entre otros tantos libros²; había llegado como Escolar, se había ordenado en Lima y hablaba por lo menos cuatro de las grandes lenguas indígenas de Sudamérica. También llamó al padre Fabián Martínez quien residía en Santiago del Estero para que los ayude en esa fundación. Poco más tarde otros dos se sumarían al proyecto inicial: Alejandro Faya y Juan Pastor³. Durante los primeros años el objetivo de esa “casa” fue doble: servir de base para catequizar en la región mediante visitas itinerantes y ser a la vez una “hospedería de los nuestros en sus viajes de una parte a la otra”⁴.

Esto sucedió en 1608 y los jesuitas aprovecharon “unas casas con sus huertas que están edificadas en una cuadra entera”⁵, donadas por Ana de Carvajal, la esposa del capitán encomendero Lope de Peña, quienes pertenecían al grupo de fundadores de la ciudad. El valor aproximado del terreno y construcciones fue de \$ 4800. En 1611 comenzaron a construir su propio edificio y en 1614 se solicitó a Roma que permitiera levantar una casa especial para ser usada como colegio –que al parecer ya funcionaba como tal desde 1609-, el que fue inaugurado al llegar el permiso, tras años de tramitaciones, en 1617, con el nombre de la

¹ Castells, Pablo, 1912, *Historia de la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay*, vol. I, Librería de V. Suárez, Madrid

² Millé, Andrés, 1968, *Derrotero de la Compañía de Jesús en la conquista del Perú, Tucumán y Paraguay y sus iglesias del antiguo Buenos Aires 1567-1768*, Emecé Editores, Buenos Aires; pag. 165

³ Enrich, Francisco, 1891, *Historia de la Compañía de Jesús en Chile*, vol. I, Imprenta F. Rosal, Barcelona

⁴ Leonhardt, Carlos, 1927/9, *Cartas Anuas de la provincia del Paraguay*, Estudios de Literatura, Mendoza

⁵ Micale, Adriana, Patrimonio económico de la Compañía de Jesús en Mendoza 1608-1767; aportes para su estudio, en *Las Ruinas de San Francisco, arqueología e historia*, Municipalidad de Mendoza, 1998

Inmaculada Concepción, siendo su primer rector el padre Diosdado. La primera capilla fue encomendada a la Virgen de Loreto.

El tema de la llamada “primera casa” es aún confuso; sabemos por los pocos datos que han quedado que en el terreno había al menos dos construcciones preexistentes y que los jesuitas se instalaron en la mayor, ampliando y remodelando una parte para adaptarla a la capilla. La excavación aún no puede aportar mucho sobre este tema debido a que todo ello fue demolido al construirse la segunda iglesia encima –y ni hablar de la tercera tras demoler la segunda-, aunque mucho se ha logrado avanzar. Las pocas descripciones existentes, además de ser muy escuetas, usan en forma indefinida las palabras casa, colegio y capilla.

Esta primera casa debió tratarse de algo modesto, simple, hecho de paredes de tapia sobre cimientos de piedra y techos de paja, lo que se fue mejorando muy lentamente, palabra que también aparece constantemente: *mejorando*. Al finalizarla era una construcción de cimientos de piedra, pisos de baldosas cerámicas, paredes de gruesa tapia y techo de tejas, incluso con alguna decoración hecha de argamasa, tal como la arqueología sí ha logrado demostrar. En este sentido la cita que nos dejó el padre viajero Nicolás del Techo⁶ es muy buena ya que describe una casa simple en la cual la habitación mayor fue adecuada para capilla “cuyo altar solo tenía un cuadro de Nuestra Señora de Loreto, unas estampas y un frontal”; el citado padre narró que fueron:

“transformadas en capilla las piezas más cómodas de las casas. Habían quedado otras pequeñas y tan mal acondicionadas que se llovían por todas partes: ni silla tenían en que sentarse; sus catres eran unas zarzas de varas toscas, ni una sábana había en la casa para alivio de quien se refrescase”⁷.

El primer director del Colegio fue el padre González Holguín quien falleció ese mismo año y fue enterrado en la iglesia, previo arreglo del cadáver: “se miró que su cuerpo quedase tratable y el rostro hermoso y como risueño; con admiración de todo el pueblo que concurrió para verlo. Entiérrase en la iglesia de aquel colegio”⁸.

El multicitado colegio no debió ser, en realidad, más que un simple aula –en el siglo XVIII sólo eran dos y el rectorado-, y ocuparía una parte del claustro que se estaba construyendo a un lado de la casa-capilla. Este primer conjunto fue creciendo en prestigio

⁶ Del Techo, Nicolás, 1897, *Historia de la provincia del Paraguay y de la Compañía de Jesús*, 5 tomos, Uribe y Cia, Madrid, pag. 199

⁷ Del Techo, 1897, op. cit.

⁸ Enrich, 1891, op. cit, vol. I, pag. 358

hasta que en 1757 comenzó a funcionar allí una cátedra de filosofía y su biblioteca llegó a ser de importancia en la región.

El papel jugado por la donante Inés de León no puede ser soslayado en el proceso de fundación y crecimiento de la casa inicial, ya que no sólo dio las tierras y los primeros dineros, sino que fue posiblemente el nexo entre la orden y el grupo de encomenderos que eran propietarios de la ciudad. En 1611 hizo varias donaciones que según el padre Torres Bollo: “La señora Inés de León que nos dio aquella casa ha continuado en llevarla adelante, de suerte que además de 100 pesos que da cada año de limosna, ha enviado este y el pasado año, desde Santiago de Chile donde vive, más de mil en adornos de la iglesia”⁹. Estos objetos de lujo consistieron “en ornamentos para el altar y en lámpara, candeleros, incensarios y vinagera de plata”¹⁰. Pero esto no fue todo ya que también hizo otras donaciones para el inicio de la actividad de los jesuitas “acudiendo para el sustento y vestuarios con grande liberalidad dándonos en estas cosas el valor de más de ocho mil pesos”¹¹; en la *Carta Anua* de 1617 se vuelve a destacar que les había entregado “otras muchas cosas de plata”.

Para terminar esta etapa recordemos que la que podemos llamar con certeza primera iglesia fue obra del padre Juan González Chaparro “aventajado estudiante del noviciado de San Francisco Javier de Santiago”, y que el nuevo templo fue inaugurado “como por el año 1645, celebrando el pontifical para dar más esplendor a aquella función”¹².

Es importante dimensionar aquí el tipo de ciudad que era Mendoza en el momento de esa fundación en virtud de lo complejo que ha sido identificar arqueológicamente la primera iglesia y su colegio: el oidor de la Real Audiencia de Chile Gabriel de Celaya, en 1610 decía:

“La ciudad de Mendoza (...) tiene treinta y dos casas, que solo una o dos están cubiertas de tejas y las demás de paja; una iglesia parroquial, un convento de Santo Domingo con dos religiosos, otro de la Compañía de Jesús con dos religiosos y otro de la Merced con dos religiosos”¹³.

Obvia decirse que en esta descripción no se tomaba en cuenta a la población indígena, la que debió ser importante ya que ese era el motivo de la instalación de los españoles en la zona. Es decir que aún era reducida aunque con un crecimiento sostenido y

⁹ Leonhardt, 1927/9, op. Cit, pag. 531

¹⁰ Idem, *Carta Anua III*, vol. II, pag. 127

¹¹ Idem, vol. II, pag. 161

¹² Enrich, 1891, op. cit.

¹³ Verdaguer, José A., 1931/2, *Historia eclesiástica de Cuyo*, 2 tomos, Tipográfica Salesiana, Milano, vol. I, pag. 85

manteniendo la escala, mucho más acelerado que el de Santiago de Chile para la época. En 1640 este conjunto ya estaba bastante crecido y cambiado pero de todas formas sólo tenía tres sacerdotes y dos hermanos legos según fray Gaspar de Villarroel. Esto pone en entredicho lo que escribió Antonio González de Nájera antes de 1614 al aseverar que la ciudad “tendrá hasta cien casas anchurosas, pero bajas”¹⁴, quien quizás exageró un poco; la *Carta Anua* de 1611 insistió en “la pobreza de aquella ciudad” y aún tres años más tarde volvía a insistir en que “reina allí gran pobreza”. Si bien los jesuitas estaban montando la compleja maquinaria de su futuro imperio de tierras, comercio y producción agro-ganadera, muy lejos estaban del esplendor logrado en el medio siglo siguiente¹⁵.

Como hipótesis inicial de las excavaciones arqueológicas en el sitio se había planteado que esa iglesia fue de muros de tapia y uno de los datos que se tenían era que en 1723 el Hermano Herre dijo de la nueva que esa “se ha de construir con cal y ladrillos”¹⁶, lo que la arqueología ha corroborado. Aún en el siglo XVIII tardío, cuando la expulsión de la orden, quedaba en el primer patio –el claustro-, al menos una galería y un salón hechos de tapia y con techo de madera. El padre Torres escribió en una de sus cartas que en 1611 y con ayuda de doña Inés, se ha “cercado la cuadra de tres tapias de alto con lo que está la casa con más clausura, a lo que ayudaron varios (vecinos) de la ciudad”.

En 1645 los jesuitas inauguraron un nuevo edificio para la iglesia, que estuvo en pie hasta 1716, gracias a los conocimientos de arquitectura del padre Chaparro, avezado en ese oficio y quien fue rector del colegio entre 1636 y 1640 cuando falleció. En gran medida su labor fue impulsada por la obra de su predecesor, el ya citado Cristóbal Diosdado –“celoso apóstol” y “padre de todos”, según las crónicas de su tiempo-, quien centró sus esfuerzos en la construcción de un nuevo edificio significativo para la ciudad por su calidad y dimensiones; esfuerzo que evidentemente rindió sus frutos. Es imposible saber si esta segunda casa o primer iglesia, o como se prefiera llamarla, fue también ampliación de lo preexistente o construcción a nuevo; tiendo a pensar que debió ser lo que hoy llamaríamos un reciclaje completo con una importante ampliación del espacio usado para la nave principal. Es en ese momento cuando debió ponerse el piso de baldosas vidriadas exagonales que ha sido descubierto en la excavación¹⁷. Asimismo la excavación mostró la presencia de adobes de gran tamaño, al parecer usados con ladrillos y tapias indistintamente.

¹⁴ Draghi Lucero, Juan, 1945, Introducción, en *Actas Capitulares de Mendoza*, vol. I, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires

¹⁵ Herrera de Flores, Marta, 1995, Los jesuitas terratenientes en Mendoza, *Todo es historia* n° 331, pp. 64-67

¹⁶ Herre, Miguel, 1946, Carta del Hermano, en Juan Jun, *La Argentina vista por viajeros del siglo XVIII*, Ediciones Huarpes, Buenos Aires, pag. 44

¹⁷ Chiavazza, Horacio, 1999, ¿Quién pisó aquí? Acercamiento a la distribución de baldosas y determinación de pisos arqueológicos en las Ruinas de San Francisco, Mendoza, *Primer Congreso de*

Existe un único documento gráfico que describe el conjunto en ese momento, publicado por Alonso de Ovalle en 1646 en su *Histórica relación del Reyno de Chile*¹⁸, donde es referido como una buena obra y mostrado en una ilustración con muy poco de fidedigna: una iglesia de una nave y techo de tejas con coro sobre la entrada, un campanario exento cuyo remate es imaginario y un colegio de tres pisos y desván que jamás pudo haber existido en esa forma. Suponemos que el grabador italiano hizo lo que pudo con los pocos datos disponibles.

Desde la arqueología y como ya dijimos se ha logrado avanzar en el conocimiento de ese primer colegio; un primer dato es la ubicación en el terreno, coincidente con la zona que ocupaba la cúpula del crucero de la iglesia construida en el siglo XVIII y que llegó en ruinas hasta ahora. Muy cerca están los cimientos de piedra de lo que posiblemente fue una de las casas de Lope de Peña, donde más tarde se construyó el presbiterio de la segunda iglesia. De todas formas nos queda claro que se trataba de una construcción modesta –aunque rica para su época-, y los documentos la describen así:

“Esta residencia, a la que inaugurada con tan humildes principios por el padre Alejandro Faya, vimos caer en suma pobreza en el primer año de gobierno del padre Juan Pastor, mejorar en suerte el segundo año y acrecentar sus recursos en el gobierno del padre Juan Pastor, mejorar en suerte el segundo año y acrecentar sus recursos en el gobierno del padre Juan de Humanés, se puso en muy buen pie siendo su superior el padre Diosdado”¹⁹.

Quizá la *Carta Anua* de 1616 indique bien esta situación de pobreza–riqueza y de construcción constante al decir que “aunque esa ciudad es muy pobre, está la sacristía de esta casa muy bien puesta y con ornamentos buenos y otros aderezos para el altar”²⁰.

En resumen, uniendo los datos históricos con la información arqueológica ya recabada, es posible pensar que la primera iglesia nunca fue construida como tal; fue el resultado de un largo proceso de mejoramiento, ampliación, remodelación y reciclaje hecho a partir de una casa inicial, extremadamente modesta, pero que al inicio del siglo XVIII ya quedaba chica y para esa época era insuficiente para la posición de la orden en la sociedad

Arqueología Virtual. Naya; Novedades de Antropología (<http://www.naya.org.ar>); Chiavazza, H. y Cristina Prieto, 2001, Arqueología en el predio Jesuita de la antigua ciudad de Mendoza, Centro Oeste de Argentina. En *Actas del XI Congreso Nacional de Arqueología Uruguaya*, Montevideo (ed. en soporte digital)

¹⁸ Ovalle, Alonso de, 1935, *Histórica relación del reyno de Chile*, Instituto de Literatura Chilena, Santiago

¹⁹ Enrich, 1891, op. cit. vol. I, pag. 321

²⁰ Leonhardt, 1927/9, Vol. II, pag. 107

mendocina. Luego, hacia 1636, con recursos económicos más firmes, se construyó o mejoró en gran escala la iglesia, la que podríamos llamar sin temor a equivocarnos una segunda obra, a cargo de Padre Chaparro.

Este conjunto fue seriamente dañado por un aluvión en 1716, lo que era un problema habitual en ese sector de la ciudad y más aún si, como veremos, entendemos cuán diferente era la topografía original de la zona con la actual. Desde el año anterior, es decir 1715, se estaban produciendo lluvias muy intensas con las consecuentes crecidas de los zanjones y los aluviones torrenciales que las acompañan²¹ La iglesia estaba construida con paredes de tapia, con pisos de cerámicas vidriadas y es probable que ese tipo de arquitectura no haya podido soportar bien aluviones grandes o muy seguidos uno después del otro; sus restos forman ahora un estrato bien definido, disperso tanto donde estuvo edificada como por sus alrededores inmediatos. Allí quedaron enterrados el padre González Holguín y al menos otro jesuita digno de que su nombre quedara en la historia, el padre Lucas Pizarro, quien vivía en la cercada residencia de San Juan; dado que “fue muerto por los indios en el valle” de Uco en 1666: “condujeron el cadáver a la ciudad y lo depositaron con gran respeto en la iglesia del colegio”²². Al menos los restos de uno de ellos han sido descubiertos, enterrados en un cajón de madera simple y con un crucifijo de plata en la mano.

Lo que asumimos como una destrucción parcial pero importante por el agua, llevó a los jesuitas a construir el conjunto monumental inaugurado en 1731 que básicamente es el que ahora estamos excavando y el cual usaron hasta la expulsión en 1767. Como luego veremos, lo descubierto nos permite suponer que en realidad no se destruyó en el proceso de construcción todo lo existente para hacerlo a nuevo sino que se lo aprovechó en lo posible, en especial como relleno para levantar el piso y evitar nuevas inundaciones. Esta iglesia y la anterior fueron dedicadas a Nuestra Señora de Loreto.

Tras la expulsión de los jesuitas el complejo edilicio quedó vacío por muchos años y en ese período se produjo el terremoto de Santa Rita, el 22 de mayo de 1782; un documento de época expedido por la Junta de Temporalidades describe lo sucedido:

“Los aposentos o viviendas del colegio padecieron mucho daño y señaladamente sus corredores, que quedaron casi del todo arruinados, habiéndose abierto en el medio, hasta caerse la mayor parte de los materiales

²¹ Prieto, María del Rosario, 1995, Las anomalías climáticas en la cuenca del Plata y el NOA y sus consecuencias socioeconómicas, siglos XVI, XVII y XVIII, *Leguas* no. 1, pp. 41-103, Tucumán

²² Enrich, Francisco, 1891, *Historia de la Compañía de Jesús en Chile*, 2 vols, Imprenta F. Rosal, Barcelona, vol. I, pag. 726

que los cerraban por la parte inferior de modo que fue preciso derribar lo que aún no había caído”²³.

Otro documento en el mismo archivo dice que la iglesia “se rajó en varias partes y principalmente en la media naranja y farol que cierra la torre del campanario, el que quedó desde aquel acontecimiento bastante inclinado”²⁴. Y más aún una carta del obispo de Santiago decía que para la misa “se ha habilitado para ello en su iglesia, que estaba abandonada por lo ruinoso de su cúpula, una de sus naves”²⁵.

Luego veremos que las evidencias físicas de ese temblor aún están visibles en los muros, ya que los arreglos fueron hechos con barro y consistieron en su mayor parte en reponer revoques y molduras, los que son diferentes de las paredes revocadas en cal más viejas; luego fue emparejado con un ligero encalado. Las reparaciones en la cúpula ya son imposibles de estudiar materialmente; pero debemos asumir que en gran medida, lo sucedido en ese primer temblor fue el motivo de que el colapso de 1861 fuera más grave de lo que hubiera podido haber sido sin ese antecedente. Asimismo los diferentes tipos de cimientos utilizados que se observaron en las excavaciones, no ayudaron a sostener esa imponente construcción. Y hay que destacar que por motivos imposibles de comprender ahora, los cimientos no presentaban solución de continuidad sino que estaban hechos por sectores independientes entre sí para cada pilar.

El traspaso del edificio de la iglesia tras la expulsión, a los franciscanos, no fue fácil y como había otros pedidos la lucha parecería haber sido compleja y con intervención del poder político virreinal: lo habían solicitado también las monjas de la Compañía de María y los Betlemitas, y parte ya estaba ocupado por el ejército. La decisión se tomó en marzo de 1798 tras trasladar al ejército el edificio que dejaban a su vez los franciscanos; las obras de refacción las llevaron a cabo los arquitectos catalanes residentes allí, Ramón y Jaime Roquer y debieron llevar mucho tiempo, ya que la segunda torre fue recién completada en el siglo XIX y poco antes del terremoto de 1861²⁶. La supuesta intervención en la obra de Juan Martínez de Soto y Rosas²⁷ no parece tener sustento alguno²⁸. Un documento escrito por Sobremonte en Córdoba en 1788 pone en evidencia la situación de deterioro del conjunto señalando que se debían: “proporcionar los medios a reparar las ruinas que amenazaban el

²³ Verdaguer, 1931/2, op. cit. vol. I, pag. 548

²⁴ Idem, pag. 564

²⁵ Idem, pag. 549

²⁶ Videla, Eusebio, 1802, Descripción de la ciudad de Mendoza, *El Telégrafo Mercantil* (31 de enero), pp. 66-71, Buenos Aires

²⁷ Furlong, Guillermo, 1946, *Arquitectos argentinos bajo la dominación hispánica*, Huarpes, Buenos Aires

²⁸ Silvia Cirvini, comunicación personal, 1998

más precioso y magnífico templo que hay en esta ciudad”²⁹. Según el plano de José Comte levantado en 1788 los deterioros eran muchos y allí se los destaca a color; él es quien propone demoler la única torre existente ya que se había inclinado mucho; el presupuesto para el arreglo incluía la “torre, frontis y costado sur \$ 1469”.

Un detalle interesante de la arquitectura de esta iglesia es el presbiterio plano y alargado, flanqueado simétricamente por la sacristía de un lado y una alargada capilla por el otro; este es un rasgo habitual en las obras jesuíticas en Sudamérica, pero desconocido entre las otras órdenes religiosas. Por el inventario de 1767 sabemos que la sacristía estaba ubicada al norte, con puerta por la nave y desde el claustro. La existencia de retablos y altares implica problemas no resueltos, ya que si bien está clara su existencia no lo está la ubicación de cada uno de ellos ni su advocación. Al menos un retablo de madera iba amurado y estuvo colocado en la pared que queda en pie y donde están los mechinales aún conservados. En otro tramo de muro hay una hornacina para imagen en una pared revocada y pintada, que por el anagrama que aún existe sobre él hemos atribuido a la Virgen del Carmen. Este sector que estuvo policromado es el bajocoro, lo que no deja de ser muy poco habitual.

Si bien sería demasiado extenso describir todo el conjunto, este estaba formado por la iglesia –de poco más de 50 por 20 varas- con tres naves paralelas, la mayor cubierta por nave de cañón corrido y las laterales con pequeñas bóvedas, un atrio y sacristía; a su lado se desarrollaba el claustro del Colegio formado por el gran patio rodeado por galerías tachadas sostenidas por pilares. Tras el patio estaba el refectorio, una acequia cruzaba el terreno de este a oeste, y en el lado norte había un grupo de cuartos donde residían los “indios amigos”, y que luego sirvió de alojamiento para el ejército. El plano dibujado por Comte nos muestra un proyecto de remodelación y ampliación pos-expulsión el que incluye dichas construcciones más otras a agregar, mientras que otro más sencillo, dibujado por Manuel de Lavardén en 1789 nos indican cuales eran los sectores realmente construidos hasta que los franciscanos tomaron todo en sus manos, pero al no coincidir tampoco con el inventario de 1767 lo suponemos también incluyendo cambios hechos en algún momento no determinado. Una descripción cuidadosa la dejó el Virrey Vértiz en 1778:

“El terreno que ocupa el templo y el colegio es de una cuadra en cuadro, de esta la mitad se halla ocupada en huerta de árboles, la otra mitad está dividida en dos repartimientos iguales: el uno es el patio principal donde está la iglesia y aposentos donde habitan los maestros y algunos estudiantes que han querido recogerse y también las aulas (...); el otro es inferior construcción, y

²⁹ Santos Martínez, Pedro, 1961, *Historia económica de Mendoza durante el virreinato 1776-1810*,

este con inclusión del aposento llamado rectoral y almacén contiguo que pertenecía al primer patio, se halla ocupado de sala de armas y cuartel de milicias”³⁰.

Un documento de 1794 habla de que por el estado de ruina y abandono “se ha habilitado para (dar misa) (...) una de las naves”, lo que significa que las reparaciones ya estaban avanzadas para ese momento. El hecho de que sólo había sido construida una de ellas queda claro en el inventario de 1767 que dice sobre las torres que “estaba la una concluida y la otra hasta el arranque de la bóveda de la iglesia”. Existe un presupuesto de la nueva torre que antecede a la obra, fechado el 6 de agosto de 1830; otro documento histórico significativo es el protocolo del 28 de abril de 1789 redactado como respuesta al enviado por la Junta de Temporalidades desde Buenos Aires, el cual se describe con detalle la situación del ex convento y colegio. Todo surge al ordenarse que:

“se apliquen para Cuartel de Milicias las once viviendas de bóveda del Colegio que fue de Regulares Expulsos, separando las dos piezas que servían de Almacén de Armas, las cuales se mandan aplicar para aulas de Primeras Letras y latinidad, lo cual se le avisa para que desocupen dichas piezas. Sin oponerse a lo ordenado hace presente que debido a las inundaciones experimentadas (...) suplico al Sr. Virrey D. Juan José de Vértiz se sirviese destinar para este efecto y aún para cuartel e instrucción de milicias el Aposento Rectorial, Almacén y Corralón del Colegio, en razón que el armamento era abundante y muy reducida aquella sala. Que después de trasladado el armamento al Colegio (...) se han colocado en las tres bóvedas más deterioradas. Que se han hecho las paces con los indios Pehuenches los cuales eran alojados en las bóvedas desocupadas, sirviendo el corralón para sus caballadas y para acopiar las que se necesitan para las salidas que hacen las milicias (...). Que el último de los cuartos sirve de alojamiento de la tropa o destacamento veterano que hoy existe en la ciudad. Que viéndose en estrechez todavía en estos cuartos ha tenido que alojar a los indios cuando vienen a sus parlamentos bajo unos higuerales. Que las bóvedas que se mandan aplicar para Cuartel de Milicias no sirven en modo

Universidad de Cuyo-Instituto Gonzalo F. de Oviedo, Madrid, pag. 377

³⁰ Verdaguer, 1931/2, op. cit. vol. I, pag. 549

alguno por estar arruinadas y sin puertas y porque en dos de ellas se halla la fragua y morada del Maestro Armero”³¹.

Regresando a la iglesia, es necesario recordar que la planta basilical de presbiterio largo y de remate plano, si bien común en América Latina, no debe ser atribuida mecánicamente a un supuesto estilo jesuítico inspirado en la iglesia romana de II Gesú. Si bien en alguna época se especuló con esa idea hoy sabemos que no fue así por dos motivos: la variedad de plantas y de distribución de espacios usada en la región es muy grande (más conectada con el país de origen de cada arquitecto que con algún modelo especial) y porque Vignola en 1568, al construir su afamada iglesia no hizo más que seguir una ya vieja tradición local iniciada desde que Giovanni Tristano, el primer arquitecto de la orden, hiciera sus primeras iglesias³². Es verdad que la tipología de la mendocina iglesia del colegio jesuítico en su versión última tiene una filogénesis que puede rastrearse a sus similares de Santiago y de Lima, pero ese es aún tema que necesita de mayor estudio y discusión.

El Inventario que antes citamos indica con detalle la distribución, función y mobiliario de cada habitación del conjunto: entrando por la portería “con su bóveda que remata en una torrecilla con su cruz y veleta” y que tenía “campanilla de llamar”, luego seguían tres aposentos sin usos definidos, entre ellos el que Comte plantea como capilla, aunque en el mobiliario descrito no hay nada que nos permita aseverar eso. El lado norte del patio tenía primero la ropería, un aposento no identificado, un “aula de leer y escribir”, luego el paso hacia el otro patio con otro aposento que incluía la alcoba en su interior. El lado sur no tenía más que los arcos sobre los pilares y el oeste estaba formado por el rectorado en el ángulo noroeste, que tenía bóveda de ladrillo, mientras que la habitación que le seguía hacia el sur era “de adobe crudo y techumbre de madera”, luego venía el pasadizo de la huerta y un último aposento pegado a la nave de la iglesia. El segundo patio estaba ya en plena construcción incluyendo una galería sobre pilares, varios aposentos y el nuevo refectorio. El retablo mayor y su altar también quedaron descritos en ese inventario que ya he citado:

“Primeramente el altar principal se compone de un retablo de madera tallada, sin dorar, con seis columnas salomónicas, su pedestal y remate. Nicho de Nuestra Señora y sagrario, en que se halla colocada una custodia de plata en uno de sus repartimientos, en el otro un crucifijo de marfil con su cruz

³¹ Lagos, José, 1968, *Protocolos 1768-1793*, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, pag. 175 y 176

³² Sobrón, Dalmacio, Contribución jesuítica a la arquitectura colonial argentina, *Arquitectura colonial argentina*, pp. 14-17, Editorial Summa, Buenos Aires

embutida en carey con sus costaneras de plata, dos copones de plata que junto con la custodia, sus vidrieras y cubierta bordada dan realce al copón. En el camarín, un bulto de la Pura y Limpia Concepción, titular de esta Santa Iglesia, con una media luna de plata a los pies, con peso de tres marcos. Una diadema de plata con trece piedras ordinarias, con peso de nueve onzas y su vestido de persiana, en campo blanco y manto azul de tafetán”.

Por suerte tenemos otros datos sobre los retablos; el padre Verdaguer –nunca demasiado confiable en sus escritos- dice que había dos imágenes de bulto de vara y media de alto, una de la Inmaculada y otra de Santa Catalina, además de un San Agustín. En el crucero había dos altares, uno dedicado a Cristo Crucificado y el otro a San José, habría otros dos retablos con altar en las naves laterales y varios lienzos traídos del Perú: una Vía Sacra, Nuestra Señora del Popolo, la Impresión de las Llagas, San Francisco, Santo Domingo, el Beato Solano, San Pedro y otros más. También sabemos a través de la carta del provincial Pedro de Oñate: “de un bueno y grande retablo de Nuestra Señora de Loreto con San Lupo y Santa Inés³³. En 1705 el matrimonio de Juan Núñez Pérez e Isabel Morales y Mercado donaron a la iglesia una imagen de Nuestra Señora del Carmen con un retablo dorado, vestidos y joyas y “rogamos y suplicamos al Reverendo padre Provincial presente a sus sucesores y nos conceda el entierro de nuestros cuerpos a la peana de dicho altar”.

La descripción inventarial de 1767 nos da pistas sobre el proceso constructivo y su secuencia: al menos una habitación del lado oeste estaba aún tardíamente hecha con adobes y techo de madera, y todo el corredor de ese lado del claustro tenía su techumbre de madera mientras que el resto ya estaba “guarnecido de corredores de bóveda”. Es fácil suponer que el proceso consistía, en una parte al menos, en el reemplazo sucesivo de los sectores más viejos por obras de mayor costo y calidad en un proceso constante a lo largo del tiempo. El segundo patio presentaba la misma situación ya que según el documento “se está por edificar”, aunque por los planos vemos que ya existía buena parte de él.

Los arreglos hechos en la fachada son actualmente reconocibles por dos hechos: en casi toda su superficie se conservan restos de un blanqueo, es decir ligeras capas de pintura de cal sobrepuestas una a la otra, pero que no son un revoque propiamente dicho. Es decir que la imagen de la fachada que las fotografías pos-terremoto nos han proporcionado, de un frente de ladrillo a la vista, bien pueden ser producto de la caída o del desgaste por lluvia de la pintura. Otro detalle interesante es que todas las molduras de la fachada y el muro al claustro

³³ Academia Nacional de Bellas Artes, 1943, *Documentos de Arte Argentino: región de Cuyo*, vol. XVI, Buenos Aires, pag. 24

están hechos con ladrillos moldeados y no como en el interior de la iglesia donde simplemente se procedía a redondearlos.

El mobiliario estaba compuesto por varios cuadros, mesas, algunos estantes, sillas, catres, camas separadas por cortinas, dos braceros, cajas, “una silla poltrona de dormir”, un reloj, “bancos de escribir”, cerraduras y rejas de ventanas y un “púlpito de talla sin dorar con busto de San Javier con su diadema de plata”.

La existencia de una acequia interna es de interés para futuras excavaciones ya que estaba en contacto con los baños y basurales tal como muestran los planos. Por otra parte parece que esta produjo gran cantidad de problemas en su tiempo; por ejemplo las *Actas del Cabildo* de 1629 contienen disputas entre dominicos y jesuitas, ya que al no cuidar la acequia los primeros, se les inundaba la iglesia a los segundos, y también la Plaza Mayor. Este tipo de problemas surgió porque habían hecho un “tajamar o parapeto en la calle pública que sale a la plaza cogiendo tierra de dicha calle”; por esta causa se producía un hundimiento que, al llenarse de agua, podía poner en peligro los muros de otros vecinos. Por cierto desconocemos qué pared de tapia debió ser esta, pero si asumimos que fue la de la calle esto también coincidiría con la idea de que toda esa iglesia fue erigida con dicho material.

No hay duda de que la iglesia de San Francisco desde su segunda construcción fue la más importante de la ciudad, tanto en su primera versión más simple como en la monumental definitiva; muchas descripciones de época así lo destacan, tal como la siguiente escrita poco antes del terremoto:

“por su estilo arquitectónico la mejor [iglesia] de Mendoza es la de San Francisco (...). Es un edificio elegante construido con ladrillos en estilo eclesiástico romano, con dos hermosas torres en el frontispicio, coronadas con pequeñas cúpulas redondeadas y con otra grande sobre la cruz de la nave principal, junto a la que corren paralelamente dos naves laterales, separadas de aquellas por dos fuertes pilares. El interior es simple pero bien dispuesto, blanqueado y aparte del altar mayor tiene varios altares secundarios trabajados en madera (...) ricamente dorados (...). Faltan cuadros, pero en los altares se ven imágenes de madera de algunos santos vestidos con ricos géneros aunque ninguno de mérito artístico. Las caras pintadas les dan expresiones exageradas y me producían la impresión de muñecos. El

convento es espacioso y también lo mejor de Mendoza; tiene un pino magnífico en el patio y está habitado por nueve frailes”³⁴.

La monumentalidad, si la vista de lo que queda aún deja dudas, fue destacada siempre por todos los que vieron el edificio en pie: “¿ha visto usted las paredes en ruinas?, dos varas de grueso y todo pintado por dentro”, le contaba el fraile dominico a Paul Groussac³⁵; y Frías decía que “eran templos espaciosos y elevados, cual sabían construir los españoles en tiempo de la colonia”³⁶. Otro cronista decía, hablando de los arquitectos Roquer, que “se han construido y se continúan formando de nuevo, otros edificios y templos al estilo moderno de la más bella arquitectura, con preciosas portadas, cornisas y antepechos, que presentan al público un delicioso aspecto”³⁷.

Existen varias vistas de esta iglesia y su conjunto y ya citamos la más antigua, la de Nicolás de Ovalle incluyendo las dudas que existen sobre su veracidad. Sin hacer un listado exhaustivo por lo árido que resultaría, existe una vista en el plano hecho por los Betlemitas en 1764; allí se ve la Plaza Mayor y con el número 3 nuestro conjunto: claramente ocupa la manzana y se destaca una iglesia con un frente compuesto por tres torres, sendas puertas y óculos, con el claustro a un lado y dos bardas delimitantes al sur y norte. Si bien el dibujo es una abstracción, está claro que quien lo hizo conocía el edificio aunque no pudiera dibujarlo con mayor precisión. Muy poco después, un plano hecho en 1790 muestra en una perspectiva la plaza y sus edificios aledaños. En su ubicación exacta hay una construcción de un cuerpo con una torre y una cruz y a su lado un cuerpo horizontal con dos entradas. En este caso la simplificación es aún mayor -casi infantil- pero sigue indicándonos que está referida a la realidad.

Con el siglo XIX se comenzaron a hacer dibujos, litografías y óleos; dos de ellas fueron hechas por Edmond Bigot de la Touanne en los años 1826/28 para el viajero Bouganville, que mostró la iglesia completa con su torre aún faltante en la imagen que podemos considerar como más detallada; una de estas ilustraciones nunca había sido reproducida en la bibliografía mendocina y aquí la hemos incluido. Poco más tarde, José Leon Pallière en 1858 volvería a litografiar todo el conjunto al igual que Goering –publicado por Burmeister-, entre otros. También sabemos de la existencia de fotografías tomadas por Alexander desde 1855 pero que aún no han podido ser halladas, aunque ya contamos con

³⁴ Burmeister, Herman, *Viaje por los estados del Plata (1857-1860)*, 3 vols, Unión Germánica Argentina, Buenos Aires, vol. I, pag. 194

³⁵ Groussac, Paul, 1970, Viaje de noche, *Revista de la Junta de Estudios Históricos*, Vol. 6, nº 2, Mendoza, pag. 135

³⁶ Frías, Félix, 1932, Una visita a las ruinas de Mendoza, *Escritos y discursos*, vol.III, Imprenta de Mayo, Buenos Aires, pag. 230

varias inmediatas al terremoto pero anteriores a la serie de demoliciones de 1884-85. Este conjunto documental ha sido crucial para comprender la forma de San Francisco antes del terremoto.

Para terminar esta descripción de las iglesias, sus procesos de cambio y las formas del uso del suelo durante tres siglos, debemos tener presente la intensidad del uso del terreno como cementerio. Si bien aún no tenemos del todo claro los sitios de inhumación en la manzana además de los del interior de la iglesia misma –donde sólo los más ricos tenían ese privilegio-, los libros parroquiales estudiados indican que en San Francisco, solamente entre 1800 y 1850, se enterraron 650 personas³⁸. Esto la ubica en un lejano cuarto lugar de preferencia tras La Matriz (3245 entierros), Santo Domingo (984) y La Merced (827). Esta información es significativa para los trabajos arqueológicos porque coincide con la enorme cantidad de entierros ubicados hasta la fecha.

³⁷ Videla, 1802, op.cit.

³⁸ Cremaschi, Marta, 1997, La mujer en Mendoza en la primera mitad del siglo XIX a través de fuentes parroquiales, en *Mujer: historia y cultura*, Municipalidad de Mendoza, Mendoza, pag. 119

El impacto físico, social y cultural del terremoto

Uno de los aspectos más atractivos de esta investigación histórico-arqueológica es que al estudiar los efectos del terremoto estamos intentando comprender los tremendos efectos producidos en la arquitectura, en la ciudad y en la sociedad toda, de un evento que no duró más que unos pocos segundos. ¿Cuánto duró el terremoto? Sobre esto hay una larga polémica: desde Wenceslao Díaz con sus “dos segundos”, el padre Pérez con sus “menos de tres segundos”³⁹, hasta Frías, quien dijo que “cuatro segundos después la ciudad ya no existía”⁴⁰. El estudio de Díaz, el más metódico de todos, planea que en realidad todo el movimiento, desde que se oyó el primer ruido hasta el estremecimiento final, duró “dos minutos y treinta y cinco segundos”. El impacto sobre el mundo quedó testimoniado por una carta de Manuelita Rosas, ya exilada en Inglaterra después de Caseros, que le escribió a una amiga el 7 de junio acerca de las noticias que ya habían allí “del horrible y lamentable terremoto de Mendoza”⁴¹.

Respecto a la fecha, el 20 de marzo, no hay dudas y sobre la hora el acuerdo es casi unánime: las 8 horas y 36 minutos con absoluta precisión. Respecto a que era un Miércoles de Ceniza el tema es más complejo, ya que para muchos autores ese año la fiesta cayó el 13 de marzo, tema que por primera vez hizo público Paul Goussac⁴², y ha comprobado fehacientemente el padre Juan Moyano Llerena en artículos ya publicados. Pese a eso el imaginario colectivo ha mantenido la idea de que transcurrió en Semana Santa.

La vastedad de la destrucción también es aceptada en forma unánime: desde que “toda la ciudad ha sido destruida (...) y ni una casa queda en pie”⁴³, hasta que “no queda ni un

³⁹ Pérez, Rafael, 1938, La Compañía de Jesús en Sudamérica, *Revista de la Junta de Estudios Históricos* vol. X, Mendoza, pag. 181

⁴⁰ Frías, 1931, op.cit., pag. 445

⁴¹ Carlos Ibarguren, *Manuelita Rosas*, Editorial La Facultad, Buenos Aires, 1933, pag. 90

⁴² Groussac, 1970, op. cit., nota I

⁴³ *La Tribuna*, 2 de abril de 1861

tapial”⁴⁴, o que “cuatro segundos después la ciudad no existía”⁴⁵. En San Francisco los efectos quedaron patentes en las ilustraciones que tenemos de después del terremoto y en las evidencias físicas de la excavación. Algunos bloques caídos en el atrio, provenientes de la fachada, se empotraron en el piso atravesándolo y hundiéndose medio metro en él. En algunos sectores los pisos se enterraron, junto con restos humanos, a más de un metro de profundidad del nivel actual. Cuando *La Tribuna* decía que “las cartas que tenemos a la vista están datadas en lo que fue Mendoza, estas palabras resumen efectivamente la magnitud toda del desastre”⁴⁶.

Sin entrar a historiar el evento, del que existen infinidad de descripciones, el primer movimiento de la tierra fue brutal pero no terminante, y mucha gente salió a la calle dirigiéndose algunas a las iglesias y la Plaza Mayor:

“Seguí al norte hasta el medio de la bocacalle de la Cañada, frente a San Francisco, cuyo templo estaba en pie, con sus torres desquiciadas por venirse abajo, como todo el murallón del claustro que miraba al este, que estaba inclinado ya para derrumbarse casi en toda la cuadra sobre la calle, motivo por el cual no me moví de mi puesto viendo lo que ocurría. En esos instantes vi venir como para el atrio del templo, a la luz de la luna que dejaban pasar los escombros por la calle que aún se veía desocupada, convidándose con premura para la plaza, muchas personas conocidas, más de sesenta al parecer, como don Julián Aberastain, don Abelardo Tabanera, señorita Isolina Ortiz, etc. En esos instantes se produjo fortísimo temblor, echando abajo una de las torres del templo que cayó cerca de mis pies, derrumbándose con estrépito todo el murallón del claustro, sepultando y dando muerte instantánea a casi todas las personas que acabo de mencionar”⁴⁷.

Si regresamos al estudio hecho por Díaz, tenemos allí la mejor descripción hecha en el momento sobre la forma misma en que operó el temblor: tras el ruido hubo un estremecimiento que hizo oscilar los edificios de este a oeste; luego vino el primer sacudimiento tremendo desde el oeste seguido de otro menor, al parecer los reflujos de la primera onda; por ellos quedaron en dos segundos destrozados y tendidos por tierra” todos los edificios de la ciudad. Luego comenzaron las ondulaciones:

⁴⁴ *El Nacional*, 1 de abril de 1861

⁴⁵ Frías, 1931, op. cit.

⁴⁶ *La Tribuna*, 2 de abril de 1861

“que pasaban bajo los escombros con la fuerza y rapidez de las olas del mar, derribando las construcciones que desplomadas y agrietadas quedaban en pie, cuyos materiales se desprendían a cada sacudida como lanzados por una fuerza poderosa”⁴⁸.

La coincidencia de este relato con el de Lemos es impecable y explica por qué mucha gente tuvo tiempo de salir de sus casas agrietadas o semidestruidas, trasladarse hasta la calle de la Cañada e iniciar la procesión frente al muro del atrio de San Francisco. Es indudable que todo fue corto, muy rápido –él lo hace durar 2 minutos y 35 segundos-, pero bastó para que la gente se movilizara y que parte de los edificios cayeran en secciones y no bruscamente. Este autor da los nombres de los dos franciscanos fallecidos dentro del edificio: los padres Juan Berardo Pacheco y Sixto Pelayes. Las vistas fotográficas que se incluyen en este libro, en especial las tomadas en forma inmediata al hecho, muestran hasta que grado la devastación fue total. El movimiento de oscilación fue el más destructivo y prolongado, y produjo primero que los muros se desplomaran hacia el este y luego hacia el oeste, mientras que los perpendiculares se abrieron verticalmente pero permaneciendo en su lugar. Según las palabras de su cronista:

“El templo de los franciscanos estaba de oeste a este según la línea de la calla y con el frontispicio a este lado. Era de bóveda de cal y ladrillos basada en sólidas murallas del mismo material. Las bóvedas cayeron dentro del templo y al sur, y más al suroeste con la muralla correspondiente a este lado y el presbiterio- El campanario alto cayó al oeste sobre la iglesia y una parte al este. Los arcos de norte a sur sufrieron poco, mientras que los situados en el sentido opuesto se despedazaron completamente. Las bóvedas de las celdas cayeron al este y oeste, dejando en pie las murallas que las sostenían y que se encontraban en esa dirección”⁴⁹.

El autor continúa describiendo el proceso de caída de otras iglesias como La Matriz, La Merced y San Vicente, donde se reproduce el patrón de colapso en todos los casos, comprobándose que el movimiento tuvo dirección oeste-suroeste a este-noreste. David

⁴⁷ Lemos, Néstor, 1938, *Relato de un relato: la vida de un mendocino ilustre, Dr. Manuel Lemos*, F. A. Colombo Editor, Buenos Aires, pag. 132

⁴⁸ Dr. Wenceslao Díaz, miembro de la comisión médica de Chile enviada a socorrer las víctimas del terremoto, en Verdaguer, 1931/2, op. cit, vol.II, pag. 408

Forbes, el geólogo que estuvo también en Mendoza en la época, indicó una dirección opuesta de noroeste a sureste que no parece tener consistencia a la luz de los estudios más recientes, que tienden a confirmar la hipótesis de Díaz.

La destrucción no se detuvo con el terremoto: después comenzó otro proceso diferente, pero no pudo pararse por el siguiente siglo; primero el saqueo de los materiales de construcción, luego la demolición de la fachada en peligro de derrumbe, más tarde la pared lateral de la iglesia y el frente del claustro para ampliar las calles, más tarde se rebajó la altura de los pilares a la mitad, todo esto en aras de una mejor conservación y para evitar derrumbes. Por supuesto nada se hizo para evitarlos realmente o para consolidar la estructura. Luego vinieron las acequias, las cañerías de agua y luz, desagües, el gimnasio construido sobre el claustro, y así sucesivamente hasta llegar a la actualidad. Es como si hubiera habido otro terremoto tan destructivo como el verdadero.

⁴⁹ Ídem, pag. 417

La arqueología histórica abre los estudios

El proyecto de excavación, una vez completados los estudios y la restauración de lo que fuera el Cabildo y es ahora el Museo del Area Fundacional, se inició en lo que fue la iglesia de San Francisco y su atrio; la decisión fue centrar allí la mayor cantidad de esfuerzos posibles en una época compleja para el país, los finales del gobierno de Menem. La estrategia de ubicación de los sectores excavados en el interior de la iglesia y el colegio, para la primera etapa, quedó muy determinada por los andamios y estructuras metálicas colocadas para consolidar los muros y pilares, lo que obligó a trabajar con intensidad tres sectores de toda la superficie: la fachada principal, el crucero de la nave mayor y un sector comprendido entre los pilares que separaban a esta de la nave lateral al sur. En el colegio se hizo una larga transecta cortando el claustro.

El sector del crucero resultó muy interesante ya que mostró la presencia de dos niveles de pisos diferentes, que corresponden a las dos iglesias construidas en los siglos XVII y XVIII, separados entre sí unos 50 cm. Por debajo del piso más antiguo hay un nivel profundo de ocupación previa, conformado por entierro de párvulos y adultos y cerámica indígena de tradición Huarpe en un contexto colonial temprano. Esos niveles, pese a su profundidad, fueron perturbados violentamente en cuatro oportunidades: al construirse la iglesia y hacer la cimentación –se hallaron huesos humanos mezclados con las piedras y cal-, al hacerse entierros desde el piso de la iglesia, durante el terremoto en que baldosas y ladrillos se hundieron violentamente y al saquearse el sitio después de 1861. Es interesante observar que al producirse el terremoto, la caída de los escombros debió afectar en forma diferente cada parte del piso y suponemos que los pilares, al volcarse, debieron hundirse con mayor fuerza que los rellenos de la bóveda, aunque estos cayeron desde más alto.

Es de destacar el profundo desnivel que tenía el terreno original, invisible hoy, aunque sus efectos –los aluviones- son la mayor evidencia de su preexistencia. Aún las

excavaciones no han llegado a definir exactamente el perfil del piso original estéril en todo el terreno, pero por lo visto desciende fuertemente hacia la antigua Plaza Mayor.

Los estratos más antiguos son de la ocupación indígena previa a la española y muestran restos de adobes y de tapias de buena calidad que han sido interpretados como restos de construcción; su asociación a gran cantidad de cerámicas tanto indígenas como mestizas indica un contexto doméstico. También hay una ligera presencia de cerámica inca pero asociada a tinajas españolas en una clara situación de contacto. Hasta ahora no se ha hallado ningún fragmento cerámico de origen europeo que pueda fecharse con seguridad en el siglo XVI; en realidad las mayólicas españolas son pocas, lo que coincide con lo hallado en el Cabildo⁵⁰ y que postulamos como expresión de la pobreza material local y la marginación de las rutas comerciales del Atlántico. En cambio la alta presencia de cerámica Panamá Policroma (tipo A) y variantes producidas en Bolivia y Perú, se explica justamente por el tránsito comercial desde Chile por el Pacífico. Por otra parte, la variedad de cerámicas criollas, en especial las tinajas locales, es enorme. El grave problema que aún se nos presenta para interpretar este estrato inicial es la gran cantidad de intrusiones, productos de eventos altamente agresivos que han llevado fragmentos de las baldosas del piso hasta profundidades de más de dos metros.

El nivel donde se hallan ubicados los entierros jesuíticos más antiguos es de extrema singularidad, ya que cruza el momento del contacto hispano-indígena con las primeras construcciones en el lugar. El más significativo es el hallado al centro de la iglesia, un jesuita acompañado con una cruz de plata delicadamente trabajada, aunque con la mandíbula junto a sus pies, en un sarcófago de madera unido por clavos pequeños de hierro. Es indudable que el lugar preferencial que tuvo lo señala como una personalidad significativa en la jerarquía de la orden. Ningún otro esqueleto ha sido hallado con cajón y esto coincide con la información que obtuvo Carlos Rusconi al excavar en 1953 en el interior de la iglesia de San Agustín⁵¹.

Los niveles centrales están conformados por la secuencia de pisos; el más antiguo que se ha ubicado hasta ahora, fue construido con baldosas hexagonales de cerámica con la superficie vidriada, de manufactura local y bien hecha, dentro del tipo que hemos definido con el nombre de Carrascal, en su variedad oscura. La cubierta es igual a las tinajas de la época y su similitud de manufactura es evidente. Estas debieron hacerse en la misma ciudad (posiblemente muchas haciendas producirían sus propias tinajas), y en 1633 había una intensa

⁵⁰ Bárcena, Roberto y Daniel Schávelzon, 1991, *El Cabildo de Mendoza: arqueología e historia para su recuperación*, Municipalidad de Mendoza.

⁵¹ Esto era escrito antes de los estudios de Horacio Chiavaza que permitieron encontrar otros entierros en cajón

producción de “aser vasija para el traxin del barro”; todo esto era gracias a que: “ay una mina de barro de donde se saca para el bien pro y utilidad desta rrepu.ca para aserr baxija”⁵².

Sabemos también que la mayor producción de esa cerámica era la de los agustinos, ubicados en la antigua hacienda del capitán Juan Amaro del Campo –donante de la iglesia inicial de San Agustín-, donde ahora está el Centro Cívico de la ciudad; allí, en la hacienda del Carrascal había un taller de alfarería donde estaban “sus casas, cuadras cercadas, viñas, bodegas, vasijas, oficinas y cuartos de vivienda” en 1647; es más, sabemos que los jesuitas producían cerámicas en gran cantidad en su “botijería” por medio de esclavos especializados, y allí tenían “un torno de hacer loza”⁵³; por otras referencias se confirma que allí también había “horno para vasijas”⁵⁴. Pero como ya hemos descrito en otro estudio sobre la cerámica mendocina la producción regional estaba dispersa en muchos pequeños hornos domésticos, algunos solo autosuficientes, ya que el precio de las grandes tinajas para fabricar y trasladar el vino era extremadamente alto.

Este primer piso antiguo en realidad descansa sobre un nivel de tierra apisonada que bien pudo haber sido un nivel de ocupación anterior; es decir que las baldosas fueron puestas sobre un nivel de tierra que fue usado y no solo construido como contrapiso; esto habrá aún que comprobarlo. En ese caso se estaría más acorde con la hipótesis de que las baldosas corresponden no a la casa remodelada inicial sino a la obra del padre Chaparro. El tema no deja de ser interesante ya que presenta algunas contradicciones con la información documental: ¿podía tener un piso tan bien elaborado una obra con paredes de tapia y cimientos tan pequeños? Suponemos que así fue ya que las instrucciones para construir iglesias que se manejaban en la época eran claras al respecto; por ejemplo San Carlos Borromeo en su libro sobre el tema publicado en 1577 y que llevaba la voz oficial del Vaticano dijo: “El pavimento, el cual (...) no se disponga de ladrillos cocidos, no con otra obra de enladrillados sino vidriados”. Y podemos recordar algunos precedentes: “El pavimento que se pisa con los pies es el vulgo, con cuyas labores se sustenta la iglesia”, y que “El pavimento de la iglesia es el fundamento de nuestra fe. Pero en la iglesia espiritual el pavimento son los pobres de Cristo (...) porque a causa de su humildad se asimilan al pavimento”.

El nivel de piso más moderno, del siglo XVIII, es muy confuso por la tremenda destrucción que sufrió, y parece haber sido hecho de menor calidad y con baldosas

⁵² Actas del Cabildo, 1961, *Actas Capitulares de Mendoza*, vol. II, Junta de Estudios Históricos, Mendoza, pag. 153

⁵³ Coria, Luis, La fábrica jesuita mendocina: diversificación productiva e integración vertical, en *Jesuitas: 400 años en Córdoba*, vol. IV, pp. 141-162; cita Pág. 157

rectangulares sin vidriado, casi un ladrillo mejorado. Este nivel fue totalmente desarmado por el derrumbe del edificio y el saqueo ulterior, por lo que solo han sido hallados fragmentos in situ o dispersos. Las tumbas cavadas desde el piso alto rompieron el piso bajo, tanto para entierros jesuitas como franciscanos y más tarde por los muertos del terremoto. Esto hasta ahora ha significado un esfuerzo interpretativo que dista mucho de estar completamente resuelto.

En todos los niveles, estratos, lentes y remociones antiguas y modernas hay huesos humanos. Todas las intervenciones hechas a partir de la ocupación original del terreno removieron tanto esqueletos como partes de ellos, mezclándolos con la tierra, fragmentos de baldosas de los pisos y el escombros. Es evidente que el terremoto produjo la remoción más grande, y los entierros hechos con posterioridad de cuerpos aún articulados o ya parcialmente desmembrados no solo irrumpió en tumbas más antiguas sino que cruzó por otras más recientes. Los muertos del terremoto fueron enterrados en cistas abiertas de estrechas zanjas que atravesaron los escombros y los pisos, rompiendo fosas más antiguas y reacomodando los huesos. Es tal la cantidad de huesos enteros o fragmentos de ellos dispersos por doquier, que, como hipótesis inicial, habíamos asumido que en el interior de la iglesia hubo gente en el momento del derrumbe, el estudio de los procesos posdeposicionales indica lo contrario, y esa cantidad de restos humanos dispersos se explica por las constantes remociones y saqueos. Esta conclusión coincide bien con la información histórica de que no había gente que murió en las iglesias al contrario de lo que el imaginario colectivo afirma.

Los esqueletos excavados están en varios casos desarticulados, lo que nos hace pensar en que muchos de ellos fueron encontrados con el trabajo de desescombro hecho tiempo después del terremoto, y colocados en fosas donde se arrojaron cuerpos y parte de ellos sin un orden aparente. Los cuerpos fueron colocados en posición extendida en casi todos los casos, pero los hay de postura de cúbito ventral o dorsal lateral, con las piernas flexionadas y hasta con los brazos abiertos; se hallaron cráneos con la mandíbula inferior a 40 cm. de distancia e invertida, aunque sin golpes y evidencia de fractura o separación brusca, parietales y temporales con ladrillos o piedras empotradas. Por lo menos en un caso un cuerpo fue colocado encima de otro y los brazos de este cruzaban sobre el primero. Han habido cráneos sin cuerpos y miembros sin torsos. Al excavar en el relleno hecho en 1940 para la nueva subida al coro, se encontró un parietal y fragmentos de huesos largos.

Las excavaciones practicadas en la fachada de la iglesia permitieron ubicarla, definir su forma y encontrar la puerta principal, de la que se conservó parte del pivote en el

⁵⁴ Prieto, María del Rosario, 1995, "Las anomalías climáticas en la cuenca del Plata y el NOA y sus consecuencias socioeconómicas, siglos XVI, XVII y XVIII", *Leguas* no. 1, pp. 41-103, Tucumán, pag. 22

cual giraba. Debido a que en ese sector se realizan obras de consolidación, es imposible completar la trinchera que libere todo el frente, lo que solo podrá hacerse en el futuro. Por otra parte, la pared interior de la fachada en su lado sur fue destruida en 1992 al excavar allí una serie de fosas para hacerle una estructura de soporte al pilar cercano. Si bien no llegó a construirse nunca, de allí salieron docenas de huesos humanos de los que sólo una parte han sido recobrados. La reapertura de una de esas grandes trincheras permitió observar los perfiles y hallar parte de tres entierros que quedaron a un par de centímetros debajo del nivel inferior al que llegaron los obreros en aquella oportunidad.

En el presbiterio se hicieron excavaciones que permitieron ubicar nuevos enterratorios del siglo XVIII, los que estaban colocados sobre un cimiento de piedras de gran tamaño, el que ha sido interpretado como parte de una construcción precedente en el tiempo a la primera iglesia, quizás una de las casas del encomendero Lope de Peña y su mujer Inés de Caravajal, en donde pudieron instalarse los primeros jesuitas. En el claustro, al ser excavado, se encontraron evidencias de los pisos antiguos, de la ubicación de los pilares de la galería abovedada, un enorme pozo adonde desaguaba el lago construido en 1915 y restos de ocupación indígena previa a la española más el contacto entre ambas culturas. También se logró ubicar el lugar y forma de acceso original al coro. En la excavación de este sector se encontró un enorme pozo ahora relleno, el que suponemos fue el desagüe del lago citado; la cañería de cerámica vitrificada que desciende de esa dirección ha sido atribuida a la fábrica Conquery Demorly, fundada en 1888 por Héctor Beri en la calle San Martín 405.

Lo que pasó después del terremoto...

La excavación ha demostrado que todo el terreno que cubre el piso de la iglesia ha sido repetidamente excavado y alterado una y otra vez con posterioridad al terremoto. Este proceso es quizás el más complejo de entender y aún dista mucho para que podamos comprenderlo cabalmente. De todas formas podemos adelantar que se observan las siguientes actividades posterremoto: 1) saqueo indiscriminado inicial; 2) saqueo organizado y rescate; 3) entierros; 4) demolición; 5) obras de mejoramiento y restauración. En realidad a estas alteraciones podemos sumarles las etapas originales de construcción en el siglo XVIII, de las modificaciones y los cambios arquitectónicos de los siglos XVIII y XIX temprano, y los entierros antiguos hechos bajo el piso de la iglesia, lo que también produjo cambios, pero eso queda ahora fuera de este capítulo.

El saqueo indiscriminado está bien documentado en la historia inmediata al sismo y ha dejado su huella en la tierra. Según las crónicas de 1861 casi de inmediato se organizaron acciones de pillaje de todo tipo y el *Diario de observaciones* escrito por autor anónimo y publicado el 14 de abril siguiente dice para el 22 de marzo:

“El terror, el hambre y la desolación preocupa los ánimos: empiezan a llegar bandadas de campesinos provistos de herramientas, unos para auxiliar a la desgracia, otros para descubrir el botín”.

En los días siguientes el *Diario* insiste en que “sigue el saqueo” y que la imposición de la pena de muerte a los ladrones no fue de gran utilidad pues “esta medida viene tarde ya que se han hecho guaridas entre las ruinas”; el día 26 se fusilaron seis saqueadores mostrando las dificultades que habían para impedirlo. Esto fue tan grave que una carta fechada también el día 22 de marzo decía que “lo que hoy se ve es la gente robando y saqueando, y no se ve

uno que saque muertos ni heridos debajo de los escombros”⁵⁵. Otros escritores hicieron descripciones igualmente graves; Paul Groussac describía la situación de esta forma: “Y después vinieron los crímenes, los robos, las siniestras cavaduras, las abominaciones cometidas como un desafío a la ira de Dios”⁵⁶. Y Félix Frías fue más tremendo al contar que, si bien el saqueo brutal duró cuatro días: “Al remover los escombros los suspiros de los agonizantes llegaban a sus oídos y pedían auxilio; los ladrones estaban sordos y continuaban buscando debajo de la tierra, no hombres para volver a la vida, sino sus bienes”⁵⁷. Otra descripción es la que dejó A. Clereaux:

“Como chacales hambrientos invaden en el acto bandas de forajidos, el recinto espantoso de la muerte y de la devastación, estremeciéndose aún todavía la tierra, y emprenden un sistemático y extenso pillaje que dura cinco días (...) Tienden la mano estos caníbales a los desgraciados que les piden ayuda para levantarse, no para ayudarlos sino para despojar de sus anillos y pendientes a la virgen, de su reloj y dinero al rico propietario. Nada escapa a su rapiña.”⁵⁸.

Muy similar a la cita anterior es la que dejó el ingeniero Robert Crawford, quien estaba estudiando el ferrocarril trasandino una veintena de años después de la destrucción:

“Con una ferocidad e inhumanidad inconcebibles, corrieron el escenario de los hechos bandas de rapiñadores venidos de otros sitios, y como buitres frente a los despojos de una res muerta, se dedicaron a saquear cuanto pudieron, en vez de auxiliar a los pocos sobrevivientes, aprisionados todavía entre las ruinas para que escapasen antes de ser pasto de las llamas”⁵⁹.

Hasta varios años más tarde las órdenes religiosas recibían devoluciones de joyas saqueadas en esos días. Durante el año 1864 lo sacado de San Agustín aún pasaba de mano en mano según algunos documentos, incluyendo una diadema y una corona; en 1866 se intentaba vanamente ubicar los ornamentos de San Nicolás y en ese mismo año se le pedía al obispo que hiciera público un edicto pidiendo la devolución de los bienes robados, según los

⁵⁵ *El Imparcial*, 6-4-1861.

⁵⁶ Groussac, 1970, op. cit., pag. 516

⁵⁷ Frías, 1932, op. cit., pag. 224

⁵⁸ Clereaux, A., 1938, El terremoto de Mendoza, *Revista de la Junta de Estudios Históricos* vol. X, Mendoza, pag. 161

⁵⁹ Crawford, Robert, 1974, *A través de la pampa y los Andes* (1884), Eudeba, Buenos Aires, pag. 118

protocolos conocidos y ya citados. Pero por supuesto no todo fue saqueo; buena parte del escombros fue removido una y otra vez por quienes intentaban encontrar a sus muertos, rescatar heridos, obtener materiales para cobijo o liberar sus propiedades:

“¿Cuántos desgraciados buscaron inútilmente el cadáver de su padre o esposo, para poseer al menos, cuando todo lo habían perdido, una tumba que guardara los restos del objeto de su ternura? ¿Cuántos otros vinieron a llevar su ropa y algunos muebles y hallaron todo robado?”⁶⁰.

En el caso de las iglesias esto tomó carácter de urgencia por la existencia de joyas de altísimo valor. Si bien no he hallado ninguna referencia concreta a San Francisco, en otras iglesias y capillas el rescate fue rápidamente organizado; un ejemplo es el que cuenta que los curas jesuitas: “también lograron recoger alguna gente del campo para desenterrar los vasos sagrados y las alhajas de la iglesia y buscar el cadáver del padre Funes para darle sepultura; consiguieron lo primero más no lo segundo, pues no fue encontrado hasta meses después”⁶¹. Sin duda la descripción que dejó el padre Dalmau⁶² sobre la actuación de los padres en la organización del rescate es más clara al respecto. Otro caso de lo sucedido lo tenemos en la Capilla de Nuestra Señora del Buen Viaje, relacionada con San Francisco en su fundación por haber estado en manos de los jesuitas: “Poco tiempo después [del terremoto] la piedad y devoción (...) hizo que se extrajera de los escombros su venerada imagen”. La que más tarde fue reunida con las otras imágenes también excavadas y recuperadas “pues ya estaban desde tiempo atrás las de San Ignacio, San Luis y San Estanislao”⁶³.

La Madre Magdalena Puch, en esa época superiora del Convento de la Compañía de María, narró más tarde en sus memorias que: “Al mismo tiempo fuimos sacando del convento lo que nos fue posible. Y como el Santísimo Sacramento quedó también debajo de los escombros, el Padre Ugarte, jesuita, hizo las diligencias de sacarlo y trajo consigo el copón para purificarlo al día siguiente”⁶⁴. Otros ejemplos cubren la bibliografía, como la imagen de Nuestra señora del Rosario que “quedó apretada entre los escombros (...) pero a los pocos días fue desenterrada y expuesta a la veneración”⁶⁵.

⁶⁰ Frías, 1932, op. cit., pag. 227

⁶¹ Pérez, Rafael, 1938, La Compañía de Jesús en Sudamérica, *Revista de la Junta de Estudios Históricos* vol. X, Mendoza, pag. 183

⁶² Moyano Llerena, Juan Luis, 1995, La fecha del terremoto de 1861 a partir de la crónica de Antonio Dalmau, SJ, *Las ruinas de San Francisco* vol. I, pp. 249-254, Municipalidad de Mendoza.

⁶³ Verdaguer, 1931/2, vol.I, pag. 235

⁶⁴ Idem, Magdalena Puch en Verdaguer, op. cit., vol. II, pag. 441

⁶⁵ Santos Martínez, Pedro, 1991, La devoción mariana en Mendoza, notas para su historia, *Archivum* vol. XV, Buenos Aires, pag. 62

Al parecer los entierros comenzaron casi de inmediato y en cualquier parte que se pudiera; la ciudad era toda una masa amorfa de escombros y adobe revuelto. Una descripción nos habla del reuso de las iglesias: “La Matriz, San Francisco, Santo Domingo, San Agustín y La Merced, eran templos espaciosos (...) en los atrios de ellos veíamos muchas tumbas recientemente cerradas sobre las cuales había cruces sencillas, formadas de simples cañas las más de ellas”⁶⁶. Igualmente las monjas enterraron a las suyas de inmediato: “Aunque nos hallábamos en salvo no podíamos olvidar a nuestras hermanas difuntas; y así una de las disposiciones dadas apenas pasados los momentos del terror, fue la de dar sepultura a todas las que se hallaron” [excavando las ruinas]⁶⁷. Pero no todos lo fueron y algunos viajeros contaron que los cadáveres estaban en las calles; Rickard escribió que al acercarse a Santo Domingo:

“vi tirados varios esqueletos humanos y partes de cuerpos asomando de debajo de las masas más pesadas de mampostería. La visión me obligó a apartarme rápido. En muchas partes de la ciudad vi la misma horrible exhibición: cráneos, brazos, piernas, algunos todavía no bien descompuestos”⁶⁸.

En todas estas acciones quiero destacar la precariedad y la inmediatez de ellas; no fueron programadas ni sistemáticas y posiblemente, incluidos los entierros, debieron hacerse mediante el retiro de algunos escombros para darse el lugar necesario; sólo más tarde comenzaron las grandes extracciones de materiales de construcción y de todo lo utilizable en las nuevas obras o que tuviese valor, cualquiera este fuera: lo descubierto muestra que fueron retirados del lugar no solo los ladrillos caídos –aunque fuera en grandes bloques–, sino todo el resto de madera y hierro, muebles y puertas. En algunos sectores se observa que los saqueadores, o quizá explotadores comerciales de los restos, procedieron a desmantelar sistemáticamente columna por columna hasta llegar a los cimientos, retirando también las piedras que lo formaban hasta profundidades de más de tres metros. Seguramente no siguieron por ser muy difícil subir las grandes piedras desde esa profundidad. La sola observación de las fotografías tomadas después del terremoto y las de la década de 1880 que incluimos dan la medida de la escala en que se retiró material del lugar.

Lo que indica un primer saqueo y no un proyecto metódico es que esto fue hecho en forma anárquica y posiblemente siguiendo pautas de caída de escombros y no de sistematización del trabajo; por ejemplo los pilares del lado sur fueron desarmados totalmente no quedando un solo ladrillo en el

⁶⁶ Frías, 1932, op. cit., pag. 230

⁶⁷ Narración de la Madre Magdalena Puch superiora del monasterio de la Compañía de María (1898), en Verdaguer 1931/2, op. cit., pag. 441

⁶⁸ Rickard, Ignacio, 1999, *Viaje a través de los Andes (1861)*, Editorial Emecé, Buenos Aires, pag. 87

sector central de la iglesia, mientras que la fachada conservó bloques caídos, que incluso llegaron hasta el presente. El que lo conservado esté del lado del colegio y no de la calle puede interpretarse en términos de facilidad para el retiro. Un par de fotografías antiguas del Archivo de La Nación –cerca de 1885- muestran situaciones sugerentes: carros de caballo en fila frente a San Francisco y en el piso pilas de ladrillos esperando ser cargadas para su retiro con varios niños cerca, que debieron ser los encargados del trabajo. Existe una buena fotografía publicada en 1898 por Damián Hudson⁶⁹ y que nos muestra la existencia de enormes pozos de saqueo frente al atrio de la iglesia y en la plaza, pero el primero es de dimensiones monumentales y fue hecho en la esquina de enfrente y arrojando la tierra sobre restos de paredes de ese edificio; es un buen documento gráfico que muestra la intensidad de esas excavaciones. Incluso la demolición de la fachada –o de lo que aún quedaba en pie-, más que por seguridad debió hacerse también para obtener más materiales sin costo.

Un vecino memorioso, Manuel Lemos, en sus recuerdos describía bien la situación hacia 1880:

“Un cuarto de siglo después aún se notaban las huellas bien visible del brutal estremecimiento. Aparte de las ruinas de los templos existían muchos terrenos baldíos conservando los escombros de las casas que fueron. Desechos tan removidos que se adivinaba la triste tarea de extraer cadáveres (...) En algunas de esas fracciones aún sin reconstruir se habían levantado con restos de los antiguos edificios, casuchas de adobes y hasta pocilgas de palos y lonas”⁷⁰.

Las fotografías originales del terremoto que ya hemos publicado son más que elocuentes y muestran las enramadas que hicieron los pobladores para refugiarse. Lamentamos no tener otras fotos del evento, aquellas que Clereaux pedía:

“El daguerrotipo tomará de él la copia. ¡Es el retrato del cadáver...! ¡Salve ruinas de la desventurada Mendoza!, ¡también el viajero irá a sentarse sobre vosotras y recogida su mente, meditará sobre la nada de la obra de los hombres! ¡Entristecido, contemplará vuestro opulento pasado convertido en polvo...!”⁷¹.

Pero no fue el único que tomó fotos ya que Rickard escribió que “después del desayuno tomé la cámara y fui al teatro, desde cuyo techo obtuve tres tomas muy buenas, que junto con otra de la plaza formaron muy buena adición a mi álbum de

⁶⁹ Hudson, op. cit. 1898

⁷⁰ Lemos, 1973, op. cit, pag. 91

paisajes sudamericanos”⁷². Aunque en este caso el personaje era bastante menos impresionable. Quizás la mejor descripción de la confusa y contradictoria situación generada tras el sismo sea la que dejó Martín de Moussy en su monumental obra sobre el país y quien vio la ciudad casi de inmediato después del temblor:

“Los habitantes se negaron a abandonar las ruinas de su ciudad, que les ofrecían, además de la propiedad del terreno, los ladrillos, los postes, los restos de toda clase que podían ayudar a la reconstrucción deseada; y en fin, lo que era de gran importancia, los trabajos de canalización hechos antiguamente y los derechos de irrigación que comportaban”.

Esta última cita abre varios interrogantes para ser estudiados en el futuro: ¿cómo fue realmente el traslado?, ¿por qué tanta gente se mantuvo en el mismo lugar?, ¿qué cambios en la estructura de poder se operaron con el terremoto y de que manera se expresan en la nueva apropiación del espacio físico; preguntas que se contestarán cuando nuevos estudios avancen sobre estas historias. Y queda claro que las visiones que tenemos de los eventos inmediatos al terremoto son parciales cuando contraponemos la cita de Moussy con la de Santiago Estrada, hecha unos pocos años más tarde:

“Dos o tres ancianos que no han querido abandonar la tierra heredada de sus mayores y regada con la sangre de sus hijos, han construido habitaciones en el mismo sitio que ocupó la choza paterna. Esos viejos solitarios, los últimos de una tribu que cayó en la tumba como cae una piedra en el abismo, vagan cual sombras errantes por las vías sin salida de la que fue la ciudad”.

Nuevamente el romanticismo prevaleciente venía a consolidar la visión triunfalista de la historia Liberal oficial que reivindicó la nueva ciudad y el abandono de la colonial.

⁷¹ Clereaux, 1938, op. cit., pag. 162

⁷² Rikard, 1999, op. cit, pag. 87

Los usos del espacio físico del Area Fundacional

La ocupación del terreno de San Francisco debió ser casi inminente por gente que ante la ruina de su casa aprovechó los terrenos vacantes en la huerta para levantar construcciones provisorias; recordemos que la mudanza a la nueva ciudad se inició después de varios años. No hemos podido averiguar aún cuando exactamente se autorizó esa invasión y si alguna vez lo fue, pero el terreno quedó tras 1861 en manos de la orden franciscana hasta 1906. En los papeles parecería ser que el gobierno intentaba darle usos habitacionales a terrenos de su propiedad y de los religiosos; tan temprano como el 18 de julio de 1861 la ley de la Cámara Legislativa sobre Reconstrucción de la Ciudad Antigua decía en su artículo cuarto:

“todos aquellos particulares que resulten expropiados, serán damnificados eligiendo según convenio con el Gobierno aquellos sitios que fueren de propiedad fiscal, como ser la antigua Matriz, Plaza Vieja, Cabildo y demás que posee el gobierno”.

Esto es interesante ya que muestra que, en la polémica inicial sobre si hacer una nueva ciudad o reconstruirla en el mismo sitio, en cualquiera de los casos se estaba asumiendo que los terrenos de la iglesia Matriz y de los edificios públicos iban a ser repartidos entre los que resultaron con pérdidas. Más aún cuando se aceptó la idea de un nuevo asentamiento ya que quedarían libres esos terrenos; pese a todo no hubo grandes cambios porque el terreno del Cabildo fue usado para el nuevo Matadero- y gracias a eso fue posible su excavación arqueológica-, el de la Matriz tiene ahora el Asilo de Ancianos encima, la Plaza Vieja sigue como plaza.

Quizás a la luz de las evidencias documentales mostradas en las páginas anteriores podamos suponer –como hipótesis de trabajo-, que la ciudad nueva no fue una decisión tan fácil como lo muestra la bibliografía, ni que contó con el consenso de la población sino con una coyuntura de intereses políticos y económicos muy especiales, ni que fue tanta la gente

que se trasladó a ella al menos en los primeros años. El Catastro de 1885 muestra que aún eran pocas las edificaciones en la manzana y que la ocupación sistemática ocurrió más tarde, posiblemente en coincidencia con el mejoramiento de la 4ª Sección hacia 1895/1900.

La visión liberal que ha prevalecido en la historiografía mendocina ha desleído el problema de la continuidad y parecería que entre los sobrevivientes hubo consenso en hacer el nuevo asentamiento mientras que los conflictos se centraron casi exclusivamente en el lugar donde ubicarla. Al releer los documentos de la época parece notarse una postura diferente, al menos de los sectores de la población que no tenían acceso al mundo de la política y cuyas ideas no quedaron en el papel. En ese aspecto quedan claras las del agrimensor José Galigniana que en 1862 delineó las nuevas calles en Ciudad Vieja, las rectificó y trazó las nuevas líneas de edificación, ya que la gente reedificaba sus casas con total independencia de cualquier otra discusión en ámbitos dirigentes. Los datos son contundentes: allí se levantaron 88 casas entre abril y diciembre de 1861 y otras 136 viviendas en los primeros meses de 1862, según los datos recabados por él⁷³. Más tarde declaraba que todas las manzanas ya tenían nuevamente ocupación por sus moradores quienes querían permanecer en su mismo sitio.

El citado catastro de 1885 es muy interesante ya que nos muestra también que para esa fecha aún permanecían en ruina muchas construcciones: San Francisco, Santo Domingo La Matriz, San Agustín, La Caridad, la colonia de Sta. Trinidad, la capilla del Buen Viaje, el Cuartel Viejo y el Teatro. Y que la densidad del loteo de la ciudad vieja era mayor que en la ciudad nueva. Eran los restos del antiguo orden lo que en realidad estaba en ruinas, de la vieja estructura de poder colonial.

El traspaso del terreno no ocupado de la antigua iglesia jesuítica al municipio fue compleja y parte de un escándalo que tomó estado público: la falta de pago de impuestos por los franciscanos se había acumulado a lo largo de medio siglo por lo cual se intentó sacar a remate el terreno. La población se opuso y los medios de comunicación apoyaron la campaña en especial el diario *Los Andes*, logrando que el gobierno provincial lo compre en \$ 5000 y lo entregue libre de deudas a la Municipalidad de la ciudad el 23 de noviembre de 1907⁷⁴. Pero ya quedaba poco de la manzana; estaba reducida casi a lo que es ahora.

Las demás iglesias tuvieron cada una su historia diferente: los religiosos de Santo Domingo comenzaron rápidamente la construcción de un nuevo edificio -en realidad el tercero de su historia ya que el construido en 1793 se había quemado en 1843- con torres de madera y en el mismo terreno, a un lado de sus ruinas, aunque en dirección norte-sur y

⁷³ Cirvini, Silvia, 1989, *La estructura profesional y técnica en la construcción en Mendoza (I): los agrimensores*, Instituto Argentino de Investigaciones en Historia de la Arquitectura y el Urbanismo, Resistencia, pag. 49

rehusando los materiales que eran extraídos por ellos mismos: sólo más tarde demolerían esa tercera obra por culpa de un incendio para levantar un cuarto edificio con la fachada y la única torre hecha de ladrillos –queda ahora la entrada a la nave central como capilla-. Al parecer la obra entera fue hecha por Manuel Roquer y lo que resta de obra en ladrillos muestra la pericia que tenía en esto, en forma similar a lo que hizo en San Francisco en el atrio y portería. Más tarde todo volvería a ser demolido para construir la que ahora existe, es decir la quinta en su serie. También la Matriz fue borrada –que también tenía varias etapas de construcción y demolición- y pese a todos los intentos jamás llegó a reconstruirse. San Agustín quedó en ruina hasta 1953 cuando fue completada su destrucción, San Francisco y su colegio quedaron reducidos a una parte de su dimensión original; pero pese a todo la traza urbana se mantuvo y la ciudad siguió existiendo, superando los ensanches y rectificaciones de las calles viejas.

El caso de San Agustín es el que se destaca entre todos, ya que estaba sin sus dueños originales por la desamortización de los bienes de los Agustinos y en 1825 sus bienes en Mendoza habían pasado a los fondos públicos. Esto hizo que quedara abandonada tras el derrumbe, por mucho tiempo –caso similar a San Francisco-, pero la falta de un destino ulterior hizo que en este mismo siglo sus restos fueran destruidos.

Es interesante observar la manzana actual del conjunto jesuítico, ya que muestra que la distribución de solares fue hecha en forma arbitraria, siendo que ni hay lotes iguales ni el reparto se hizo siguiendo el patrón de lo preexistente: el Altar Mayor de la iglesia quedó bajo una casa pero en cambio se mantuvo buena parte del claustro dentro del terreno municipal. La ampliación de las calles fue también factor destructivo pos-terremoto ya que una nueva ley vino a establecer mayores anchos. La experiencia del sismo mostraba que muchos muertos quedaron atrapados en las calles angostas al caer las fachadas; ensanchándolas y plantando árboles en hileras se podía evitar eso y así se hizo. Allí se perdió la fachada lateral sobre la calle Beltrán y también los restos del frente del Colegio sobre Ituzaingó, los que se observan en las fotografías de 1880 y 1890.

En realidad la memoria operó de dos formas en la comunidad mendocina: manteniendo el recuerdo pero borrando las evidencias materiales del sismo. Hasta qué grado fue parte del nuevo proyecto Liberal es un tema para que lo estudien los historiadores dedicados a ese tema, pero desde la creación de una ciudad nueva hasta la desaparición sistemática de restos físicos entran en el mismo tema. Por ejemplo, muchas de las descripciones de la ciudad hechas a partir de la década de 1880 ya transforman el evento en algo lejano, curioso –los más románticos-, o marginal. Las memorias que Vicente Macarato le

⁷⁴ Díaz Guzmán, José María, 1949, *Índice general de leyes de la provincia de Mendoza (1896-1946)*

dedica a las ruinas, cuando de chico recorría la zona en busca de aventuras en el Zanjón o frente al Matadero, la ubican ya como una simple curiosidad; no eran más que ruinas que “retadoras, adustas y enigmáticas, se sostienen enhiestas como testigos penitentes”. En 1912 la situación era más marcada y el testimonio del viajero Jules Huret son más que claros:

“No quedan de la ciudad antigua más que las ruinas de dos iglesias, que se conservan como recuerdo histórico: están formadas por una masa de tierra cruda que se destaca en el azul del cielo, un montón de ladrillos levantado como monolito en la cúspide de un muro que apenas se sostiene en equilibrio, donde ha echado raíces un arbusto”⁷⁵.

En esa perspectiva se encuadra una serie de críticas hechas contra el municipio de la época. En las que se planteaba la supuesta falta de sentido que tenía conservar restos del pasado; en un rebrote del pensamiento progresista de la Generación de 1880 se insistía en que era absurda la existencia misma de un monumento histórico. Valga para ello un párrafo publicado en 1923 en que se dice:

“Mendoza, que se agita erróneamente por mantener ruinas de templos dejados por un terremoto considerándolas monumento histórico, tiene que darse cuenta que lo fundamental es acondicionar la acción cívica a las necesidades de la vida actual y elevar el espíritu para que se sature la justicia”⁷⁶.

Al parecer en 1907 se inició la primera obra de lo que hoy llamaríamos una puesta en valor del sitio, ahora asumido como hecho histórico. Más tarde, en 1915, nuevamente se haría otra intervención producto de las obras de paisajismo, parqueización y jardinería introducidas en la ciudad con las ideas de Benito Carrasco, invitado para eso por el gobierno. Como parte del primer proyecto se arregló el terreno de San Francisco por ser el punto de entrada de la calle que unía la ciudad vieja con la Alameda –actual Beltrán-: se delimitó el sector con un murete bajo con alambrado encima –reemplazando la tapia que había tenido antes-, se hizo jardinería, bancos de madera y hierro, acomodo de escombros, se plantaron árboles –aun están las dos enormes araucarias y dos pinos- y se controló el acceso a ese nuevo parque público. En las fotos que aquí reproducimos pueden verse a los viajeros montados a caballo en el interior del templo, eso jamás se vería más tarde; este proyecto

ordenadas por número y por materia, Edición del Estado, Mendoza, pag. 113

⁷⁵ J. Huret 1911, pag. 211

⁷⁶ *Los Andes*, 27 de diciembre de 1923

marca un cambio sustancial en las formas de concebir y usar el sitio. El tono romántico era obvio y las enredaderas trepaban salvajes y floridas por las ruinas del tiempo. Las fotos de época muestran que sólo fue respetado lo que era construcción alta, es decir los pilares y paredes completos y todo lo demás fue totalmente alisado y sembrado con pasto o cubierto por enladrillados: las antiguas ruinas se habían transformado en un monumento histórico. Las excavaciones mostraron que los pilares del claustro que aún estaban, desaparecieron, las bases de los pilares y columnas de la iglesia fueron borrados, los pisos se levantaron cincuenta centímetros modificando así la percepción de la altura de los restos y los muros invadieron la nave lateral, haciéndole perder al conjunto su volumetría espacial. Las rejas que actualmente tiene el predio son las que en origen se colocaron alrededor de la cancha de fútbol de la plaza Pedro de Castillo, al parecer en 1921 y que se las quitó en 1940.

Este paseo, que por lo que sabemos no sólo era hermoso sino interesante en cuanto a la idea temprana de conservar los restos en forma visible, y como testimonio del pasado, duró poco tiempo, quizás menos de veinte años. Las fotografías de la década de 1930 muestran que para ese entonces el sitio estaba casi abandonado, los árboles y la vegetación cubrían todo, el lago estaba seco, incluso una foto muestra que se usaba el terreno del fondo para sembrar vegetales. Quizás fue parte del mismo abandono que sufrió todo ese sector de la ciudad, no lo sabemos, pero la realidad es que lentamente el deterioro siguió implacable. En 1932 se construyó la enorme cruz de hormigón armado que aún se conserva en el pilar que está en pie del lado sur, al parecer con motivo del Congreso Eucarístico Internacional, y que si bien hoy sirve como soporte no era ese el objetivo inicial. En 1941 la Comisión Nacional de Museos, Monumentos y Lugares Históricos lo designó como monumento histórico de la nación, dentro del proyecto de Ricardo Levene de proteger los edificios jesuíticos de todo el país; en ese momento se hicieron nuevas obras que son las que llegan hasta hoy. En 1982 se completaron los bloques de hormigón armado de los muros y se hicieron obras complementarias.

Los trabajos hechos en ese momento estaban inmersos en una visión del patrimonio cultural que se caracterizaba por intervenciones fuertemente agresivas y que no tomaban en cuenta nada que no fuera lo monumental en sí mismo. Los restos del pasado que eran designados en esta categoría eran considerados símbolos y tratados como tales, sin preocupación ni por su materialidad ni por su conjunto, su contexto o su originalidad histórica. De allí que se dividiera el lote en dos partes: la iglesia propiamente dicha y el terreno del antiguo colegio que fue transformado por el municipio en un gimnasio. El muro divisorio incluso invadió parte de la nave de la iglesia reduciendo aún más su superficie, a la que ya le faltaba el muro testero y el altar mayor. Para consolidar las paredes se colocó un basamento de hormigón en todas sus partes originales y se hicieron pisos de ladrillo, caminos,

una pared con reja perimetral, sistemas de desagüe de agua de lluvia y se colocó un monolito recordatorio. Se volvió a revocar la escalera al coro y a rehacer su bóveda pintándola de amarillo –color que nunca tuvo-, los bloques caídos fueron reubicados, algunos de ellos encima de pilares ya destruidos, y otros fueron cubiertos con enredaderas, lo que fue un factor de deterioro tremendo para las molduras que aún quedaban. Más tarde el paso de cañerías y cables de todo tipo produjo nuevas perturbaciones del piso y las paredes. Dado que la humedad hacía estragos, en 1982 se completaron algunos nuevos tramos cubiertos de hormigón y en otros se subió aún más el zócalo, rellenando con cemento las nuevas hiladas deterioradas y produciendo así nuevos problemas en partes aún más altas.

Si bien no es esta una evaluación de los problemas producidos por esa restauración, es evidente que la situación actual de deterioro de lo que sobrevivió al terremoto de 1861 y a la demolición de 1880-90 se debe a esa intervención en su mayor parte, pero no es exclusiva. Debemos agregarle la absoluta falta de mantenimiento y el tránsito pesado que pasa por la calle han fisurado todos los muros y han producido el colapso de sectores completos que estaban aún en pie no hace mucho; en los últimos diez años la situación llegó al límite que obligó a encarar el proyecto que actualmente se está llevando a cabo.

Las ruinas en el imaginario popular

Como en todo hecho histórico las interpretaciones del terremoto y sus efectos son múltiples: podemos intentar algunas en función de los problemas que hemos ido planteando, por ejemplo, entre otras cosas la arqueología trata de comprender por qué la población enterró a sus muertos dentro y fuera de la iglesia, sin orden y en cualquier lado, pero al parecer en su mayoría dentro de la iglesia. Y como es lógico la respuesta inmediata está inmersa en el papel que jugaba la religión en el control de la muerte, tema que no es nada fácil y que precisamente el terremoto puso en un primer plano. La otra lectura que es posible esbozar aquí, aunque es necesario un estudio mucho más amplio, es histórica, y trata de acercarse al imaginario colectivo y al papel que juegan estas ruinas en la memoria del terremoto.

Respecto a lo primero, la lectura de los textos de la época muestra tres aspectos contrapuestos, tal como fueron manejados en la época, frente a la muerte: la lectura apocalíptica, la científica y la política. Las tres se enfrentan, se entrecruzan e incluso se superponen según los intereses de cada uno, según a quién va dirigido el mensaje y según la respuesta que se espera recibir. Y las tres se recortan con toda nitidez sobre el Romanticismo de la literatura; la muerte, la destrucción, la violencia desatada, el quiebre social, la lucha Unitarios y Federales, la unicidad del acontecimiento eran un telón imposible de obviar para ese tipo de pensamiento que cubrió hasta los textos más científicos y supuestamente neutros.

La primera cuestión y la más obvia es la signada por la religión católica en un momento crucial de la lucha con el poder político por el control de la muerte, en una sociedad tradicional, conservadora como lo era Mendoza. Los esfuerzos liberales habían logrado ya los cementerios civiles y la reducción del poder de la iglesia en gran parte del país, pero eran ideas que no terminaban de consolidarse; en ese contexto el terremoto vino bien para cohesionar el discurso religioso bajo términos que apocalípticos y por ende indiscutibles. Es posible intentar una lectura bíblica de las narraciones de los sucesos, mostrando como la

visión de los hechos estaba profundamente teñida por los textos religiosos. En Mendoza el cementerio civil se instaló por ley provincial del 5 de julio de 1828, en la cual se prohibía expresamente enterrar en las iglesias, aunque el reglamento solo se redactó en 1845⁷⁷. En realidad la prohibición se remonta a la Asamblea de 1813 y había comenzado a ser acatada, aunque a regañadientes, pero se exceptuaban los religiosos y las personalidades destacadas o en extremo ricas, para quienes siempre había permisos especiales. Otros hicieron caso omiso, como la familia González en su quinta en Panquehua –de donde salió incluso un gobernador-, ellos guardaban los ataúdes de sus padres y abuelos en el sótano de la casa a donde solían llevar a los visitantes⁷⁸.

En la Biblia el Apocalipsis se produce como un pago por culpas: la redención de las faltas llevó a Dios a colapsar toda la estructura física de la ciudad y en el derrumbe murieron gran parte de los habitantes de la pecaminosa ciudad. En el Versículo 8 se habla con toda precisión del número de muertos: “Perecieron siete mil personas, los sobrevivientes presa de espanto, dieron gloria a Dios en el cielo”. Esto es doblemente interesante ya que las cifras de muertos de ambos episodios –el mendocino y el celestial- son similares para los textos; no es casual que esa haya sido la cifra asumida por la mayor parte de los autores y es la que ha quedado hasta hoy en el imaginario colectivo; y también en Pompeyo Lemos que es la versión más difundida de los eventos. Si bien en un primer momento se tomó sólo esa cifra –y es la quedó grabada a fuego en la imaginación popular-, poco más tarde la variedad numérica fue en aumento y hubo casos como el publicado por *La Tribuna* en Buenos Aires⁷⁹ donde se debate una cifra de entre cinco mil como mínimo y quince mil como máximo, incluso llegándose a aseverar más adelante que Mendoza “es hoy un montón de escombros y cadáveres, no bajando estos de dieciocho a veinte mil”; el día 13 de abril ese diario ya elevaba la cifra a 20.736 fallecidos. Otros informes más cuidadosos, como el de Díaz, médico chileno llegado con los equipos de rescate, da la suma de seis mil personas destacando que muchos huyeron de las ruinas lo antes que pudieron y obviamente nadie se preocupó por sacar cuentas en ese momento. Rogelio Tristany al igual que Ricardo Ponte⁸⁰ se acercan a los cinco mil quinientos muertos o desaparecidos y emigrados, cuenta basada en estadísticas confiables de la época; una cifra actual no puede sobrepasar los cuatro mil quinientos damnificados. El minero viajero Rickard también se jugó por la cifra de doce mil muertos. Algunos autores fueron más lejos y Félix Frías, militante del conservadurismo católico a quien Sarmiento llamaba *el padre Frías*, que visitó las ruinas el mismo año del terremoto, no casualmente

⁷⁷ Ponte, 1987, op. cit., pag. 123

⁷⁸ Ver *Revista Fray Mocho*, nº 35, 1912

⁷⁹ *La Tribuna*, 7 de abril de 1861

⁸⁰ R. Ponte, op. cit., 1987

encabezó su texto con la cita bíblica que ya mencionamos. Escribió que: “ha caído en Mendoza la décima parte de la ciudad entera; y el número de muertos es por lo menos el doble que lo que expresa en su revelación el apóstol”⁸¹. La presencia de los siete mil muertos está frecuentemente arraigada en la imaginación popular y fue repetida constantemente, por ejemplo aún en el Primer Congreso de Historia de Cuyo, el texto final que resumió la historia mendocina decía que “había ocasionado unas seis o siete mil víctimas”, y luego aclaraba que había que sumarle aquellos que “quedaron idiotas o dementes”. En los libros de divulgación a veces se llega a los diez mil muertos⁸².

También habrían sido siete mil los que oyeron el sermón en la plaza solo una hora antes del terremoto, donde un supuesto jesuita anunció la destrucción de la ciudad pecadora: “de dos Mendoza que hay en el mundo, una deberá perecer”⁸³; luego veremos que esto que fue descrito por Lemos tienen pocas posibilidades de ser cierto. Más tarde, la actitud de dar glorias a Dios por los sobrevivientes fue unánime y Frías⁸⁴ lo narró así: “Los que estaban fuera de la tierra y con vida clamaban misericordia y hacían actos de contrición, creyendo aquel no sólo el último día de su vida, sino del mundo”. Tomemos en cuenta ahora que en un párrafo de la cita bíblica original se nos dice que: “las gentes de los pueblos, razas, lenguas y naciones contemplaron sus cadáveres tres días y medio: no estaba permitido sepultar”. Y también nos aclara que sólo después de ese plazo pudieron “ponerse de pie” gracias a un aliento divino que les permitió recomenzar la vida nuevamente. Muy similar es lo que sucedió en Mendoza, o por lo menos lo que se narró, ya que solo en la tarde del tercer día el gobernador Nazar intentó tomar las riendas del poder enfrentándose a la junta de vecinos que se había formado espontáneamente –no casualmente todos Unitarios-, y al cuarto día comenzaron los fusilamientos e intentos de parar el saqueo, restableciéndose alguna autoridad en el lugar. Lógicamente el recambio fue de Unitarios en lugar de Federales. Todos los textos insisten en marcar el cuarto día como en el cual se tomaron decisiones y se actuó en forma concreta; pero también fue en el tercer día cuando comenzó el hedor, cuando la putrefacción de hombres y animales se puso en toda su evidencia, lo que obligó a comenzar los entierros en forma organizada.

Si la palabra Apocalipsis significa “revelación” en su sentido principal, es lógico que el mensaje de la destrucción sea el de castigo por culpas y así lo asume la Biblia. El pago a Dios por los pecados propios y ajenos está claro todo el tiempo y continuó en la memoria por más de un siglo; la historia que le es relatada a Paul Groussac por un sacerdote de la

⁸¹ Frías, 1932, op. cit., pag. 230

⁸² Capdevila, Arturo, 1945, *Tierra mía: la tierra y su alma*, Espasa Calpe, Buenos Aires, pag. 117

⁸³ Lemos, Néstor, 1973, pag. 131

⁸⁴ Frías, 1932, op. cit., pag. 230

iglesia de Santo Domingo que vivió el terremoto incluía la pregunta concreta: “Padre, ¿será este el día del Juicio?”, y quien la hizo, salió corriendo en la noche gritando: “¡Hagan un acto de contrición, absuelvo a todo el mundo! Y como ese loco que recorría los muros de Jerusalén gritando ¡Penitencia!, él también rodó a su vez, sepultado bajo las vacilantes ruinas”⁸⁵. El extenso cronista Félix Frías fue muy terminante con sus palabras: “El mal que sufrimos y que Dios nos envía es el crisol en que se prueba muestra virtud”⁸⁶ Y fue precisamente Frías quien discutió las teorías científicas que trataban de explicar el temblor negando toda posibilidad de que no haya sido una decisión divina y usaba como argumento el desafío a la ciencia para que “pruebe que la naturaleza misma puede desobedecer al Creador”⁸⁷. Pero el precio del pecado se paga caro y no solo con la muerte, sino también con la locura. Muchas son las crónicas que nos hablan de ello: “Algunos de los que han sobrevivido a la catástrofe son todavía más dignos de lástima que los que yacen sepultados en las ruinas, pues están condenados a vivir con la desesperación en el corazón y la demencia en el espíritu”⁸⁸.

Para ese mismo autor el terremoto no era más que “el preludio al Juicio Final”. No casualmente Manuel Gálvez insistió en que “éramos liberales en política, no en religión” y ese es precisamente el caso de Félix Frías⁸⁹. Los diarios se hicieron eco de esto y podemos leer en Córdoba que, supuestamente, había una gran cantidad de “locos a quienes la magnitud de la desgracia arrebató la razón en vez de la vida”⁹⁰. Para algunos el secreto radicaba solamente en arrepentirse, para otros, lo que se necesitaba no era tan sencillo: “El gobierno de Inglaterra y los Estados Unidos habrían decretado un día de ayuno y penitencia pública para conjurar la cólera celeste”⁹¹ y con eso todo se hubiera solucionado. En cambio Manuel Cobo escribía que “La resignación cristiana me hace inclinar la frente hasta el suelo, respetando el mandato divino”⁹² y varios textos oficiales insistieron en lo mismo:

“¡Qué lecciones tan severas recibe de vuestra mano soberana la triste humanidad...! (...) Humildes nos posternamos ante vuestra Majestad para besar esa mano poderosa que nos humilla y nos exalta, nos castiga y nos

⁸⁵ Groussac, 1970, op. cit., pag. 536

⁸⁶ Frías, 1932, op. cit., pag. 225

⁸⁷ Idem. pag. 449

⁸⁸ López, José F., 1861, El terremoto de Mendoza, *Revista del Paraná* vol. 1, pp. 160-161, Paraná, pag. 136

⁸⁹ Frías, 1932, op. cit., pag. 27

⁹⁰ *El Imparcial*, 3 de abril 1861

⁹¹ *El Nacional*, 2 de abril de 1861

⁹² Idem, 15 de abril de 1861

perdona (...) Nosotros derramamos lágrimas de compasión sobre el horrible sepulcro que os deparó la mano del Omnipotente”⁹³.

Para completar el panorama el Presidente de la Nación en su mensaje presidencial dado en Paraná el 12 de mayo, dijo que ésta había sido: “una de las crueles pruebas a que haya querido Dios someter a un pueblo salido de sus manos (...), inclinemos resignados nuestra frente ante los Derechos de la Providencia”⁹⁴.

Hay muchos párrafos en los cronistas que llaman la atención en cuanto a la similitud bíblica: el absoluto silencio que precedió al ensordecedor ruido del primer movimiento sísmico se emparenta con el “silencio como de media hora” que se produce precisamente en el momento de la apertura del Séptimo Sello bíblico⁹⁵, y pocos renglones más adelante cuando dice: “entonces hubo fragor de trueno, relámpagos y temblor de tierra”. Más adelante se insiste en esto al decirse que “se produjeron relámpagos, fragor de truenos y un violento terremoto como no lo hubo desde que existen hombres sobre la tierra”⁹⁶.

Si hiciera falta más ejemplos de cómo setenta años más tarde se había consolidado la imagen del terremoto antes descrita, podríamos citar a un escritor como Arturo Capdevilla, quien en 1933 escribió:

“Labios había aún torcidos con la misma torcedura del no olvidado espanto. Espantosos labios de mujeres histéricas, prontos para el grito lúgubre. La madre había entrado una noche en una tienda de trapos; la tendera mientras medía (...) era una mujer perfectamente normal, pero se había empezado a hablar de cosas del terremoto. Al punto la mujer puso una mueca de loca y, tras la mueca, quiso hablar; más la palabra se le trocó en alarido. (...) De tal modo el terror había quedado agazapado flotando en la ciudad, cernido sobre ella y agazapado en los recovecos del recuerdo”⁹⁷.

Mucho más tarde, en 1966, Juan Draghi Lucero describía una patética escena con las siguientes palabras:

“No, Manuel – contestó don Dionisio-, hasta aquí nunca llegaron los indios en guerra, (esta destrucción) fue obra del gran terremoto del 20 de marzo de 1861.

⁹³ *Crónica Oficial*, 17 de abril de 1861

⁹⁴ *Mensaje al Congreso Nacional*, 12 de mayo de 1861

⁹⁵ *Apocalipsis*, 8-1

⁹⁶ *Idem*, 16-17

- ¡¿Qué ser eso?! - Preguntó el indio con los ojos espantados (...)
- ¡Es Dios que remeció así esta tierra, y se cayeron todas las casas!”

Sarmiento describió bien la mirada de las ruinas hecha poco después del evento: “Los que sobreviven a las grandes catástrofes como la de Mendoza o la Rinconada, olvidan con el tiempo las impresiones que experimentaron cuando las ruinas están tambaleándose todavía o la sangre de las víctimas no se ha secado aun. Se vive entre ruinas y lo pasado se olvida, aunque algún tinte, sólo discernible para los extraños, deje en las fisonomías el recuerdo de una grande desgracia”⁹⁸.

Quizás hubiera sido importante para estudiar el efecto del terremoto sobre la población, poseer una copia de la perdida primera novela mendocina titulada *La noche del terremoto*, obra de Máximo Cubillos de 1872. Esa novela, de la cual hay múltiples evidencias de haber existido, ha sido buscada intensamente e incluso discutida a través de su reconstrucción sobre la cual tanto ha inisitado Arturo Roig.

La versión opuesta a los cronistas ya descritos, es decir la del discurso cientifista, se centraba en el hecho natural, catastrófico por cierto, pero en el cual no había intervención divina alguna: la culpa era de la población por vivir en una zona sísmica conocida sin tomar recaudos. Por ejemplo el geólogo inglés David Forbes hizo un primer intento de interpretar el fenómeno, y al ser publicado el editor le agregó una nota muy concreta: “El mal de los terremotos no se halla tanto en los sismos, como en las construcciones de los edificios”⁹⁹.

Esta postura fue bastante común entre los técnicos que insistieron en que la construcción urbana mendocina era “demasiado confiada” y no se tomaban precauciones de ningún tipo aunque se sabía que era un área sísmica; menos aún los gobiernos habían asumido un papel rector en dicho sentido. Otro que pensaba así era el naturalista August Bravard, quien estaba residiendo en ese momento en Mendoza y desde hacía tiempo opinaba que la ciudad iba a ser sacudida por un temblor, el que por cierto le costó la vida solo un día antes de viajar a Chile por ese motivo. Pero si bien no todos se centraron en la no participación divina, sí se tuvo en claro el destacar que era un fenómeno natural por antonomasia, aunque viniera “a humillar el orgullo del hombre ante la fuerza de la naturaleza”¹⁰⁰.

La historia del pobre Bravard, quien tanto le había dado a la ciencia internacional en los estudios paleontológicos, geológicos y en las ciencias naturales, es patética. Primero Pompeyo Lemos narró que: “un señor Bravard, viajero francés de profesión naturalista que

⁹⁷ Capdevila, 1945, op. cit., pag. 117

⁹⁸ Domingo Sarmiento, en: *El Chacho, dos miradas*, J. Hernández y D. F. Sarmiento, Ameghino, 1999, pag. 72

⁹⁹ *La Tribuna*, 28 de mayo de 1861

visitaba entonces el país, pronosticó para dos años después la destrucción de Mendoza por un terremoto”, lo que supuestamente sabía por haber estudiado las “corrientes eléctricas” que había en la cordillera; pero lo terrible fue lo que pasó con su cuerpo: “La casa que fue Hotel de Cactus forma un montón de ruinas, del alto de las cuales se ve una parte del cuarto que ocupaba (...) Bravard, percibiéndose una parte de la cama y el cuerpo de este sabio, que por su actitud se conoce estaba sentado en el lecho cuando el temblor”¹⁰¹. El periódico porteño solicitaba que el cónsul de Francia pagara su entierro –habían transcurrido más de dos semanas- y que recogiera sus papeles que eran fundamentales para la ciencia.

En realidad ahora sabemos que Bravard estaba notando empíricamente un fenómeno natural que resulta conexo con el terremoto: las variaciones barométricas continuas que según algunos indicaban cambios en el nivel del suelo con respecto al mar: basados en las deducciones de quienes historiaron el fenómeno¹⁰², entre 1857 y 1861 el suelo habría sufrido un desplazamiento muy pronunciado, unos 25 metros”¹⁰³. Pero la ciencia no tenía aún forma de usar ese dato, de ser cierto, como forma de previsión del movimiento tectónico.

Es llamativa la poca fuerza que aún tenía en el país la visión científica de ese tipo de sucesos. Solo a partir de la década de 1880 las cosas comenzaron a ser aceptadas por la población en general: los estudios de Florentino Ameghino sobre el terremoto de 1888 y los de Guillermo Bohembender sobre el de San Juan y La Rioja de 1894 mostraron al parecer por vez primera una lectura madura y plenamente geológica de los hechos de esa naturaleza. Pese a eso uno puede ver que en el país no todos pensaban igual, y menos en otras regiones de esta misma América Latina donde la situación era bien diferente: en México, en 1768, José Antonio de Alzate y Ramírez –ordenado sacerdote en 1756-, había publicado sus famosas *Observaciones físicas sobre el terremoto acaecido el 4 de abril*¹⁰⁴, en las cuales demostraba que se trataba de un movimiento natural fácilmente explicable, remontándose hasta Buffon inclusive, e intentando establecer una tipología de movimientos y sus explicaciones.. Pero lo mejor es cuando discute la causa primera y tras varias citas de autores del siglo XVIII que ya habían mostrado que “los temblores de tierra no tienen conexión con nuestras culpas”, termina citando ni más ni menos al papa Benedicto XVI que ya había reconocido la naturalidad de los movimientos telúricos. Es interesante ver que en 1768 ya existía

¹⁰⁰ *La Tribuna*, 2 de abril de 1861

¹⁰¹ Idem, 7 de mayo de 1861

¹⁰² Fossa Mancini, Enrique, 1939, Vistas aéreas, fallas activas y temblores mendocinos, *Boletín de Informaciones Petroleras* n° 179, pp. 45-78, Buenos Aires

¹⁰³ Passotti, Pierina y Alfredo Castellanos, 1945, *Cuatro lecciones sobre terremotos*, Asociación Cultural de Conferencias, Rosario, pag. 25

¹⁰⁴ Alzate y Ramírez, José Antonio de, *Observaciones físicas sobre el terremoto acaecido el 4 de abril del presente año (1768)*, *Historia de la ciencia en México*, vol. IV, pp. 327-331, Fondo de Cultura Económica, México, 1985; pag. 327

bibliografía y hasta una explicación papal sobre el tema, pero pese a ello los términos en que se planteó en Mendoza fueron diferentes.

Un manuscrito que describe la ciudad de Lima en 1774¹⁰⁵ posee un interesante estudio sobre los terremotos en esa ciudad, en el Callao e incluso en Quito, Se puede observar en ese texto que su autor narra que algunos “patricios” quisieron explicarlo por causas sobrenaturales, lo que solo fue visto como rara ocurrencia. Para construir una explicación racional acude, el ahora desconocido autor, a una larga bibliografía europea de quienes hicieron experimentos de toda índole mostrando como la mezcla de ciertos minerales producía reacciones violentas. Es decir que para quien quería estar en el tema ya existía un campo de conocimientos que, con más o menos rigor, discutía y escribía sobre el tema. Pese a eso y a la arenga del padre Alzate, nada había cambiado de cuando Juan Rodríguez escribió en 1541 su *Relación del espantable terremoto de Guatemala* diciendo que “hémoloslo atribuido a nuestros pecados, porque tan grande tempestad no podemos saber cómo ni de dónde vino”.

Lógicamente existían antecedentes en el país de quienes habían interpretado con inteligencia los fenómenos telúricos: en la provincia de Buenos Aires se había publicado en 1846 un estudio de Francisco Javier Muñiz sobre uno acaecido el año anterior en la zona pampeana cuya descripción es absolutamente científica. Y no sólo hizo eso sino que además le envió a Charles Darwin su texto, quien lo leyó y le escribió a Muñiz: “la relación sobre el terremoto en las pampas me sorprendió: nunca había oído de ninguna en parte alguna al este de la cordillera, a no ser en Córdoba”¹⁰⁶. Es decir, ni todos ni en todos lados se mantenía la interpretación bíblica.

La contravisión a la eclesiástica, básicamente impulsada por el Liberalismo, se centró en que el oscurantismo desatado por fanatismo religioso no permitía explicar nada y en señalar a la iglesia como responsable principal del no rescate de las víctimas: “Un jesuita proclama en aquella reunión el advenimiento del Juicio Final, y asegura que en breves horas se hundirá la tierra: esos restos se dispersan a su voz y queda la ciudad librada al saqueo total y a la muerte. Desde ese instante no hay ya esperanza para los que aún respiraban bajo la tierra; quedó sellado su exterminio irremediable”¹⁰⁷. De esta manera buena parte de las muertes no eran por el catraclismo sino por la iglesia; en ese mismo artículo se insistía en “el terror de los sobrevivientes agitados por la superstición sacerdotal”. Otro texto, escrito por Benicio Alamos González, quien sobrevivió al terremoto, dice: “allí encontré a la gente

¹⁰⁵ Duviols, Pierre, 1991, Descripción de la ciudad de Lima, capital del Reyno de Perú, su temperamento, opulencia, carácter de sus naturales..., *Andes et Mésoamérique, cultures et sociétés*, Vol. I, pp. 251-297, Université de Provence, Aix-en-Provence

¹⁰⁶ Darwin, Charles, *Journal of Resarches into the Natural History and Geology of the Countries Visited During the Voyage of HMS Beagle Round the World*, D. Appleton & Co, New York, 1897, carta del 26-2-1847

rezando con un fraile que aseguraba que en pocos momentos más iba a abrirse la tierra arrojando llamas y azufre, tragándose a todos”¹⁰⁸. Un emigrado chileno, Domingo de Santa María, escribió el 8 de abril de 1861 que “en vano esa noche (...) intentamos convencer a varios sacerdotes que, ante todas las cosas, debían ir a salvar a sus hermanos que aún permanecían vivos bajo los escombros (...). Pero apenas se empezaron a sentir los efectos de la putrefacción de los cadáveres, volvieron algunos a espantar otra vez a la gente con la idea de que íbamos a apestarlos”¹⁰⁹. Y sería posible agregar muchas otras descripciones presenciales que destacan las mismas escenas y responsabilidades.

Pero por supuesto hubo quienes aprovecharon la coyuntura para politizar la lectura del evento; no importaba si era Dios o la naturaleza sino el provecho que se le podía sacar al tema. Un ejemplo típico fue de Francisco Cires: “Yo entré a Mendoza por un camino que para salir de él, apartando ruinas, acababa de abrirse el gobernador Nazar, nuevo Satanás que ha quedado en pie sobre la total devastación, explotando conflictos y desvalimientos”¹¹⁰. Otro cronista de la época escribió aún más duramente que el saqueo producido tras el terremoto se debió a que “sólo el anómalo estado político y administrativo de Mendoza en sus últimos días ha podido producir tan espantosa ferocidad”¹¹¹. Algunos fueron más lejos, uniendo en un ciclo continuo los problemas políticos de San Juan con los naturales de Mendoza:

“¿Qué fatalidad nos persigue Cielo Santo, para presenciar en tan poco tiempo la ruina y devastación de dos pueblos hermanos? Ayer era la infeliz San Juan, mártir sublime de una idea sacrosanta que caía inmolada al pie de su bandera por la chusma de los vándalos, que han hecho estremecer el suelo argentino con el peso de su crimen espantoso. Hoy es Mendoza, la pobre y desventurada que después de haber estado siendo el juguete de Naza”¹¹².

Pero si esto decía Buenos Aires en sus periódicos, más claro lo planteaban los de Córdoba, uniendo el asesinato del gobernador Virasoro en San Juan con el terremoto: “¿Nos guardará el destino males mayores aún? O podremos, como Edipo, desafiar la cólera del cielo porque ya ha agotado los medios de castigarnos [pues] dos pueblos han sucumbido ya [en este

¹⁰⁷ *El Mercurio*, 15 de abril de 1861

¹⁰⁸ Alvarez, Agustín, 1910, *Breve Historia de la provincia de Mendoza*, Talleres de Publicaciones de la Oficina Meteorológica Nacional, Buenos Aires, pag. 47

¹⁰⁹ *Idem*, pag. 48

¹¹⁰ Cires, Francisco, 1938, *Mendoza después del terremoto*, *Revista de la Junta de Estudios Históricos*, vol. X, Mendoza, pag. 423

¹¹¹ Clereaux, 1938, op. cit., pag. 161

¹¹² *La Tribuna*, 2 de abril de 1861

año] el uno a manos de los hombres, el otro al poder de los elementos”¹¹³. Aun diez años más tarde se decía que “el fanatismo religioso miraba en aquella catástrofe un castigo del cielo, infligido a aquella ciudad por los sacrificios del 11 de enero, en que su gobierno había tomado tan activa participación”¹¹⁴. Por supuesto desde Mendoza muchos se ocuparon de contestar y mantener la polémica, que iba por cierto más allá de cualquier interpretación natural o sobrenatural que se le diera al terremoto mismo. Ante las críticas que desde Paraná hacía el presidente Derqui, la Sala de Sesiones del Legislativo contestaba el 24 de febrero de 1862, aunque quizás demasiado tarde, que:

“El rumor (...) halla eco en las entrañas de la fiera del primer magistrado, para hacer brotar hipócritamente de sus labios la declaración de que la provincia de Mendoza no existía políticamente. Al paso que con una mano le roba ingentes cantidades remitidas del exterior (...) con la otra firma el decreto que autoriza al asesino de San Juan para arrebatarse socorros ya recibidos”.

No faltaron quienes se tomaron a la ligera el asunto: en Corrientes el Dr. Rolón y “toda la clase civil y militar” presenciaron una misa en la Catedral en homenaje a los muertos de Mendoza que incluía un “lucido catafalco preparado con toda lucidez y esplendor”; tras eso el gobernador y sus invitados se retiraron a “la Casa de Justicia donde fueron obsequiados con un famoso refresco preparado al efecto”¹¹⁵. Otros, más que a tomar refrescos, se reunieron para cantar acompañados del piano una especie de himno en francés al terremoto: una lámina publicada a gran tamaño sin firma y sin fecha, pero posiblemente contemporánea a los hechos, anunciaba bajo el título *Tremblement de terre de Mendoza*, un poema en veinticuatro estrofas y un pentagrama con música para piano. El Romanticismo en todo su esplendor es la imagen que podemos tener hoy día de esas tertulias vespertinas en que se entonaba a coro este largo poema “Dedié aux ames charitables”.

Todas estas historias, pocos meses después, se mezclan con la batalla de Pavón-el 17 de setiembre-, la toma del poder por parte de Bartolomé Mitre y el triunfo Liberal-Unitario sobre los federalismos, la destitución de Nazar en marzo de 1862 y la asunción del nuevo gobernador liberal de Mendoza, Luis Molina. En qué medida el efecto del terremoto fue

¹¹³ *El Imparcial*, 2 abril de 1861

¹¹⁴ Larraín, Nicanor, 1906, *El país de Cuyo; relación histórica hasta 1872*, Imprenta de J. A. Alsina, Buenos Aires, pag. 275

¹¹⁵ *Crónica Oficial*, 17 de abril de 1861

similar en sus efectos a la no-batalla de Pavón en el litoral, es aún tema interesante para ser estudiado¹¹⁶.

Para concluir con esto nada mejor que lo escrito en su momento por un diario de Buenos Aires donde se conjugan la interpretación sobrenatural con la política, desnudando los manejos pueriles de los medios de comunicación de la época:

“Más de cinco mil mujeres, con los trajes desgarrados y el alma hecha pedazos [tras el terremoto], se reunieron y arrodilladas elevaban sus votos al cielo pidiendo misericordia para Mendoza, y jurando con las más desgarradoras expresiones que si aquello era un castigo de la Providencia, las señoras debían ser absueltas porque ellas nunca se habían ligado a la barbarie”¹¹⁷.

Por último queda un tema difícil: el del famoso sermón anunciatorio. Según Lemos, testigo supuestamente presencial: “Una hora antes de la catástrofe, más de siete mil mendocinos yacíamos humildemente posternados en el polvo de la antigua Plaza de Armas, la palabra de un padre jesuita, tan pronto amenazadora, sentenciosa y precursora de terribles castigos, como cariñosa y humilde. Predicaba en el atrio del templo matriz, en el costado sur de la plaza”¹¹⁸. Y allí sentenció su admonición de la destrucción de una de las Mendozas, obviamente la pecadora. Es llamativa la similitud con un versículo bíblico que precede al Apocalipsis: “Después miré y había una muchedumbre inmensa, que nadie podía contar” y que estos “estaban de pie” (...) y gritaban con voz fuerte La Salvación es de nuestro Dios”¹¹⁹. Lemos “después de las caídas se dirigió al Hotel Sessier” y “como a las nueve” se produjo el terremoto, el que sabemos con mayor precisión que se produjo media hora antes.

Parecería que demasiado poco tiempo –según él, una hora; en realidad fue media hora- para que el sermón con “más de siete mil personas” se desarrollara completo, ni hablar en cuanto a que realmente pudiera reunirse esa cantidad de gente, para que esa enorme masa se desconcentrara en calles estrechas y para que Pompeyo Lemos y su amigo llegaran al hotel, se sentaron en el comedor y “en el momento de recibir las tazas de café que ya habíamos pedido” se les movió el piso y todo comenzó. Quizás no es más que un problema de cronología, pero algo extraño hay en la demasiado corta secuencia de tiempo.

¹¹⁶ Scalvini, Jorge, Mendoza frente a los sucesos de San Juan 1858-1861, *Contribuciones para la historia de Mendoza*, pp. 11-28, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 1968; Ponte, op. cit, 1987

¹¹⁷ *La Tribuna*, 2 de abril de 1861

¹¹⁸ Lemos Pompeyo, 1936, Terremotos en Mendoza (1861), *Revista de la Junta de Estudios Históricos* Vol. X, Mendoza, pag. 131

¹¹⁹ *La Biblia*, Apocalipsis 7-9

Otros cronistas, como Frías, tan meticuloso en sus descripciones, minimizan la situación y dice que sólo asistieron al sermón “las gentes piadosas”, mientras que destaca con todo detalle que la mayor parte de la población se dedicaba a los menesteres más materiales. Otros como él indican situaciones semejantes: “los habitantes, sofocados por la temperatura (...) se sentaron en la puerta de calle” y sólo “los más devotos fueron a las iglesias”¹²⁰. Es posible pensar que no fueron siete mil los participantes de ese sermón, ni que hubo admonición alguna, quizás sólo una imaginación un poco exaltada –plenamente justificada por otra parte-, y un poco de confusión por el tiempo transcurrido hasta que Lemos escribió sus memorias veinte años más tarde uniendo eventos que no fueron contemporáneos y llevando a la cifra a una escala exaltada al menos.

Una versión diferente y con esto se cierra la polémica, la dio el padre Rafael Pérez, para quien el sermón al aire libre fue mucho antes, el día 10 de marzo, en la inauguración de la nueva misión: consistió en una procesión muy grande y “hubo que predicar al aire libre”¹²¹. El día de San José hubo otra procesión y el día 20 el padre Funes sólo dio un sermón “a la entrada de la noche”; poco más tarde se produjo el terremoto. Pese a ser un religioso el que escribió ese texto, él mismo un jesuita que sobrevivió y tuvo amplia participación en el rescate de las víctimas y que el sermonista padre Funes haya muerto, nada dice Pérez de cuántos eran los asistentes al sermón el día 20 –siete mil no es una cifra para olvidar-, ni siquiera destaca que fueran siquiera muchos; tampoco menciona la admonición de lo que sucedería; y difícilmente lo hubiera olvidado de haber realmente ocurrido. Ningún otro autor de primera fuente siquiera habla sobre el tema.

Para terminar volvemos a hacernos preguntas: ¿por qué el imaginario colectivo de Mendoza quedó aferrado a las interpretaciones más cargadas de fanatismo religioso?, ¿por qué el mito de que el terremoto fue en Semana Santa cuando no lo fue?, ¿por qué se repite que “en la aciaga noche del 20 de marzo de ese año las iglesias se encontraban llenas de fieles que celebraban las ceremonias del Viernes Santo”¹²² cuando sabemos que estaban casi todas vacías?, ¿por qué los siete mil muertos de la Biblia?, ¿por qué los textos que insisten en el sermón propiciatorio, en los muertos en las iglesias y en el castigo divino son los únicos que se han seguido reeditando y sus versiones han ido pasando de un libro a otro?, ¿por qué las demás versiones de lo ocurrido fueron olvidadas o desaparecieron?, ¿por qué un tema tan importante en la historia de la ciudad ha sido tomado con tan poca seriedad?. La cuestión aún sigue abierta.

¹²⁰ Crawford, Robert, 1974, *A través de la pampa y los Andes (1884)*, Eudeba, Buenos Aires, pag. 117

¹²¹ Pérez, Rafael, 1936, “La Compañía de Jesús en Sudamérica”, *Revista de la Junta de Estudios Históricos* vol. X, Mendoza, pag. 181

Imaginario colectivo, cambio social y transformación urbana

En 1861 se produjo el terremoto que destruyó la mayor parte de la estructura física de la ciudad y causó cerca de 4500 muertos, emigrados y desaparecidos. Es mucho lo que se ha escrito sobre este acontecimiento y sin duda una catástrofe semejante debe haber quedado indeleblemente grabada en la memoria colectiva. Pero, pese a que nadie puede olvidar el hecho, las actitudes de la sociedad hacia los restos físicos del terremoto o hacia la historia mendocina que le precedió inmediata, ha sido la de borrarlos: físicamente incluso sólo quedaron algunos sectores de la iglesia de San Francisco, los que generaron este estudio, y algunas otras evidencias que se lograron rescatar arqueológicamente en los últimos años, como ser los restos del Cabildo, la la fuente central o de las iglesias de San Agustín y La Merced.

La vieja ciudad quedó casi abandonada, olvidada, transformada en zona indeseable para las clases medias y altas hasta la fecha; los desniveles de las calles fueron fijados de tal forma y manera que el agua y el barro de los aluviones anuales confluyeran allí -o al menos nadie planificó desviarlos- y, con posterioridad se diseñó la avenida Costanera y el entubamiento del canal Zanjón para producir la inundación y anegamiento de esa zona. Después del terremoto y sobre lo que fuera el Cabildo se instaló el matadero de la ciudad, no casualmente un foco de cultura rural, el último que quedaba aún dentro de la estructura urbana; era un sitio de gauchos, animales, sangre y muerte que la nueva cultura sentenciaba como el antro de la Barbarie tal como lo denominara Estaban Echeverría y lo acentuara Sarmiento. La nueva sociedad que surgió con el Liberalismo sentenció a muerte al pasado. A un pasado que no era el de ellos; era el pasado colonial, conservador y Federal. Las nuevas élites, ahora con sus casas construidas frente a la nueva plaza, se sintieron desligadas de las anteriores, o al menos así querían sentirse. Borrar la Cuarta Sección fue a la vez un hecho natural y un proyecto cultural; o al menos eso es lo que queremos demostrar aquí. Este trabajo

¹²² Malmierca, Arturo, 1936, *Lugares históricos de la ciudad de Mendoza*, Subsecretaría de Cultura, Mendoza, pag. 19

busca tratar de entender ese fenómeno, social y urbano a la vez, mientras revisamos lo que ha surgido como uno de los mayores interrogantes que encontró el estudio tanto de las ruinas del Cabildo como las de San Francisco: la construcción del imaginario colectivo con hechos que en su enorme mayoría adolecen de exactitud en relación a lo sucedido la noche del 20 de marzo de 1861. El ejército Unitario entraría a la ciudad, triunfante y sin oposición alguna: “El 1º. de enero de 1862 atravezaban en efecto el puente medio destruido del Zanjón de Mendoza los primeros treinta hombres del ejército de Buenos Aires, enmudecidos y espantados ante la pavorosa escena que se presentaba ante sus ojos en las ruinas de una ciudad hasta donde la vista podía alcanzar”¹²³.

Tan fuertes son algunos preconceptos que al establecerse el proyecto mismo, tanto de arqueología como de historia, se cayó en ellos. Todos creíamos que el temblor había tenido lugar un Viernes Santo cuando aún los fieles se encontraban en las iglesias o saliendo de ellas, tal como varios cronistas lo narraron, y terminamos por descubrir que eso no era cierto; supimos que no se perdieron vidas dentro de los edificios religiosos, que no hubo una novia vestida de blanco muerta frente al altar, que no hubo 7000 muertos, y que tampoco hubo un jesuita que un instante antes dijera que Mendoza iba a perecer por sus pecados, ni un sabio que anticipara el temblor. Y fuimos descubriendo lentamente que mucho de lo que creíamos que sabíamos no era verdad, pese a que todo fue afirmado una y otra vez; en cambio fueron surgiendo cada día nuevas preguntas, nuevas verdades y nuevos temas a investigar.

Es por eso que intentamos ahondar en el estudio del terremoto, pero no en sus aspectos naturales sino en los culturales; en la forma en que la gente entendió lo que sucedía, cómo lo transmitió y cómo quedó grabado -en la imaginación y en los textos- para el futuro. Y también apunta a desentrañar de qué manera puede explicarse esa construcción colectiva, tan similar a las que otras ciudades de América Latina -misma religión, mismo idioma, misma historia-, dieron como respuesta cultural ante hechos semejantes. Tal como otro autor lo escribiera “la carencia de una conciencia histórica que enlace la continuidad de la ciudad, más se explica en motivaciones de tipo cultural que en la perdurabilidad de sus edificios”¹²⁴.

¹²³ D. Sarmiento, op. cit, 1999, pag. 68

¹²⁴ Ponte, 1987, op. cit., pag.157

Interpretando los fenómenos naturales

La información acerca de cuándo los hombres comenzaron a preocuparse y a tratar de comprender los fenómenos que afectaban a la tierra y por ende a ellos mismos, es más bien escasa; incluso el estudio sistemático de los terremotos en particular y de los desastres de gran escala en general, no es demasiado amplio fuera de lo que tiene que ver con lo meramente técnico. Las grandes preguntas que nos hemos hecho desde la primera parte de este estudio, es decir cómo fue interpretado el terremoto de 1861 por la población del momento y por las generaciones siguientes, siguen dando respuestas oscuras y difíciles de clarificar.

La historia nos indica que debió ser el filósofo chino Chan Heng, en el año 132, quién fabricó el primer instrumento sensible para registrar terremotos. Un simple mecanismo de pequeñas esferas de bronce orientadas hacia los cuatro puntos cardinales, colocadas en equilibrio inestable, indicaban con precisión la orientación de los terremotos en el momento mismo de su inicio. Pero, más allá de todo lo que vamos a ver en las páginas siguientes, la primera presencia académica en el tema se produjo con las presentaciones de Robert Hooke en la Sociedad Real de Londres en 1667. Sólo tras el terremoto de Calabria de 1783 se organizó la primera comisión científica para el estudio sísmico; los primeros catálogos sistemáticos de terremotos, la invención de los términos *sismología* y *epicentro* y el inicio de la simulación con dinamita de los efectos producidos por temblores, sólo se hicieron en la década de 1840-50. A partir de 1868 ya se establecieron en Estados Unidos los primeros centros de estudio de estos fenómenos y el primer sismógrafo fue instalado en 1887; antes de 1875 no hubo ensayos de materiales sismo-resistentes ¹²⁵.

La antigüedad clásica

Las ideas fundamentales que caracterizaron el pensamiento occidental sobre los terremotos -y desde ya decimos que en la antigüedad éstos siempre estuvieron asociados a los

¹²⁵ Williams, James, 1995, Earthquake Engineering: Designing Unseen Technology against Invisible Forces, *ICON* vol. 1, pp. 172-194, Frank Caas, London

volcanes-, provienen de los autores clásicos, en especial de los griegos. Con todo, sus conocimientos estaban bastante limitados por la geografía que conocían, la que no era demasiado extensa en sus inicios; sólo para los tiempos de Roma y con la extensión del Imperio se logró saber más sobre estos fenómenos. En el siglo VI aC. ya Tales aseveraba que los temblores eran producidos por movimientos bruscos debido a que la tierra flotaba sobre el agua de los mares. En cambio Anaxímenes de Mileto pensaba que se trataba de derrumbes bajo la corteza -idea que perduró durante siglos- y Demócrito, al igual que Arcesilao, presumía que se trataba del efecto de grandes movimientos de agua y aire que penetraban en el interior del planeta, e incluso que era el aire de adentro que buscaba una salida. Pero entre los siglos VI y el IV aC. la idea prevaleciente era que los temblores afectaban a toda la tierra en forma simultánea. Platón pensaba que había zonas del globo más flojas que otras, y que la presencia de grandes cavidades y canales producía la circulación de corrientes de barro, agua, fuego y aire. Esta idea fue sustentada hasta el siglo XVIII inclusive. Aristóteles sostenía que el aire se inflamaba y se comprimía en el interior de la tierra y que al no poder salir por el mar, buscaba una vía de escape por la tierra. Fue Estrabón quien observó con gran inteligencia que después de un evento volcánico se calmaban los temblores, de forma tal que confirmaba que éstos no eran mas que las válvulas de escape de presiones internas. Para los tiempos romanos era ya evidente que los fenómenos eran aislados a territorios bien delimitados y que eran el producto de la salida masiva de aire-agua-fuego desde cavidades internas donde el fuego interior generaba la presión explosiva. Incluso la naturaleza ígnea del centro de la tierra, y obviamente su esfericidad, eran ideas aceptadas mayoritariamente por la intelectualidad. Prácticamente todas las teorías que se manejarían en Occidente acerca de estos temas hasta el siglo XIX, a excepción de la eléctrica, ya estaban planteadas.

El otro tema en que avanzó la antigüedad clásica y que Occidente no logró aceptar en forma total hasta el siglo XVIII -y las iglesias hasta el inicio del siglo XX-, tiene que ver con el constante proceso de transformación de la tierra. Ovidio escribió que “he visto el mar allí donde antaño había el más firme suelo, he visto salir tierras del seno de las olas; muy lejos del mar yacen conchillas marinas”, mostrando que el mundo no fue fruto ni de una creación instantánea ni que las cosas fueron siempre de la forma como son ahora. Pitágoras, al observar la erosión que desgastaba las montañas escribió: “nada muere en este mundo: las cosas no hacen sino variar y cambiar de forma”. En pleno siglo XVII Buffon fue sentenciado por la Inquisición por aceptar que las aguas desgastaban y modificaban las orillas de ríos y mares; no les preocupó que muchos siglos antes Séneca había aclarado que una cosa eran los dioses y otra “las revoluciones del cielo y de la tierra”.

El pensamiento religioso

A partir de la caída del Imperio Romano y por muchos siglos, Europa estuvo lejos de volver a preocuparse por problemas de esta índole, y si alguien quiso hacerlo se encontró con que la religión ya aportaba todas las respuestas necesarias. No faltó quien tratara de poner alguna distancia y pensar libremente, como Alberto Magno en el siglo XIII, quien separó el fenómeno de los terremotos del de los volcanes y construyó la primera máquina experimental: una esfera metálica hueca llena de agua que, al ser expuesta al calor, producía la expulsión brusca del tapón derramando el agua y apagando el fuego inferior con la consecuente emisión de gases y ceniza. Sin saberlo se estaba adelantando en siglos a Stephenson y sus experimentos sobre el vapor y la generación de energía.

Pero el pensamiento medieval europeo, por el contrario, evitó cuidadosamente discutir estos problemas con la excepción de unos pocos intelectuales; de todas formas el enfrentamiento entre la línea tradicionalista bíblica y los protestantes fue lo que marcó el pensamiento de su tiempo. Estos últimos, al poder interpretar libremente la Biblia, pudieron soltarse con mayor rapidez de las ataduras canónicas, mientras que el catolicismo necesitó elaborar complejos mecanismos, que iremos analizando, para hacer compatibles nuevas ideas y observaciones obvias de la realidad con los textos dogmáticos.

En primer lugar, para comprender a fondo este tema hay que entender que las diferentes órdenes religiosas católicas no eran ni pensaban todas lo mismo. Los Dominicos, por ejemplo, la orden más poderosa después del Concilio de Trento, retomaban el pensamiento aristotélico puro y asumían que Dios obraba en forma directa cuando quería, pero también de manera indirecta a través de las “causas segundas” (la naturaleza); era válido por lo tanto estudiarlas y conocerlas lo mejor posible. Para ello se centraron en Santo Tomás y tuvieron una visión humanista con énfasis en el derecho y lo político, aunque con el tiempo el *tomismo* llegó a ser tan rígido como la Biblia misma: pese a eso Dios podía ser explicado por medio de la razón pura. Los Agustinos, según lo que planteaba San Agustín, se encaminaban al conocimiento de Dios por medio de la contemplación interior, dejando a la naturaleza fuera de sus preocupaciones; el mundo externo no existía, o al menos no era importante; no era el objetivo de ellos explicar nada. Los Franciscanos por su parte mostraban un evidente rechazo a que la razón explicara los hechos de la fe, y consideraban los textos canónicos indiscutibles y absolutos. La razón jamás explicaría a Dios. Ellos eran místicos y el único camino para llegar a Dios era el de la Revelación. Lo interesante es que esa actitud posibilitó una separación entre el pensamiento racional y el religioso, en la medida en que el primero no intentara reemplazar al segundo: estudiar la naturaleza, sus ciclos y su comportamiento no era pecado si se aceptaba tácitamente que todo era obra divina. A diferencia de los Dominicos para quienes la racionalidad tenía una función religiosa, los Franciscanos lograron poner, al

menos en primera instancia, la ciencia al servicio de la vida común; Roger Bacon es un buen ejemplo de lo dicho¹²⁶.

Por último, los Jesuitas basaban su pensamiento en Aristóteles a quien se consideraba como el exponente de la suma del conocimiento terrenal, al menos hasta que Santo Tomás de Aquino lo superara aunque sólo fuera parcialmente. Y si bien fue el pensador de la antigüedad sobre el cual más se discutió con la Reforma, sólo el Protestantismo lograría superarlo con Descartes. Los Jesuitas fueron quienes más lejos llegaron en el estudio de los fenómenos físicos y astronómicos, y aunque tomaron parte en la condena de Galileo avanzaron notablemente en el conocimiento de la naturaleza, siempre y cuando éste no atentara contra la base misma de la religión.

En síntesis, las Sagradas Escrituras eran el punto central alrededor del cual giraba cualquier reflexión sobre la naturaleza sea cual fuere la orden religiosa y más allá de los conflictos que pudieran existir entre ellas; pero lentamente, dentro y fuera del ámbito de la religión, se fueron observando fenómenos naturales incontestables. La Reforma atacó algunos temas cruciales llegando a crear un pensamiento reflexivo que no se veía desde hacía siglos y, tanto fuera como dentro del catolicismo se comenzó a leer la naturaleza: la justificación fue que todo era obra de Dios, al igual que la razón lo era, por lo tanto conocer más sobre sus designios era saber más sobre Él mismo. Y en el tema que nos concierne pudo comenzar a discutirse el hecho de que la tierra *cambiaba*, que la superficie del planeta no había permanecido igual desde la Creación; existían procesos de transformación que si bien eran obra divina, afectaban al hombre en su vida misma y podían ser estudiados. La trascendencia de esto no debe pasarse por alto: todo el cristianismo tradicional -protestante, católico y ortodoxo- negaba la existencia tanto del tiempo eterno como del cambio; para la Biblia la tierra tenía una función y un tiempo de vida preestablecido, el universo había sido creado y acabaría con el regreso de Cristo el día del Juicio Final. Era una obra que tenía principio y fin; la naturaleza era entendida como un fenómeno inmutable y que respondía a designios superiores. Por eso era necesario deslindar cuidadosamente el estudio de lo natural y hacerlo compatible con lo religioso; entre otras cosas porque el no hacerlo podía costarle a uno la vida. Pero la idea de que la tierra cambiaba estaba ya profundamente arraigada entre los intelectuales serios del siglo XVII: los fósiles, la erosión y los estratos geológicos mostraban a las claras esos fenómenos.

¹²⁶ Capel, Horacio, 1985, *La física sagrada, creencias religiosas y teorías científicas en los orígenes de*

La teoría de la "decadencia terrestre" y el cambio geológico

Dentro de la concepción bíblica de la tierra, o mejor dicho de la historia de la tierra, se establecieron dos corrientes de interpretación: una netamente positiva y optimista y otra pesimista¹²⁷. Si la tierra había sido creada por Dios y la naturaleza lo reflejaba en toda su majestad, el pecado -lo negativo- no podía ser parte de ella, ya que éste era inherente al hombre. Todo era bueno y hermoso sobre la tierra, diseñado para albergar la obra suprema de la Creación; era única y perfecta desde sus inicios, no podía transformarse ni cambiar. La oposición venía de la analogía organicista, según la cual el mundo nació, creció y después de su plenitud enfrentaría la propia decadencia. Estas ideas, que pueden rastrearse en el pensamiento clásico, presentaban una tierra que se estremecía por su decadencia: un futuro de ruinas y escombros estaba cerca; la Reforma y su impacto sobre el catolicismo parecía mostrar que ese era el camino, en especial en España donde el pensamiento moderno llegaría tardíamente. Recordemos que la idea de la destrucción por el advenimiento del Juicio Final estaba en plena vigencia: en 1384 la Peste Negra había arrasado con la mitad de los habitantes del continente.

En síntesis, el fin del medioevo y el inicio del Renacimiento mostraban que el mundo estaba cambiando: gigantes desaparecidos -los restos de la fauna extinta-, nuevas estrellas que se descubrían -¿colapsaba acaso el orden cósmico?-, montañas que se desgastaban por la erosión, terremotos y volcanes que modificaban la geografía, tierras infinitas por descubrir pobladas de hombres que no figuraban en la Biblia -el americano por ejemplo-, una tierra esférica capaz de ser circunvalada, civilizaciones desaparecidas, la supuesta existencia de monstruos y humanoides, es decir la puesta en crisis del conocimiento heredado: desde los inventarios de plantas hasta el movimiento de los astros cambiaban a medida que se los estudiaba. Nada, pues, era definitivamente cierto.

Dentro de estas polémicas los siglos XVII y XVIII fueron prolíficos en interpretaciones decadentistas, y el terremoto de Lisboa de 1755, que causó estragos en una gran ciudad europea y no en exóticos o lejanos lugares, vino a reafirmar esta hipótesis. El mundo se estaba destruyendo, la Edad de Oro había pasado hacía mucho y el proceso de envejecimiento se aceleraba. Todo se transformaba a ojos vista y, si bien Dios era el motor final, interpretar sus designios no era cosa fácil. En ese sentido el Padre Benito Feijoo en su *Teatro Crítico Universal* de 1655 fue uno de aquellos que junto con Atanasius Kircher, mayor influencia tuvieron: la evidencia de los fósiles mostraba que allí donde había tierra hubo mares y donde había montañas hubo planicies; el cambio por lo tanto existía. Es interesante observar como se movían autores como Feijoo, tratando de dar una explicación al surgimiento

la geomorfología española, Ediciones del Serbal, Barcelona

de montañas: o Dios no había hecho toda la Creación en un mismo momento -con lo cual la Biblia contendría falsedades-, o éstas crecían solas, o algo más pasaba y era necesario entenderlo. En síntesis, los elementos eran mutables, cosa que la alquimia ya sabía, y el interior de la tierra pasó a ser el tema en discordia. En el año 1657 se acuñó la palabra *geología*.

En 1631 Descartes había escrito en su *Discurso del método* que era necesario “no tener por verdadero sino lo evidente” y Buffon en su *Novun Organum* hizo un alegato a la necesidad de observar y experimentar, liberando a las ciencias de Aristóteles. Según el libro *Mundus Subterraneus* del padre Athanasius Kircher el centro terrestre sufría en su interior procesos violentos de los que el fuego era parte inherente. Enormes depósitos de fuego (pyrofilacios), de agua (hydrofilacios) y de aire (aerofilacios) constituían la estructura hueca de cámaras y conductos entre la piedra, que se expresaban violentamente en erupciones volcánicas y terremotos. Todo cambiaba constantemente y así había sido desde el inicio y lo sería más aceleradamente a medida que el fin se acercara. Pero fue este pensamiento que hoy nos puede parecer absurdo el que abrió las puertas a la racionalidad moderna, a los estudios geológicos, a la arqueología, la paleontología y a la historia. Los temas de discusión abarcaban el Diluvio y sus efectos, la existencia de pre-Adamitas, y las piedras -además de los objetos antiguos- que se creaban solas de la tierra misma; alrededor de las Tribus Perdidas de Israel, la llegada del hombre a América y la estratigrafía secuencial geológica, se construyó buena parte de la ciencia nueva. Las religiones por su parte declararon la guerra abierta ya no a la ciencia, sino que se contentaron con rechazar cualquier interpretación que implicara una creación por el azar. El Principio era lo incuestionable, todo lo demás, de una forma u otra, podía discutirse y era eso lo que por cierto se hacía.

La geología estaba surgiendo a la luz de la evidencia del avance y regresión de los glaciares, de la descomposición de las rocas, la fosilización de los animales y plantas -aunque éstos hubieran sido prediluvianos-, el desgaste de las costas, el cambio en el curso de los ríos, con los terremotos y explosiones volcánicas que hacían surgir montañas (como el Monte Flegeo cerca de Nápoles) o destruían valles enteros. El *cambio* en la naturaleza era un proceso indiscutible al terminar la Edad de la Razón. También se transformaban los conocimientos del mundo y de lo natural: desde Leonardo se estaban estableciendo las bases del método inductivo que Bacon difundiera y que Galileo llevara a la práctica; las demostraciones de Copérnico, los estudios de Vesalio, la medicina de Paracelso y la anatomía de Ambrosio Paré abrían un nuevo mundo en el cual todo era igual que antes, pero se lo veía de forma diferente.

¹²⁷ Idem. 133

Sólo quedaría por mencionar una corriente de pensamiento que se desarrolló en el siglo XVIII en relación con los grandes movimientos de la tierra, tratando de explicarlos por la electricidad, fenómeno que asombraba por su carácter novedoso y del que poco se comprendía. Estas teorías sobre la electricidad venían a chocar con las de tipo fisicoquímico anteriores, aunque Buffon no dejó de mezclar ambas ideas. La idea de las corrientes eléctricas llegó intacta al siglo XIX y al terremoto de Mendoza, en el que perdió la vida el naturalista francés Auguste Bravard, quien estaba estudiando precisamente los efectos de las corrientes *galvánicas* y los temblores de tierra. Y con este tema nació la idea de construir pirámides energéticas que, acumulando energía positiva, los evitarían. En toda América se intentó esta interpretación basada en la nueva ciencia que los ingenieros construían alrededor del milagroso invento de la electricidad: en México, José Gómez de la Cortina investigaba los terremotos y los explicaba eléctricamente y publicó al respecto en 1859. Para 1841 ya se conocía la propagación de los terremotos por ondas esféricas y en 1848 se fabricó el primer aparato para medir la intensidad de un sismo; para 1861 existía en el mundo una compleja red de intercomunicación entre científicos dedicados al tema y se publicaban estudios y se los discutía: estaba en formación el campo científico de la sismología.

Pero los conocimientos eran aún incipientes; sólo unos pocos tenían una visión de la geología y la mecánica como la del sabio alemán Joaquín Franke, que genialmente atribuyó los temblores a fricciones entre fragmentos de la corteza terrestre. No sabía que se adelantaba 150 años a las teorías de Alfred Wegener. Era en realidad el inicio de una nueva forma de pensar, puramente geológica, proveniente de los estudios de científicos como Tomás Ittigius, quien ya había escrito en Leipzig el primer manual de vulcanografía. Recién en 1868 -si no tomamos en cuenta lo sucedido en Mendoza- se produciría en el mundo una polémica a gran escala alrededor de la actuación de científicos, políticos y constructores, en ocasión de un movimiento de tierra ocurrido en las cercanías de San Francisco; esto puso en evidencia que ya no era posible mantener una actitud pasiva ante los terremotos y que todos los estamentos de la sociedad debían tratar de hallar la forma de minimizar sus efectos. Como era lógico, surgieron temas como el desconocimiento científico, la falta de estudios específicos y de apoyo institucional, la corrupción o el desinterés de las autoridades, la falta de experiencia en técnicas constructivas antisísmicas y mucho otros¹²⁸.

Y en América Latina ¿qué se sabía?

Pero si todo esto sucedía en Europa, ¿qué pasaba en América Latina? Desde los primeros viajeros del siglo XVI hubo interés por los terremotos que parecían asolar la zona de

¹²⁸ Williams, 1995, op, cit., 1995

los Andes. Fray Bartolomé de las Casas intentó explicar la corriente de lava del volcán de Masaya mediante la idea de la interconexión por túneles subterráneos y la generación de calor por el movimiento de los lagos cercanos. En cambio, Juan Rodríguez, a quien ya citamos, en su texto de 1541 sobre “el espantable terremoto” sólo pudo concluir que fue consecuencia de los pecados cometidos. Ya hemos narrado en la primera parte de este estudio que el padre mexicano Alzate y Ramírez en 1768 había hecho profundos estudios sobre el tema, tomándose incluso con sorna la cuestión de los pecados: lo natural era natural y Dios estaba preocupado por temas más grandes que sacudir la alfombra del planeta. Las interpretaciones de los terremotos estaban claras y se dividían en tres grupos: los que defendían el rigor bíblico a ultranza expresado en un Dios vengativo y destructor que necesitaba ser aplacado después de cada catarsis sísmica; o los que defendían a un Dios benevolente que había creado una naturaleza dinámica y cambiante, difícil de entender, que causaba estragos pero también maravillas, y por último los menos, que asumían que Dios nada tenía que ver con todo esto. Los ejemplos del primer caso los hemos visto en extenso aún tan tardíamente como en 1861 en Mendoza; en el segundo grupo podemos incluir al padre José de Acosta, a fray Bartolomé de las Casas y al mismo fray Juan de Torquemada. Este último inició su capítulo XXXI diciendo que:

“hay lugares subterráneos donde se engendra fuego, el cual brota por bocas que él mismo ha descubierto por las partes que más actividad ha tenido para hacerlas; pero porque no basta decir los efectos de una cosa, sino la causa que lo obra, pudiéndose hallar en los términos y límites de la naturaleza”¹²⁹.

Pero eso no quitaba que la idea central, la del castigo divino, estuviera siempre presente en él. Por ejemplo, cuando relata la reiterada inundación del valle de México va a asimilarlo con el Diluvio Universal, otra forma de hacerle pagar a la humanidad sus errores. En este sentido, en el mismo tiempo que Torquemada, escribía y estudiaba el fenómeno de las inundaciones mexicanas el sabio Enrico Martínez, quien si bien atribuía las causas a las decisiones divinas en última instancia, ya aceptaba que había que estudiar las causas de los fenómenos. Y lo hace e indica las causas que producen las reiteradas inundaciones, y concluye que todas esas causas son artificiales, producto de los cambios introducidos por los conquistadores en la delicada ecología de una isla artificial hecha en medio de un lago¹³⁰. Dios estaba, sí, pero lejos, y poco preocupado por estos problemas.

¹²⁹ Torquemada, Juan de, 1977, *Monarquía indiana*, vol. IV, UNAM, México, pag. 392

¹³⁰ Boyer, Richard E., 1975, *La gran inundación: vida y sociedad en la ciudad de México (1629-1638)*, Sepsetentas, México

Esta contradicción profunda en el pensamiento de los siglos XVI y XVII se va a mantener y hasta continuar: podemos recordar a Guamán Poma de Ayala quien entre 1612 y 1613 escribiera su *Nueva Coronica y Buen Gobierno* sobre la vida e historia andina. Guamán pensaba que si bien las sequías, aluviones, volcanes o terremotos eran causados obviamente por un ser superior, el hombre podía intervenir para mitigar las causas: si una ciudad está en un sitio que tiemble, es válido trasladarla a otro; si se está en zona de aluviones, fácil es correrse a una planicie. Eso no evita del todo el problema ya que, cuando se produce el terremoto de Arequipa él asume que "le fue castigado por Dios como reventó el volcán", pero se pregunta el porqué pasó ya que para él la ciudad era "buena" y no había porqué castigarla¹³¹. Una personalidad como Fray Francisco de Ximénex, que se hiciera famoso por haber rescatado y traducido el Popol Vuh, ese maravilloso libro sagrado de los mayas, escribió: "¿Jesucristo Señor! ¡Por estos perversos cristianos haces esto!", en realidad le achacaba la culpa del temblor ocurrido en la localidad de San Cristobal las Casas en ese año a una conjura contra el obispo, aclarando que "no es por mi esto, Señor, que bien sabes las entrañas con que te sirvo".

Pero todo fue cambiando lentamente y la llegada de la Ilustración fue el punto de inflexión para que penetrara el descreimiento en las causas divinas, a través de dos vertientes: la ciencia y el ateísmo militante. Veamos algunos casos: en 1793 el pensador José María Mociño escribió sobre el volcán de Tuxtla, en el sureste de México -y en esa época parte de Guatemala-, que "la gente vulgar ve siempre como efecto sobrenatural de la indignación divina todos los fenómenos de la naturaleza".

Otro buen ejemplo del pensamiento racional en el siglo XVIII tardío en estas tierras americanas lo constituye el viajero Alexander de Humboldt, cuando con su lenguaje germánicamente parco describía hechos telúricos del siglo XVII como los que acabaron las poblaciones de Latacunga y Ambato, en Ecuador. Es más, propuso un relevamiento sistemático de los Andes a realizarse cada siglo, para que "de ese modo se llegasen a conocer los cambios que experimenta la superficie del globo"¹³². Humboldt siguió pensando que los volcanes se debían encontrar sobre grandes canales subterráneos que comunicaban el fuego por debajo de la tierra, lo que vendría a explicar la homogeneidad de los fenómenos en los diferentes continentes. Pero Humboldt no dejaba de ser un viajero ilustrado europeo. Por eso cobra más valor el texto publicado en Lima en 1774¹³³ que insiste en que la destrucción de El

¹³¹ Camino Diez Canseco, Lupe, 1996, Una aproximación a la concepción andina de los desastres a través de la crónica de Guamán Poma, siglo XVII, *Historia y desastres naturales en América Latina*, La Red-Ciesas, Bogotá, pag. 146

¹³² Alexander von Humboldt, *Sitios de las cordilleras y vistas de los monumentos de los pueblos indígenas de América*, Solar-Hachette, Buenos Aires, 1968, pag. 68

¹³³ Duviols, op. cit, 1991

Callao y la de Quito no se trató de otra cosa sino de hechos naturales y que sólo a unos “curiosos patricios” se les ocurrió darles una atribución divina. No fue éste un caso aislado: el padre Rafael Landívar en su *Rusticación Mexicana* de 1782 planteó la duda: ¿cómo era posible que se destruyera un pueblo que adoraba fervientemente a la Virgen?, tal el caso de Bolonia, en el cual Landívar le pide a la Virgen que interceda en la recuperación del pueblo pero jamás se le ocurre pensar que se trata de un castigo, pese a ser un párroco de Guatemala que escribía en plena época de la Inquisición; la pregunta se la había hecho el padre Acosta ya en el siglo XVI. Y aparentemente, según este nuevo punto de vista, la naturaleza actuaba por su propia cuenta. Un caso muy especial en la mezcla entre lo religioso y las acciones humanas fue la destrucción de Panamá en 1671; lo sucedido fue la llegada de Morgan y los ingleses que atacaron el territorio y se fueron acercando a la ciudad, donde los pobladores reaccionaron prendiéndole fuego para no entregarla entera; luego los ingleses entraron y saquearon lo que quedaba, abandonándola dos años más tarde. Pero la interpretación de la destrucción de la ciudad fue increíblemente alterada ya en 1673, transformándose en un castigo “permitiéndolo Dios por sus juicios inescrutables”¹³⁴.

Pero para el siglo XVIII en todo el continente ya se alzaban las voces de quienes trataban de estudiar este tipo de problemas, si bien con las herramientas rudimentarias que la ciencia tenía, aunque con un pensamiento claro. Apenas surgió el volcán Jorullo en 1759 ya hubo textos en México de Joaquín de Ansogorri y de Leopoldo Río de la Loza; ya hemos citado al padre Alzate quien escribió que “la naturaleza ha variado por los terremotos u otras causas que ignoramos” atentando contra la visión monolítica de la estabilidad eterna de la Creación e inició la búsqueda de relaciones entre hechos diversos sucedidos en el mismo momento: los terremotos y el clima, la temperatura, la lluvia, la nieve y otros eventos que podían anunciar o explicar los hechos:

“ya se sabe que los temblores no provienen de causas accidentales sino naturales y precisas porque se forman de la inflamación de azufre y nitros, que se crían en las entrañas de una cordillera (...) que a trechos se abre con volcanes”.

El pensamiento ilustrado costaba mucho de imponer y sólo se reducía a un círculo de intelectuales; cuando un párroco en Teotitlán del Valle, México, se le ocurrió decir en 1787 que los métodos religiosos no eran eficaces para evitar temblores, fue duramente sancionado por la Inquisición. Este caso no era aislado y mostraba que ya se estaba creando un campo de pensamiento en que la duda se instalaba, y que las autoridades debían ser eficientes y tomar

¹³⁴ Luis García de Paredes, *Mudanza, traslado y reconstrucción de Panamá en 1673*; reedición

recaudos serios, no quedar abandonados a esperar lo peor. Recordemos, ya lo citamos, al padre Alzate, quien había predicado públicamente y escrito que los temblores no tenían causa divina y usaba como argumento una bula papal. Fue sin duda el primero en sostener que la razón era la que explicaba los fenómenos naturales.

La información misma acerca de los hechos iba cambiando, teniendo cada vez una visión al menos más precisa de lo que ocurría: sin llegar a interpretar los terremotos al menos se iban ajustando las herramientas para describirlos. Las descripciones iban anotando con precisión la fecha, la hora, la zona afectada, el clima existente, incluso la duración e intensidad. En 1616 se calculaba que un temblor "duró más tiempo que en cuanto podían rezar cuatro credos"¹³⁵, o "duró un credo, antes más que menos" en 1623¹³⁶, llegando a aclarar que alguno fue "como de seis credos" en 1675 o que fue "más tiempo del que se puede ocupar en rezar dos credos con devoción"; pero en 1678 ya hay quien indica que "fue a las 8 y media de la noche", en 1753 a que duró "más de 10 minutos" y en 1784 que fue de "8 segundos", llegando así a la precisión del segundero. Los cambios se hicieron notar con el inicio del siglo XIX; valga el caso del viaje por Sudamérica de Charles Darwin; siendo un joven de veinticuatro años dejó una visión de los terremotos que puede resultar excelente para este estudio. En su diario de a bordo escribió en marzo de 1835 sus observaciones del evento que destruyó Concepción y Talcahuano. Allí, en Chile, por primera vez pudo observar la brusquedad de los cambios en la naturaleza: "un estado de cosas producido en un instante de tiempo, que uno estaba acostumbrado a atribuirlo a una sucesión de eras. En mi opinión, no he tenido mejor oportunidad desde que salí de Inglaterra de ver nada tan absolutamente interesante"¹³⁷.

En ese mismo texto hace consideraciones sobre la relación entre terremotos y volcanes, sobre su asociación con cambios barométricos y atmosféricos, y deja notas cortas sobre la visión que los campesinos tenían sobre el tema, como cuando se asombró al escuchar que un vecino de Copiapó, al saber que había tenido lugar un temblor en Coquimbo, lo único que le pudo asegurar fue: "Que suerte!, va a haber buen pasto este año!". Darwin cerró el tema con una severa observación: "Encontré que la forma más rápida de explicar mis actividades, era repreguntarles [a quienes le preguntaban por sus actividades] ¿porqué ellos mismos no eran curiosos en lo concerniente a los terremotos y volcanes? -¿por qué algunas erupciones son calientes y otras frías?,-¿por qué hay montañas en Chile y no en La Plata? Estas simples cuestiones satisfacían y a la vez callaban a la gran mayoría; otros, no obstante

facsimilar del Patronato Panamá Viejo, Panamá, 1954, pag. 15

¹³⁵ Virginia García Acosta y Gerardo Suárez Reynoso, *Los sismos en la historia de México*, volumen I, UNAM-CIESAS-FCE, México, 1996, pag. 90

¹³⁶ Idem, pag. 91

(como algunos ingleses que estaban un siglo atrasados) pensaban que esas preguntas eran inútiles e impías; y que era suficiente saber que Dios había creado las montañas”¹³⁸.

Siguiendo con las ideas de Darwin, un viajero norteamericano de un incontestable nivel de ilustración, que además se dedicaba a las antigüedades, como lo fuera John L. Stephens en sus viajes por Centroamérica poco antes de mitad de siglo XIX, realizó diversas observaciones que nos llaman la atención. En primer lugar fue atraído por el volcán Izalco en El Salvador, el que había surgido en 1798 ante la vista de todos los pobladores: subió a él, bajó al cráter, lo estudió y regresó a la población donde algunos de los habitantes consideraron que había desafiado a Dios¹³⁹. Pero llegó mas lejos, ya que viajó al volcán de Masaya, aquel que Las Casas y Torquemada describieran como *la entrada al infierno*, el sitio donde la lava ardiente estaba a la vista de todos: subió, visitó el lugar que resultó ser magnífico, abierto y accesible, bajó al cráter que estaba limpio y seco e incluso se imaginó un gran negocio. Con un pragmatismo típico, dice:

“En mi patria este volcán sería una fortuna; con un buen hotel en la cima, una baranda alrededor para proteger a los niños de una caída, una escalera en zig-zag hacia abajo en las faldas y un vaso de limonada con hielo en el fondo”¹⁴⁰.

En 1835 pudo presenciar una violenta erupción del volcán Cosaguina y observar en la ciudad la reacción de la gente y cómo se volcaron masivamente a la iglesia. En Masaya, pese a ser un sitio descrito por cuanto viajero pasó por la zona y cuanto historiador tuvo Nicaragua, nadie nunca había trepado al volcán, mucho menos la gente del pueblo; todos se limitaban a repetir, igual que Torquemada, la misma leyenda.

En realidad lo que se estaba dando era el enfrentamiento de los métodos científicos y de las concepciones del universo: empiricismo y romanticismo que en las ciencias naturales se expresan bien con Lamarck, Cuvier, Lyell y Darwin. Los primeros nunca pudieron superar la necesidad de hacer compatible las explicaciones empíricas con lo teológico, en cambio Darwin simplemente soslayó el tema; se ajustó a sus datos de campo despreocupándose de todo lo demás. Si la tierra tenía su forma actual por procesos de evolución lenta o de bruscas transformaciones era un problema que debía ser estudiado a través de las evidencias materiales de la geología y la paleontología; sus creencias personales eran otro tema.

¹³⁷ Darwin, op. cit, 1897, pag. 308

¹³⁸ Idem, pag. 353

¹³⁹ John Lloyd Stephens, *Incidents of Travel in Central America, Chiapas and Yucatan*, Harper & Brothers, New York, vol. I, 1841, pag. 328

¹⁴⁰ John Lloyd Stephens, *Incidentes de viaje en Centroamérica, Chiapas y Yucatán*, Editorial Universitaria Centroamericana, San José, 1971, vol. II, pag. 14

En México el siglo XIX trajo desde su inicio pensamiento avanzado sobre los terremotos: la Ilustración tenía sus muchos adeptos, aunque no todos hacían profesión del ateísmo. Por ejemplo Carlos María Bustamante quien en 1837 reseñaba y describía los temblores del país aunque pedía que se hicieran rogativas para aplacarlos; en cambio en ese mismo año el *Diario General de la República* publicaba un artículo sobre el tema en el cual dicen que:

"han anunciado las beatas que habría multitud de temblores porque Dios está enojado [con la revolución y la independencia] cuando ninguna persona medianamente instruida ignora que [se producen] en el interior de la tierra (...), terca manía de hacer de cada cosa un milagro"¹⁴¹.

En 1860 José Guadalupe Romero publicaba una primera recopilación de toda la información accesible en su tiempo desde la conquista, anunciando una visión Positivista de recopilación de información para poder proceder a interpretarla luego. Juan Adorno, en 1864, escribió una memoria sobre los terremotos en México y propuso como solución ¡una ciudad construida toda en hierro! Pero las contradicciones en el pensamiento se mantendrían hasta casi el siglo XX: en Chile, en 1886, todavía Horacio Lara Marchant en su pequeño libro *La ciudad mártir* (Concepción), describió el cataclismo de 1570 con las palabras de un cronista de esa época: "creyendo que el mundo se acababa porque veían salir por las aberturas de la tierra borbollones de agua negra y un hedor a azufre pésimo y malo, que parecía cosa del infierno", fenómeno que supuestamente se produjo un miércoles de Ceniza -a similitud del mito mendocino-, pero cuando tiene que opinar él mismo sobre estos acontecimientos escribe que son producto de una: "ley ineludible de la que no podrán estar exentos jamás los pueblos sometidos a su rigor, mientras no cambien el orden de las leyes inmanentes, porque están regidas las fuerzas de la materia en el espacio y en el tiempo"¹⁴². Seguían siendo desastres imprevistos e imprevisibles; se le seguía quitando al hombre su capacidad de estudiar, conocer, explicar y tomar decisiones.

Un buen ejemplo histórico de cómo no todos confundían creencias con acciones fue cuando al virrey de México en 1792 mandó construir en el jardín del palacio un "casa para terremotos" totalmente de madera, flexible, que fue diseñada por un arquitecto famoso en su tiempo como lo fue Miguel Constanzó y adornada con pinturas, cieolorasos y pinturas¹⁴³.

¹⁴¹ García Acosta y Suárez Reynoso, op. cit., 1996, pag. 217

¹⁴² Lara Marchant, op. cit., 1998, pag. 86

¹⁴³ García Acosta y Suárez Reynoso, 1996, op. cit., pag. 169

Mucho más no existía: el pensamiento científico moderno en Argentina y en estos temas estaba naciendo de la mano de observadores como Francisco Javier Muñiz -quien no casualmente estuvo en contacto con Darwin-, de Germán Burmeister -que estuvo en Mendoza sólo poco antes del terremoto- y de Auguste Bravard, que fallecería en el temblor después de haber sido director del nuevo Museo de Paraná de 1857 en adelante; de la mano también de los primeros organismos científicos del país que se estaban creando, como la nacionalizada Universidad de Córdoba (1856), la Sociedad Científica Argentina, las Academias de Ciencias en Córdoba y Buenos Aires, el museo del Perito Moreno (todas creadas entre 1871 y 1872), y del establecimiento de cátedras técnicas y de investigación, de observatorios y laboratorios, siguiendo la tradición de las observaciones empíricas iniciadas en tiempos de Rivadavia en la ya fundada Universidad de Buenos Aires. El terremoto de Mendoza cruzaría precisamente esa difícil línea que fue la década de 1860, nodal en la institucionalización de la ciencia nacional; una década iniciada por el primero -que sepamos- que leyó a Darwin fue Guillermo E. Hudson en 1859 y cerrada con el nacimiento de Ameghino en Mercedes en 1869; el Perito Moreno inició sus vajes en 1873¹⁴⁴. Cuando dos meses después del terremoto de Mendoza pasó por allí el viajero Rikard usó la teoría de acumulación de gases entre los estratos geológicos para explicar lo sucedido; era una explicación al menos lógica y muchas más no tenía a mano.

Tal vez aquel que mejor sintetizó el momento histórico que vivía la ciencia fue Wenceslao Díaz, quien participó en la misión chilena de rescate a Mendoza y redactó el mejor estudio sobre la sucedido en 1861:

“Estos fenómenos como otros tantos, aterrorizan y confunden al ser que llegó a creer que para él se redondeó la bóveda celeste; destruyen sus cultivos y sus habitaciones, cambian y renuevan sus miras, y lo hunden tanto a él mismo, rey de la creación, como al infusorio de las aguas y al espora del helecho, bajo el polvo que sus derrumbes levantan. Cuando la calma se restablece surge la ley de los trastornos que en medio del desorden atestiguan el orden que reina en la naturaleza”¹⁴⁵.

¹⁴⁴ Marcelo Montserrat, *Ciencia, historia y sociedad en la Argentina del siglo XIX*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1993

¹⁴⁵ Wenceslao Díaz, “Apuntes sobre el terremoto de Mendoza, 20 de marzo de 1861”, *Geología y Minas* no. 10, pp. 607-757, Buenos Aires, 1907, pag. 757

La construcción del imaginario en Mendoza

Queda claro que el terremoto fue una tragedia en escala mayúscula; de eso no hay dudas y cerca de 4500 muertos/desaparecidos/emigrados es una dimensión en costo de vidas y sufrimiento más que impresionante. Pero desde hace tiempo nos interesa entender porqué la ciudad fijó en su memoria colectiva cosas que no son ciertas. Es verdad que para el imaginario no es importante si algo es verdad o es mito, lo que importa es que así es y que por alguna razón es así.

En la primera parte de este estudio vimos el conjunto básico de temas recurrentes del imaginario gestados en el período pos 1880 -de lugares comunes diríamos- y que son los siguientes:

- las 7000 víctimas fatales
- el sermón propiciatorio de un jesuita en la plaza
- la gente fallecida dentro de las iglesias
- la novia vestida de blanco que muere frente al altar
- que el terremoto ocurrió un Viernes Santo
- que fue un castigo de Dios
- que Bravard había preanunciado que el evento lo mataría allí mismo

Hay también otro tipo de mitos arraigados pero establecidos pos 1900:

- que la ciudad nueva fue poblada de inmediato
- que hubo apoyo popular a esa medida
- que quienes se quedaron en la ciudad vieja eran *locos* o *vagabundos*
- que parte de los sobrevivientes quedaron *locos* o *idiotas*

Y no faltan las menciones al mal comportamiento de las autoridades, al abandono del poder, al surgimiento de un poder alternativo popular y al obvio apoyo generalizado a los Unitarios.

Antes de comenzar a analizar cada uno de estos mitos hay que destacar que muchos de ellos son universales; y son notablemente más antiguos de lo que pudiera pensarse ya que se enraízan profundamente en el pensamiento mágico-religioso occidental del cristianismo. Y fue Voltaire -Francoise-Marie Arouet su verdadero nombre-, en su novela *Cándido* quien puso buena parte de esto en evidencia en 1759. Nos narra en su libro que al llegar Cándido y sus acompañantes a Lisboa entraron al puerto en el instante mismo del furioso terremoto. Lo cito textualmente:

“Apenas entraron a la ciudad (...) sintieron temblar la tierra bajo sus pies; el mar se alzó espumante en el puerto y destrozó los buques allí anclados. Torbellinos de llamas y cenizas (...), las casas se derribaron removidas en sus cimientos y bajo sus ruinas perecieron treinta mil seres humanos de todas edades y condiciones. El marinero silbaba y profería todo género de blasfemias: -aquí podemos ganar algo, murmuraba. Y decía Pangloss: -¿Cuál puede ser la razón suficiente de este fenómeno?. -¡Ha llegado el último día del mundo! exclamaba Cándido”

En estas líneas, escritas con ironía en el siglo XVIII, vemos ya tres aspectos que estarían presentes constantemente en el terremoto: la presencia de la religión, el deseo de lucrar y el cuestionamiento serio aunque carente de respuesta. Ya hemos visto el tema de los saqueos y la violencia que desencadenaron estos eventos: personas lanzadas a la rapiña más desalmada, destruyendo y excavando para saquear, no para salvar a sus semejantes en desgracia; hemos visto ejemplos citados por todos los cronistas sobre este tema que el imaginario colectivo piadosamente tapó con un manto de olvido. Lo que dijo el marinero de Voltaire lo dijeron muchos en Mendoza, e incluso hubo quienes al día siguiente de la catástrofe ya habían contratado gente de los alrededores para el saqueo sistemático; tampoco faltaron aquellos que medio siglo más tarde todavía se negaban a devolver las joyas e imágenes propiedad de las iglesias. Lo que en un primer momento se calificó de posesión ilegítima, después pasó a llamarse *colección privada de arte religioso*. Si seguimos con *Cándido* encontramos un texto más cáustico:

“Después del terremoto que causó la destrucción de la mayor parte de Lisboa, los sabios de aquella tierra no hallaron modo más eficaz de preservar la ruina de la ciudad que dar un Auto de Fe. La Universidad de Coimbra decidió que el

espectáculo de algunas personas quemadas a fuego lento, con gran ceremonia, era un remedio infalible contra los terremotos”¹⁴⁶.

Pero yendo de la novela a la realidad los recurrentes temas mendocinos que hemos mencionado pueden ser analizados desde diferentes puntos de vista. Por ejemplo, hemos visto que los discursos sobre el papel de los religiosos en el evento son muy discutidos. La versión oficial de la historia del terremoto está basada en los textos de Félix Frías -líder de la ultraderecha nacional- a quien Sarmiento llamaba *el padrecito*; en las exageraciones ya demostradas de Pompeyo Lemos y en especial en su dramática confusión de fechas -que el 20 de marzo fue Viernes Santo-, y en el padre Verdaguer quien en su magnífica pero poco responsable obra, tuvo extremo cuidado al seleccionar los textos que usaba para que su historia fuese perfecta; ninguno de ellos, los tres rígidamente religiosos, empañaron ni un ápice lo que quería resaltar aunque los documentos mostraran otra cosa.

Si verdaguer es el máximo ejemplo de cómo se manipula la selección de los textos, difundiendo algunos y olvidando otros, el caso opuesto es el escrito de Wenceslao Díaz, quien llegó con los socorros desde Chile en forma inmediata y escribió en 1862 uno de los libros más significativos acerca del terremoto. Pese a la importancia documental, además de la científica -son 157 extensas páginas y excelentes fotografías-, sólo se lo publicó completo en Argentina en 1907 en una revista científica poco conocida llamada *Geología y Minas*, editada en Buenos Aires¹⁴⁷, cuando ya su autor había fallecido en 1895. Sólo una parte fue reeditada pero el resto fue dejado de lado y no sin razones. Exactamente lo mismo sucede con los muchos escritos de Olascoaga, que en algunos casos -como el de la detallada descripción de las acciones del gobernador Nazar desde el día siguiente del sismo- debieron esperar hasta 1918 para ser publicados. Es posible leer una versión muy diferente a las tan conocidas, en ese texto de Olascoaga, quien vio que los religiosos no jugaron el papel que otros autores les adjudicaron y que parece que entre otras cosas se dedicaron “a espantar otra vez a la gente”¹⁴⁸. También dijo: “aseguraban y lo predicaban públicamente, usted lo ha de recordar, que la catástrofe era mandada expresamente por Dios para castigar pecados de ese nuestro querido pueblo (...). Convengamos que son terribles los hombres asustados...”¹⁴⁹. Otra imagen demoledora por su realismo es la que dejó cuando narró que al dirigirse la gente hacia la plaza, el sitio más protegido de la ciudad, observaron que había quedado en pie la gran cruz

¹⁴⁶ Voltaire, 1994, *Cándido* (edición original de 1759), Editorial Fontana, Barcelona, pag. 34

¹⁴⁷ Díaz, 1907, op. cit.

¹⁴⁸ Manuel J. Olascoaga, El terremoto de 1861, *La semana* no. 12, pp. 8-10, Mendoza, 1918

¹⁴⁹ Idem, pag. 6

de madera que habían dejado los jesuitas de su sermón de la semana anterior en la Matriz y allí se dirigieron:

“El espectáculo recrudeció el apasionamiento místico y la muchedumbre se lanzó a la peana de la cruz con un fervor febril que rayaba en la locura, empeñados todos en besar el grueso madero (...) ¡Y no se coincide sino por las contradicciones enfurecidas de la demencia, que se empeñaron en desarraigar de su base aquel símbolo que creían defendido por el cielo! Trabajaron furiosamente hasta que lo consiguieron no sin aplastar tres o cuatro devotos en la caída del pesado madero. Cargáronlo entre todos y pusieron a pasearlo por la plaza con el pregón incesante de multitud de voces casi unísonas que clamaban: ¡aquí va la cruz de la Misión! (...) Pero sucedía que el madero manejado por cincuenta personas exaltadas y nerviosas que lo agitaban imponiéndole rápidos movimientos basculares en distintos sentidos, cada fiel que llegaba a imprimir su ósculo no fallaba en recibir un golpe feroz en las narices y dientes”¹⁵⁰.

En fin, lo que queda en los papeles son las diferentes versiones de los hechos, en función de la opinión y los puntos de vista de cada quien; unos más devotos, otros menos, otros nada, pero más allá de los detalles lo que importa es que sólo una versión quedó grabada en el imaginario colectivo. Pero observemos que la escena es semejante a otras que luego analizaremos dispersas por todo el continente: “exhortaban los sacerdotes (...) para absolverlos, con que todo era misericordia: *ego te absolvo, ego vos absolvo*, y al fin concebir la última ruina, el Juicio Final”, pero en este caso se trataba de Guatemala en 1773. En Cuzco sucedió algo muy parecido: el terremoto de 1650 fue descrito por el padre Diego de Córdova Salinas:

"crecieron [los temores] recién sucedido el temblor, al ver al Provincial de San Francisco salir con un Cristo por las plazas, exagerando la gravedad de pecados, causa de la asignación de Dios. Seguía la gente despavorida [insistiendo en hacer] clamores y actos de contricción que causaron, por una parte compasión, y por la otra confundían";

esto nos permite ver que muchos religiosos entendieron que el terror no era la solución al problema.

Otro tema, el de los muertos dentro de las iglesias, es también recurrente, incluyendo a la novia vestida de blanco y todos sus invitados. Esta versión está tan arraigada

¹⁵⁰ Idem. Ant.

que al inicio del proyecto arqueológico en San Francisco, en 1995, nos llevó a interpretar la presencia de huesos humanos en el escombros como evidencias que demostraban ese fenómeno. Sólo el estudio detenido nos probó que se trataba de huesos provenientes de los entierros bajo el piso que habían sido removidos por los pozos hechos por los saqueadores durante los días y años siguientes al terremoto, o que los mismos religiosos, abriendo el piso una y otra vez en el siglo XVIII, desparramaron huesos humanos por doquier entre la tierra y escombros. La arqueología en las excavaciones y la historia en los documentos, ahora cuidadosamente releídos, lograron comprobar que no hay evidencias de ninguna índole que hubiera nadie en las iglesias; incluso los sacerdotes que perdieron la vida -valga el caso de San Francisco y La Matriz- murieron en sus habitaciones u otras dependencias, no en las naves de la iglesia misma. Y al menos hasta ahora no se han podido encontrar pruebas documentales de ceremonia nupcial alguna ocurrida esa noche. Todas las descripciones del terremoto de Concepción de 1570 insisten en que "los vecinos hallábanse en misa" aunque ahora sabemos que fue al mediodía¹⁵¹, para citar un ejemplo similar.

Un texto que muestra hasta qué grado quedó el imaginario cerrado sobre sí mismo difundiendo más tarde por todo el país, es el de César Octavio Bunge al filo del siglo XX, cuando describió Mendoza en su clásico *Nuestra patria* con el cual se educaron tantas generaciones: "La parte vieja, donde vive la población trabajadora y obrera, se halla en el sitio que ocupó la antigua ciudad (...) Aún se ven allí algunas ruinas como las de los templos de Santo Domingo y San Francisco, cuyos espesos muros aplastaron cientos y millares de fieles que se habían refugiado en sus naves, creyéndose protegidos por la solidez de la fábrica"¹⁵².

La visión despectiva de quienes quisieron quedarse en la ciudad vieja nos la da mejor que nadie Santiago Estrada: sólo "dos o tres ancianos no han querido abandonar la tierra heredada", en realidad "los últimos de una tribu que cayó en la tumba como cae una piedra en el abismo, vagan cual sombras errantes por las vías sin salida". Citas de este tipo podrían traerse en cantidad, pero no tiene sentido hacerlo ya que la realidad estudiada muestra que las cosas fueron muy diferentes¹⁵³. Al final no era tan distinto a aquella Panamá destruida en 1671, tanto tiempo antes, en donde más tarde se diría que "en el sitio viejo, desmantelado de materiales y habitantes, hecha bosques y monte en las calles y solo es tratable a las aves y fieras"¹⁵⁴.

El otro tema que quedó grabado, el de la locura entre los sobrevivientes, es una clara herencia del Romanticismo y entró a la modernidad en el inicio del siglo XIX. Pushkin en su

¹⁵¹ Lara Marchant, 1998, op. cit., pag. 39

¹⁵² César Bunge, *Nuestra patria*, A. Estrada y Cia., Buenos Aires, 1910, pag. 291

¹⁵³ Ponte, 1987, op. cit.

novela *El jinete de bronce* de 1833 hizo que su protagonista Eugenio se volviera loco tras la inundación de San Petesburgo; de allí en más fue argumento habitual en la literatura de ficción.

El sermón premonitorio que ha servido de base para tantas leyendas ha sido discutido ampliamente en páginas anteriores y creo que ha quedado demostrado hasta agotarlo, incluso en base a los textos escritos por los mismos jesuitas que transcribimos, que el verdadero Viernes Santo fue una semana antes del evento. La iglesia de Mendoza ya ha establecido con claridad que el terremoto no ocurrió en esa oportunidad¹⁵⁵, aunque probablemente llevará generaciones cambiar el imaginario de la población. Pero es interesante el hecho de que en ese supuesto sermón, que ni fue al aire libre ni acudieron miles de personas, aunque sí fue concurrido -el del día 13 de marzo- en que se habría dicho “Hay dos Mendozas, una de ellas deberá perecer”, la frase es la misma que se atribuye a situaciones semejantes en otros terremotos del continente ocurridos durante los siglos XVII y XVIII. En el de Lima de 1746 el sacerdote dijo “Lima, tus pecados son tu ruina”¹⁵⁶; ¡lo interesante es que en el de 1646 habría ocurrido lo mismo!, y en Esteco, después del terremoto de 1692 la frase era: “fue castigo porque sus vecinos eran viciosos, soberbios y escandalosos”¹⁵⁷, y algo parecido se dijo en ocasión de cuanto otro evento semejante encontramos en el continente. Al parecer las frases ya estaban escritas desde que el escribano Rodríguez describió su *espantable terremoto* en 1541 y se repetirían a lo largo y ancho del territorio bajo el dominio español a lo largo de tres siglos.

Otro mito arraigado es el del conocido científico Auguste Bravard, ya citado varias veces y que pereció en el hotel del señor Catus sobre su propia cama; hemos contado en capítulos precedentes que su cadáver -y sus papeles- quedaron por varias semanas en el mismo sitio hasta que el cónsul de Francia tomó cartas en el asunto. Mucha bibliografía insistió en que él había previsto el temblor pero que no había alcanzado a irse a tiempo. Tal como dijo Wenceslao Díaz “creemos que si Bravard volviera a la vida, habría de desmentirlo”¹⁵⁸. En este caso se cruzan dos temas: la antigua y permanente tradición de que siempre hay un sabio que muere como Plinio en la erupción del Vesubio del año 79, y el hecho de que la previsión fuera hecha por un hombre de ciencia; a Humboldt se le atribuyó el haber previsto la destrucción de Caracas en 1812.

¹⁵⁴ Luis García de Paredes, *Mudanza, traslado y reconstrucción de Panamá en 1673*; reedición facsimilar del Patronato Panamá Viejo, Panamá, 1954, pag. 39

¹⁵⁵ Moyano Llerena, 1998, op. cit.

¹⁵⁶ Lastres, Juan B., 1940, Terremotos, hospitales y epidemias de la Lima colonial, *Revista del Museo Nacional* vol. IX, no. 2, Lima, pag. 247

¹⁵⁷ Díaz, 1907, op. cit., pag. 611

¹⁵⁸ Idem, pag. 627

El tema del abandono de la ciudad por parte del gobierno resulta también muy llamativo por lo repetido; parece ser otra constante en las catástrofes. No porque no haya sido verdad -quizás lo fue-, sino por la recurrencia del fenómeno. La versión Liberal es clara al respecto e indica que las autoridades huyeron y dejaron todo librado al saqueo y que la voluntad popular logró restablecer el control. Pero también es cierto que el grueso de los textos indica lo contrario: que el gobernador, pese a haber perdido a toda su familia, al día siguiente estaba actuando y había logrado reencauzar algunas acciones de urgencia. ¿Por qué esto nos recuerda tanto la historia del virrey Sobremonte cuando *huyó con los caudales* frente a los ingleses y el pueblo se organizó para la defensa? Al final de cuentas el vapuleado virrey hizo exactamente lo que la ley le obligaba hacer: poner a buen recaudo los fondos públicos y dirigirse a Córdoba para organizar desde allí la recuperación de la ciudad.

Quizás hayan habido dos tipos de acciones: las de quienes aprovecharon más tarde para destacar el relevante el papel que supuestamente jugaron en los hechos, de ellos o de terceros, y las de quienes aprovecharon para denostar a sus enemigos. La historia fue escrita por los vencedores como siempre sucede. Recordemos que en gran medida la Ley Nazar de repoblamiento de la ciudad (del mismo año 1861) era exactamente lo opuesto a lo que el Liberalismo quería: construir una ciudad nueva, deslindada claramente del pasado colonial.

Para terminar con esto no voy a repetir lo que ya ha sido demostrado acerca de los *7000 muertos*. Esa es la cifra bíblica, no la que corresponde al evento mendocino, pero desde el mismo momento del terremoto quedó indeleblemente grabada en la población y fue repetida una y mil veces, a tal grado que la secuencia misma de los hechos que muchos autores describen es la de la Biblia, palabra por palabra, y no la de la realidad de los acontecimientos. El versículo 8 del Apocalipsis no presenta diferencias con los textos que sobre Mendoza escribió Pompeyo Lemos, por ejemplo.

Actitudes culturales ante los eventos de la naturaleza en América Latina

Ante cada evento de la naturaleza los hombres mostraron actitudes de diverso tipo, y Mendoza es otro ejemplo de ello. Se tomó la decisión de trasladar la ciudad a un sitio muy cercano -prácticamente al lado de su emplazamiento original-, tomar algunos recaudos para evitar desastres semejantes en la escala urbana pero no en la arquitectónica, y construir una explicación imaginaria de lo sucedido. Pero por otra parte se ocultó con todo cuidado la ineficacia de sus constructores, la falta absoluta de planificación y, más que nada, se deslindó la responsabilidad hacia arriba: era la culpa de Dios, no de la imprevisión de los dirigentes.

Es por eso que resulta interesante observar cómo actuaron otras ciudades ante casos similares en contextos también semejantes y creo que Guatemala es el ejemplo más apropiado, ya que allí se optó por una solución idéntica. Tal vez la diferencia entre Mendoza y Antigua Guatemala haya sido la actitud posterior al terremoto: la primera sentenció a la destrucción total a su ciudad vieja, mientras que Antigua comenzó en la década de 1920 la restauración y puesta en valor de las ruinas, siendo hoy un sitio único en el continente, declarado Patrimonio de la Humanidad y uno de los mejores ejemplos de preservación de una ciudad colonial.

La ciudad de Guatemala fue fundada cerca de una cadena de volcanes en parte activos. En 1541 la ciudad -ahora conocida como la *vieja* Guatemala-, fue parcialmente destruida por un temblor que produjo una avalancha de agua que sumergió a la ciudad. La interpretación que prevaleció fue de neto corte religioso y la idea central giró en torno al castigo divino “para que todos nos enmendemos de nuestros pecados y estemos apercibidos para cuando Dios fuere servido de nos llamar”¹⁵⁹. No hemos logrado encontrar otras visiones diferentes, aunque salta a la vista el pragmatismo que implica la decisión final de trasladar la ciudad; como si los designios divinos de castigar a los pecadores pudieran verse frustrados

con sólo mudarse a otro sitio. Siempre estaba claro el abismo que separaba a la religión del pragmatismo político.

Esta inundación produjo el abandono y la nueva fundación en un sitio relativamente cercano a la segunda ciudad que ahora llamamos *Antigua*. Este fue un próspero asentamiento, sede de una capitania, con magníficas iglesias y una arquitectura cívica hecha mayormente en piedra. Una verdadera ciudad monumental que en el siglo XVIII competía con muy pocas en el continente. En 1717 un nuevo temblor produjo daños considerables y cobró algunas vidas humanas, pero para las características del evento la cantidad de víctimas fue comparativamente poca, tal como luego se describirá. En 1773 un nuevo terremoto, éste de escala intensa, destruyó la mayor parte de la arquitectura de la ciudad; pero dado que estuvo precedido por un mes de temblores menores, ruidos y movimientos de la tierra, la gente en su mayoría tuvo tiempo de evacuar la ciudad, lo que evitó mayores males.

Sobre este terremoto de Guatemala, que fue muy prolongado, tenemos relaciones bastante detalladas que nos muestran pautas de comportamiento que no se diferencian en mucho de las de otros casos: las interpretaciones, el papel de la religión y las decisiones políticas consecuencia del evento. Al revisarlas una por una, podemos ver que las interpretaciones estaban acordes al momento: todos coincidían en el *motor primero*, es decir Dios -curiosamente parece que nunca se responsabilizó al diablo-, y la reacción popular fue la de acudir masivamente a las iglesias donde los sacerdotes estaban “exorcizando y conjurando los espíritus enemigos del linaje humano, que parecían hacer guerra por ministerio de la misma naturaleza, con especial licencia del Príncipe y autor de ella”, y lo que se veía: “sólo se alcanzaban ecos de contrición, misericordia, confesiones públicas de los pecados, impetración de absoluciones y en fin, para mayor honra y gloria de Dios, exaltación de la Santa Fe y confusión de la herejía” hasta que “la acopia de las lágrimas, la tribulación, contrición y humillación de los corazones había aplacado la ira de Dios y sosegado los incendios del volcán”¹⁶⁰. Un suceso interesante entre las penitencias que practicaron los habitantes fue el extraer con violencia una gran cruz de madera y pasearla por el pueblo, de igual forma que se hizo en Mendoza con la cruz de los Jesuitas de la Matriz. En algunos casos la situación llegó a tornarse tan simple que el día 28 de agosto, en medio de los primeros fuegos del volcán, se tomó por cierto de que el hecho de que el obispo cambiara sus vestidos lo había aplacado:

¹⁵⁹ Juan Rodríguez, Relación del espantable terremoto que agora nuevamente ha acontecido en las Yndias en una ciudad llamada Guatemala... (1541), *Anales de la Sociedad de Geografía e Historia* vol. XXIII, nos. 1/2, Guatemala, 1948, pag. 92

¹⁶⁰ Tomás de Arana, Relación de los estragos y ruinas que ha padecido la ciudad de Santiago de Guatemala por los terremotos y fuego de sus volcanes en este año de 1717, *Anales de la Sociedad de Geografía e Historia* vols. XVII, nos. 1 y 2, Guatemala, 1941, pag. 150

“el ilustrísimo y reverendísimo señor obispo determinando vestirse de los ornamentos pontificiales para el exorcismo, lo puso por obra y se hizo perceptible a la vista la extinción de las llamas”¹⁶¹.

La otra postura parece haber estado presente desde el inicio, por parte de quienes atribuían el suceso a un problema natural -aunque sujeto a la voluntad de Dios en última instancia- y el mismo Oidor de la Real Audiencia que hemos citado, Tomás de Arana, dijo ante el Cabildo que “los grandes terremotos y ruina que ha padecido [la ciudad] provienen por la razón del sitio, como lo ha demostrado la experiencia en todo y evidenciado en los presentes”, incluso reafirmando que los eventos sólo dependían “del sitio y disposición del suelo”¹⁶².

Pero el tema central después de este terremoto en Guatemala fue decidir si la ciudad debía trasladarse o no, como se había hecho en el siglo XVI. Unos y otros aludieron al tema del suelo y la cercanía de los volcanes, ya que para algunos no tenía sentido trasladarse porque la fuerza de los volcanes era tan grande que llegaría a cualquier sitio en las cercanías; para otros era más sencillo y económico restaurar los edificios que hacerlos a nuevo en otro sitio; para algunos más había que huir lo más lejos posible de ese lugar que en dos siglos había padecido nueve temblores, y no faltó quien quisiera quedarse “procurando aplacar a la Divina Justicia, porque ésta a donde quiera que fuésemos nos había de alcanzar sin dejar lugar a donde huir”. Esto llevó a discusiones acerca de la validez de intentar huir de la ira de Dios ya que en esto la Biblia no es clara: la virgen María huyó para salvar a su hijo, pero Cristo no huyó cuando Santa Teresa se lo propuso ante la amenaza de un terremoto, y se echaba mano de tantas citas que se contradecían unas a otras que la teología no atinaba a proporcionar una respuesta clara. Y pese a que la situación era realmente trágica (“sólo se percibía abortos, débiles enfermos arrastrados, muertes, fatigas y lágrimas”) se decidió por el no traslado.

Tenemos una descripción de las discusiones del Cabildo que nos puede servir para observar qué se sabía sobre el tema y cómo eran usados estos conocimientos en la toma de decisiones; valga el siguiente párrafo:

“no convenía la traslación de la ciudad porque la razón del riesgo era muy general, y sin embargo de haberse comprendido y comprender a muchas ciudades, no por eso se habían mudado ni deliberado traslación, como se verificaba en las inminencias y estragos del Etna y lo padecido en Catania, que no obstante se mantiene sin novedad los asombros del Vesubio que no han sido bastantes a mover (...) a Roma, con

¹⁶¹ Idem, pag. 151

muchos otros ejemplares de volcanes, como son los de las islas Tercera, Canarias, Hecla de Islandia, etc. y que mucho menos podía ser motivo los temblores y terremotos, pues habiendo causado estos iguales o mayores ruinas en las ciudades de Lima, Quito, Guayaquil y Oaxaca, no por eso se habían mudado”¹⁶³.

Medio siglo más tarde, en 1773, un terremoto volvió a destruir la ciudad; al entrar a detallar la situación surge algo nuevo en las descripciones: los robos “o insultos de tantos forajidos que escaparon de las cárceles la tarde de la ruina, y otros mal entretenidos que trataron de aprovechar la oportunidad de nuestra común desgracia para el saqueo y pillaje”¹⁶⁴ muestra grandes similitudes con lo que se dió en Mendoza. También había sucedido algo similar en 1717: “la malicia a robos, a latrocinios y otros insultos, que aún al proferirlos en tan tremendo caso parece delito”¹⁶⁵. Lo que vimos en Mendoza, al parecer, no es diferente de lo que acaece en tantos eventos de esta naturaleza; lo importante es que las descripciones ya hacen énfasis en temas distintos de la vengativa ira divina. La discusión sobre el traslado terminó por la afirmativa y se decidió mudar la ciudad al Valle de la Ermita.

Las descripciones de los saqueos en Mendoza hechas por Wenceslao Díaz son duras pero seguramente verídicas:

“el saqueo, el vandalaje más estúpido, la más inhumana indolencia vinieron pronto a ser la peor plaga que siguió a la catástrofe (...) y excedió allí a cuanto puede leerse en esos acontecimientos y a cuanto es imaginable”.

Por supuesto no le faltó el toque romántico en las descripciones:

“por entre las ruinas y a altas horas de la noche, empezaron a deslizarse como manadas de chacales o bandadas de cuervos por las sinuosidades de un campo de batalla”¹⁶⁶.

De todas formas, al menos para este estudio y si esto fue realmente todo lo grave que aparenta, lo que importa es lo que quedó -y lo que no quedó- en el imaginario colectivo.

¹⁶² Idem, pag. 238

¹⁶³ Idem, pag. 237

¹⁶⁴ *Isagoge histórica apologética de las Indias Occidentales*, Sociedad de Geografía e Historia, Guatemala, 1935, pag. 412

¹⁶⁵ De Arana, 1941, op. cit., pag. 243

¹⁶⁶ Díaz, 1907, op. cit, pag. 624

El traslado de Guatemala no fue tema fácil ya que, además de los obvios problemas que traía aparejados, representaba un profundo cambio en la propiedad de la tierra, tanto de la urbana como la de alrededor de la ciudad, un profundo cambio que iría a beneficiar a algunos y destruir económicamente a otros¹⁶⁷. Fue una decisión política del Cabildo no acatada por todos, a tal grado que tres años más tarde, cuando arribó la aceptación de la decisión desde España -la ciudad ya se había trasladado-, hubo que obligar a mudarse a los que se habían quedado en el sitio antiguo. Y por cierto, Antigua nunca quedó totalmente despoblada: casualidad o no, la historia se repite con Mendoza.

Los paralelismos en estos dos casos son muchos, pero existe algo muy significativo: en ambos el terremoto fue interpretado como un castigo divino; y esto parece repetirse absolutamente en todos los demás casos revisados en el continente: nunca le fue atribuido al Diablo, siempre a Dios. Entonces, ¿por qué el imaginario colectivo atribuía las pestes y las enfermedades epidémicas al accionar del Diablo, o a acciones humanas, y sólo muy raramente a la expiación de culpas? Es decir, desastres que afectaban a toda la comunidad eran interpretados en forma absolutamente opuesta, pese a que en ambos la capitalización del miedo fue hecha por la iglesia.

Ahondemos un poco en este tema. Las pestes fueron los desastres más terribles que asolaron el mundo, mucho más graves que los terremotos o las erupciones volcánicas, ya que llegaron a poner en duda incluso la continuidad de la vida en países enteros; la Peste Negra diezmó en la Edad Media casi el 50% de todos los pobladores de Europa. Pero desde esa época hubo un doble proceso simultáneo para su control: los estados que impusieron normas sanitarias cada vez más estrictas por una parte y una mayor medicalización por el otro. Es decir, lentamente se fue abordando la peste como un problema médico a la que se debía atacar en sus dos causas: las celestes -clima, aires, el zodiaco, cometas-, y las terrestres -exhalaciones del agua y del aire, vapores putrefactos-, que podían ser combatidas con experimentación, conocimiento y aplicando técnicas adecuadas. Incluso desde el siglo XVIII estaba bien claro el efecto de la transmisión de las enfermedades, aunque no se lo explicaría sino hasta mucho después. Pero lo importante es que en las universidades europeas se fueron desarrollando a lo largo de cinco siglos conocimientos empíricos para prevenir y atacar este flagelo¹⁶⁸. Hay casos muy interesantes y bien estudiados, como la Fiebre Amarilla en Filadelfia en 1793 en que las polémicas se organizaron alrededor de las técnicas médicas y del

¹⁶⁷ Fernández, Jesús, 1948, Monografía de la ermita del cerro del Carmen escrita en 1894, *Anales de la Academia de Geografía e Historia* vol. XXIII, nos. 1/2, pp. 72-97, Guatemala; Luján, Cristina Z. de, 1987, *Aspectos socioeconómicos del traslado de la ciudad de Guatemala (1773-1783)*, Academia de Geografía e Historia, Guatemala

¹⁶⁸ Campbell, A. M., 1931, *The Black Death and the Men of Learning*, Columbia University Press, New York; Ziegler, Phillip, 1982, *Black Death*, Penguin Books, Harmondsworth

papel de los esclavos afro-americanos¹⁶⁹ ; es decir, siempre era la ciencia la que debía resolver el problema aunque lo que se estuviera haciendo fuera incorrecto a la luz de su tiempo y de los posteriores¹⁷⁰.

Un ejemplo valedero de como el pensamiento racional ya se estaba imponiendo en este tema es la decisión europea de sacar los cementerios de las iglesias: en París se hizo en 1765 y en el resto de Francia en 1776. Entre nosotros fue Rivadavia, medio siglo más tarde, quien lo impulsó, pero en Mendoza -donde el cementerio civil se abrió en 1828 aunque con férrea oposición- el tema se seguía discutiendo hacia 1850. En España, siempre acusada de oscurantismo -y no siempre sin razones, por cierto- esa discusión ya había sido superada en el siglo XVIII¹⁷¹.

El discurso religioso sobre la peste fue diferente al de los fenómenos telúricos: con la peste de Atenas en el año 430 se culpó del hecho al veneno que supuestamente se había arrojado al agua, con la de Milán en 1629 se le echó la culpa a los franceses y así al infinito¹⁷². Es cierto que también se hacían rogativas y procesiones que garantizaban el control social y uniformaban las conductas individuales, pero el camino para aliviar la peste estaba claro y básicamente servía para paliar el brusco abismo entre la *buena muerte* y la *mala muerte*, es decir la ocurrida una vez recibidos los últimos sacramentos y la repentina, la que no daba tiempo para la administración de los santos óleos o para dejar un testamento.

En Argentina en general el discurso sobre las enfermedades y las epidemias no fue diferente al europeo: la epidemia de cólera de Mendoza en 1868 es un ejemplo más que oportuno y ha sido ya bien estudiado¹⁷³, mostrándonos cómo las autoridades tomaron medidas de inmediato para controlar la salubridad. Nadie dudó un instante y gobierno y medicina actuaron como mejor pudieron y/o supieron para evitar algo que todavía no se terminaba de comprender bien, pero cuya responsabilidad caía bajo la égida del gobierno y no de la iglesia. Controlaron el agua y el contagio, difundieron información, pusieron cordones sanitarios de aislación, formaron comisiones de salubridad, contrataron empréstitos y estudios y pruebas de medicinas apropiadas o potencialmente eficaces. La epidemia posterior, la de 1886-87, ni siquiera vale la pena citarla; nada había que pudiese compararse con las interpretaciones del

¹⁶⁹ Powel, J. H., 1993, *Bring out Your Dead: the Great Plague of Yellow Fever in Philadelphia in 1793*, University of Pennsylvania Press, Philadelphia; Estes, John Worth y Billy G. Smith (editores), 1997, *A Melancolyc Scene of Desvastations: the Public Response to the 1793 Philadelphia Yellow Fever Epidemic*, Science History Publications, Philadelphia

¹⁷⁰ Foster, Kenneth; Mary F. Jenkins y Anna C. Toogood, 1998, The Philadelphia Yellow Fever Epidemic of 1793, *Scientific American* (agosto) pp. 68-73

¹⁷¹ González Díaz, Alicia, 1970, El cementerio español en los siglos XVIII y XIX, *Archivo Español de Arte* vol. 171, pp. 289-320, Madrid

¹⁷² José Luis Beltrán Moya, La capitalización religiosa del miedo, *Historia* 16, no. 247, pp. 64-70, Madrid, 1996

terremoto. La iglesia ya no intentaba mantener el control social de la población, no sólo por la evidente pérdida de poder causada por los gobiernos Unitarios y Liberales de esos años -la población civil había madurado mucho a costa de tanto sufrimiento-, sino también porque el discurso de la muerte en estas catástrofes no estaba teológica ni históricamente relacionado con la interpretación canónica de la expiación de culpas.

Esto nos lleva a pensar que la reacción cultural que se produjo en Mendoza en 1861 no fue casual: ya estaba escrita. La fecha equivocada -el supuesto Viernes Santo-, el número de víctimas, la secuencia de eventos, la rapiña, la premonición de un religioso en su sermón, la muerte en suelo sagrado -dentro de las iglesias-, el pago de culpas, ya estaban en la Biblia y se repetían una y otra vez en el continente con cada terremoto.

¹⁷³ Elvira Martín de Codoni, 1973, *Dos epidemias de cólera en Mendoza (1868 y 1886-87)*, *Investigaciones y ensayos* vol. 14, pp. 1-28, Buenos Aires, 1973

El terremoto y las múltiples formas de la cultura

El año de 1861 produjo, como hemos visto, cambios y continuidades en la vida de la ciudad; y la cultura en todas sus formas se vio afectada aunque no cambió ni el Romanticismo vigente a través del cual se describió lo que acontecía ni el Positivismo en ciernes sobre el cual se construiría el nuevo pensamiento de la élite. Y obvia decirlo, el terremoto sirvió de tema para la ciencia y la historia -eso ya lo hemos visto-, si no también a la literatura, la poesía, la música y la fotografía.

Sin entrar en la historia de la cultura mendocina, cosa que otros más eruditos ya han hecho, podemos revisar someramente la evolución de la poesía tanto culta como popular en relación a 1861. Como es lógico, el terremoto, con el impacto que causó sobre su población, no podía faltar. Y no podía dejar de estar presente porque reunía las condiciones perfectas para el Romanticismo: violencia de la naturaleza, pasiones desatadas, muerte y desolación, una ciudad en ruinas y abandonada y hasta cadáveres insepultos, saqueos, violencia, desgobierno... ¡Qué más se podía pedir como tema literario! De allí que surgieran poesías, que según la época, utilizarían todos esos recursos argumentales para exaltar los sentidos del oyente -o del lector-, y que incluso se acompañaban con música de piano. Y los textos van a expresar las posturas de cada uno ante los fenómenos naturales: aún en poemas publicados en 1918 seguirían las interpretaciones religiosas, los mitos ya establecidos de los muertos dentro de las iglesias y el error crónico de fechar el evento en Semana Santa. Ejemplo de lo dicho es el poema *Sobre Mendoza destruida en 1861 (versos asimétricos)*:

De la múltiple vida
 calla la férvida obra diurna,
 perezosa se entrega
 Mendoza a la quietud nocturna.

Hacia los templos fluye
el piadoso rebaño
para un río sagrado
rememorando el drama milenario
del Dios crucificado.

Un efluvio de vendimia flota en la noche pura,
no se trasluce amenaza
en el plácido aspecto de Natura.

Mas el poder maldito
que oculta en la sombra del misterio,
desde su ignota guarida
con invidios ojos agua ita
las obras de la vida.

Y silenciosamente
-siniestro, lento, invisible-
por años y por siglos
encona su odio terrible.

En un instante imprevisto
su cólera desata,
desmesurada y breve,
y sus convulsas entrañas
de la tierra conmueve.
¡Nada más que un instante!...

La Reina de los Andes ya no existe,
todo es ruina y muerte alrededor,
y sobre el pueblo orante
dejó caer sus templos el Señor.

De mil bocas humanas,
de mil bocas ferinas,
levántase en la noche pavorosa,

por entre sus ruinas,
un inmenso alarido de dolor.

Nada. El Monstruo invisible
a su silencio ha vuelto,
a su lenta asechancia en el misterio,
y Natura -impasible-
su obra eterna prosigue.

La imagen del terremoto no está aquí muy distante de la de otros poemas que, aunque con motivos diferentes, destacan al “monstruo de la naturaleza” como un fenómeno que se deja manipular ocasionalmente -es un avance por cierto-, por Dios. Un escritor poco conocido y profesor de literatura del Colegio Nacional, Eduardo B. Ruiz, hizo una parábola uniendo en su poema *Sombras* al terremoto con la guerra en Francia¹⁷⁴, su “heroico apóstol de las humanas leyes” y cuna de la Ilustración. Si bien el poema es muy largo de transcribir los versos I y III son los que nos interesan:

Fue una noche sin astros cuyo recuerdo abrumba
humedeciendo en llanto los puntos de la pluma;
fue una sombría noche de trágica memoria
que guarda entre crespones el libro de la Historia.
Aquella en que los monstruos de la naturaleza,
los lomos encrespados, erguida la cabeza,
se alzaron implacables del fondo del abismo
a provocar el hondo, sangriento cataclismo
que estremeció de espanto en su salvaje abrazo
hasta el alma de piedra del viejo Chimborazo.

Así soñando estaba Mendoza; así dormida
sintió de pronto horrible, gigante sacudida
que entre quejas dolientes y lúgubres y extrañas,
rasgaba brutalmente sus vírgenes entrañas!...
Así en su blanco lecho de inmaculadas flores
sintió la garra enorme de todos los dolores

¹⁷⁴ Eduardo B. Ruiz, manuscrito inédito, Mendoza, posiblemente 1915, colección privada

y al levantar la frente para buscar el rastro
de maldición tan grande, vio el cielo sin un astro
y con aquel espanto de un sol que se derrumba
entre un montón de escombros halló su propia tumba!...

Otros autores intentaban continuar la línea del Liberalismo triunfante expresada en la construcción de la nueva ciudad y en el gobierno Unitario post-terremoto. La revista *La semana* en su número recordatorio -tan tarde como 1918- escribía: “un gran dolor purifica, y Mendoza, después de tan rudo golpe, surgió esplendorosa para convertirse en la bella, activa y próspera ciudad que hoy nos cobija como si tuviera la seguridad de no volver a caer, sino por el contrario, de levantarse más y más”. El tema predilecto era el progreso y el cóndor su metáfora: valga la poesía de Juan C. Lucero de 1911, que transcribo:

Triste níobe afligida! Cual tu suerte
fue en el pasado siglo, cuando ufana,
te alzabas portentosa y soberana
empinándose el Andes para verte!

Apenas el corazón y el alma vierte
oculto el llanto... Si a tu edad temprana
la gran Pompeya te llamó su hermana
y te envolvió el silencio de la muerte!...

Nadie escuchó tu fúnebre gemido,
nadie enjugó tus lágrimas!...Por eso,
rebelde a todo, y a tu suerte extraña,
tiendes vuelo a la senda del progreso
como tu mismo cóndor, desde el nido
que colgaste otra vez de la montaña!

Buscando en la literatura nacional también encontramos un famoso poema de Olegario Víctor Andrade escrito en 1880 y titulado *La noche de Mendoza*, en el que manejaba tempranamente las ideas de destrucción vs. progreso y de Dios como colérico testigo del quehacer humano. Vale la pena transcribir algunos versos:

Tranquila indiferente,
la gallarda ciudad que en otros días
forjó las armas de la lucha fiera,
dormía muellemente
al son de las nocturnas armonías
y al pie de la gigante cordillera.

Todo era luz y aromas:
la blanca cuna en la celeste cumbre,
sobre colados y turgentes lomas
dulcemente vertía
tibio raudal de soñolienta lumbre.
Y su convoy de pálidas estrellas
de alas de nieve y pupilas de oro, a veces parecía
bandada de palomas
de un lago azul sobre el cristal sonoro!

(...)

No dormía, velaba
la legión de los cíclopes bravía
que en baluarte de rocas
eternamente espía.
Con el rayo en la mano
a su rival temible, el océano.

Acaso vio lanzarse en son de guerra
hacia la agreste playa
al mar que en cárcel de granito guarda
por mandato de Dios; y a la batalla
la espantosa legión corrió ligera,
sus penachos de llama dando al viento;
y, al desplegar la colosal bandera,
vacilaron los astros en el cielo
y retendió la tierra en su cimiento!

Todo a su paso se turbó. La luna
rodó por el espacio antes serena

como ave enorme que descende herida,
rotas las alas, desangrando el seno,
y las blancas estrellas se apagaron
con lúgubre chirrido,
como los cirios delatan que apaga
del viento de la noche el soplo frío!

Olas de un mar de piedra, sacudidas
por manos invisibles, parecían
colinas y montañas:
y en fantástica danza confundidas
se alzaban tambaleantes y caían
palacios, monumentos y cabañas!
Nada quedó en pie! La tierra loca,
como indomable potro encabritado,
arrojaba de sí cuanto tenía.
Nada quedó en pie! Sólo la muerte,
ebria y repleta entre las sombras densas,
saltaba de alegría!

Dónde está la ciudad que fue otrora
vanguardia de la patria, la gaitana
ninfa del valle andino, en cuyo seno
de San Martín la frente soñadora
se posó febriciente, meditando
la empresa sobrehumana?
Dónde está la ciudad de alegres calles
y verdes enramadas?
Dónde los templos, sus altares, dónde
las músicas sagradas?
Qué fue de aquel hogar en que brindaba
venturas del destino?
Ah! todo los arrastró la furia loca
en sus brazos de polvo, torbellino!
Nada quedó en pie! Las altas torres,
los álamos erguidos,

el palacio del rico, el rancho humilde
en unión espantosa confundidos,
todo cayó, como las verdes cañas
que troncha el huracán. Todo fue escombros!
La cólera de Dios había pasado
sembrando estragos.
Pero todo renace. Hasta el torrente
deja limo fecundo tras sus pasos.

Llama de sacrificio es sol de gloria,
y una ruina es a veces la simiente
de nuevas formas en la humana historia!
Mendoza renació! Bella y contenta
al borde de su tumba se levanta
como brota en las grietas de la roca,
verde y gallarda primorosa planta;
alguna vez su suelo se estremece
cual si lo hiriera sensación extraña:
es que velan los cíclopes sañudos
en la fragua infernal de la montaña!

Vivir es combatir! dicen sus hijos,
y viven combatiendo. Dondequiera
brotan la mies la tierra estremecida
al soplo de una eterna primavera
con el afán de renaciente vida,
ninguno siente oprimido
por el peligro el corazón, pues llevan
cual misterioso talismán sagrado
el anhelo infinito de progreso!

Creo que no hace falta ahondar demasiado en este poema de Andrade para encontrar todos los lugares comunes del Romanticismo y del Liberalismo imperante: el constante anhelo de *progreso* como el arma eterna incluso contra los cíclopes que esconde la naturaleza y que desatan su furia cuando Dios lo ordena. Si hay una poesía que condensa el espíritu de la

Generación del 80 alrededor de la construcción intelectual que tan rápidamente se había hecho del terremoto, es sin dudas ésta, que no casualmente fue escrita en Buenos Aires.

Como comparación con los primeros años después del terremoto, cuando aún no estaba establecido el modelo canónico de la visión del pasado, tenemos un inédito poema en francés del que desconocemos el autor, que fue impreso en grandes hojas junto con un grabado y la música para piano. Dice, traducido al español y rompiendo la rima y la versificación:

“Venid pueblo de América, para escuchar el relato, del temblor que ocurrió y que será histórico, en los corazones compasivos, por este gran evento.

Mendoza la pintoresca, elevadas al cielo sus torres, contaba con largos días seguros, pero un destino funesto, vio en una sola noche, todo su futuro destruido.

(...)

Dos horas después de la oración, de marzo el vigésimo día, ya no era más de día, cuando desde la cordillera, vino un horrendo huracán, presagiando grandes tormentas.

El cielo brama, el suelo tiembla, todo se desploma en un instante, las casas, los monumentos, desaparecen todos juntos, y en un instante, santo cielo, no se vio más que escombros.

De las entrañas de la tierra, brotan el fuego y el agua, y es en este horrible caos que todo se triza cual vidrio, y los pozos negros, al lado de esto, no son nada.

Al ruido de los muros que se derrumban, entre gritos desgarradores, las madres y sus niños, lanzan clamores enloquecidos, todos ruegan al buen Dios, que los saque de ese sitio.

(...)

La madre, en este día nefasto, pierde sus hijos, su marido y se va con el corazón roto por ser la única, en cambio, que aún se encuentra viva de todos sus parientes.

Dieciséis estaban en una fonda, riendo, bebiendo y comiendo, cuando en el momento de brindar, llegó como una bomba, un horrible descuartizamiento se los tragó a todos.

En medio de estas ruinas, un hombre que escapaba del peligro, vio pasar sobre una montura, a alguien de buen aspecto, y lo mató sin dudar para apoderarse del asno.

(...)

En el célebre Hotel de Francia, regentado por el Sr. Catus, entre los recién llegados, se hospedaban gentes de importancia, entre otros Monsieur Bravard, ¿qué no le pasó después!

(...)

Honremos siempre los restos de este sabio que por desgracia, pasa de una vida a otra, en una noche bien funesta, muerto lejos de su país, y de sus muchos amigos.

Sin consideración por el infortunio, monstruos con corazones sin respeto, sospechosos para las autoridades, vienen al claro de luna a revolver los restos, buscando oro a cualquier precio.

Parecidos a bestias salvajes, sin ningún respeto humano, cortan dedos de las manos, y después se ponen a resguardo, llevando como botín el producto de su raterío.

(...)

Moraleja: y tú, pueblo magnánimo, ve en este evento una enseñanza, y no seas jamás víctima de las sordas convulsiones que destruyen las naciones.”

La literatura popular en cambio tomó rumbos a veces similares, a veces diferentes, lo cual no carece de lógica. Lamentablemente no tenemos fechas para la mayor parte de los versos de este tipo que nos permitan observar los cambios en el tiempo sobre cómo fue interpretado el terremoto. De todas formas saltan a la vista los lugares comunes; véase si no es cierto en *El verso del terremoto*¹⁷⁵:

El día 20 de marzo
fecha sesenta y uno
lo que sucedió divulgo
como a las ocho y tres cuartos.
Un terremoto que a tantos
les dio una muerte alevosa;
padre, marido y esposa
con sus hijos fallecieron
más de doce mil murieron
en la ciudad de Mendoza.
Fallecieron miles tantos
que en el panteón no cupieron
y por eso bendicieron
el pueblo por camposanto.
Tiemblan las carnes al oír
contar la calamidad
y la gran riguridad

¹⁷⁵ Draghi Lucero, Juan, 1992, *Cancionero popular cuyano*, Ediciones Culturales de Mendoza,

con que Dios castigó ahí.
En la iglesia e' la Matriz
fue donde murió más gente:
allí murió el misionero
con todos sus penitentes.

Que este verso debe ser ligeramente posterior a 1861, quizás cerca de 1890, lo prueba la presencia fuerte del mito de los muertos en el derrumbe de la iglesia Matriz, que en este caso incluye al sacerdote y a los fieles, los doce mil muertos y el castigo divino. Una versión del cantar más conocido, el llamado *Año del sesenta y uno*¹⁷⁶ tiene una versión que incluye el siguiente párrafo:

Veintiocho religiosas
rogaban a Dios, contritas,
de Jesús tiernas esposas,
y, esas vírgenes benditas
en su claustro hallan la fosa.

En cambio en unos versos fechados en 1874 la interpretación es más laxa, menos precisa: se trata de *El terremoto en Mendoza* publicado en origen en *El Constitucional*¹⁷⁷ que no reproduzco completo, pero los términos son: “ los centenares de muertos” y Dios aparece sólo en forma metafórica “tan sólo resta a los pobres/que han quedado en la indigencia/el cielo tenga paciencia/de su inmenso padecer”. En este caso la única presencia religiosa es de esperanza, no de admonición sobre venganzas divinas; no hay imágenes de progreso infinito ni de renacimiento. Es interesante compararlo con *El triste día horroroso* que describe un evento similar en San Juan sucedido en 1894, en términos muy diferentes¹⁷⁸:

Tres minutos más o menos
duró el furioso tormento
del gran acontecimiento
fue desplomado el terror.
Allí el malo y el bueno

vol. I, pag. 300

¹⁷⁶ Fernández Latour, Olga, 1960, *Cantares históricos de la tradición argentina*, Instituto Nacional de Investigaciones Folklóricas, Buenos Aires, pag. 205

¹⁷⁷ Dragui Lucero, 1992, op. cit.

y humillado el poderoso,
en este caso forzoso
todo era Dios y María...
Y el terremoto mecía
con un ruido estrepitoso!

Al fin la ira cesó
del poderoso Hacedor
y un continuo temor
el auditorio quedó.
La sentencia revocó
el ensalzado Supremo
noventa y cuatro diremos
el 27 de octubre
por fuerza recordaremos!

La mayor parte de la literatura sobre el terremoto sanjuanino de 1894 y en especial los versos populares están signados por los mismos lugares comunes; puede verse la bibliografía ya citada donde todo se repite una y otra vez. La secuencia de eventos que venimos viendo como típicas de los años posteriores a 1880/90 en Mendoza se encuentran bien descritas en *De las provincias hermanas*: se inicia con la analogía entre Mendoza y una hermosa flor dormida, sigue con la orden de destrucción que da Dios para redimir culpas y se resume en un castigo necesario, en este caso por las constantes guerras de la época. Este poema preanuncia a otro grupo de ellos que quiero analizar, que usa al terremoto para criticar la situación política:

De las provincias hermanas
Mendoza era la mejor,
porque era como flor
al abrir por la mañana.
(...)
El día veinte de marzo,
por las guerras primorosas,
su fundió el pueblo'e Mendoza

¹⁷⁸ Idem, pag.254

al pie de un modesto ocaso.
Que fue tan violento el plazo
de la Divina sentencia!
orden de la Providencia
que tres minutos duró
la rapidez de un temblor
que hoy servirá de experiencia.
No se ha visto otro ejemplar
como el que había sucedido,
que un pueblo se haya perdido
por la ley del Tribunal.
Con la mayor brevedad
sobre los de esta tierra
un temblor nacido, aterra,
mandado por el Supremo.
Cinco mil muertos entierran,
dos mil casas cayeron.
(...)
Se oyen tan tiernos gemidos
de habitantes que perecen
que todo el pueblo adolece
en un llanto sumergido.
Ay, que momento afligido!
las voces que han implorado,
pidiendo misericordia,
que para eterna memoria
Mendoza se ha sepultado.

El pago de una deuda con Dios es tema reiterado, pero lo que pocas veces se dice es cuál es la deuda: ya hemos visto que para esto hay dos direcciones, una -la religiosa- que insiste en *los pecados*, así, en general, lo que sirve para todo pero no termina de señalar nada en especial. La otra dirección fue la de la guerra en general o la de algunas acciones en particular, ya fuere por parte de los Unitarios o de los Federales, los buenos o los malos según quien escriba: “Corre la sangre en San Juan/tiembla la tierra en Mendoza/y entre llamas horribles/arde el suelo en Tucumán”, “Vino Derqui y Urquiza/vino Navarro y Alcorta,/vino

el guaso Peñaloza con todita su mazorca”¹⁷⁹. En síntesis, una glosa de la época sintetiza lo que hemos dicho:

El estruendo de Mendoza
no es por los que allí murieron,
es para que recordemos
del triste fin que tuvieron.

Dios nos da la libertad
para el bien y el mal obrar,
pero suele castigar
con mucha severidad.

(...)

Dios es la suma bondad
y quiere, por estos medios,
aplicarnos el remedio
para nuestra enfermedad.

Otra vertiente que parece haber sido más común de lo que hoy podríamos pensar es la musical, que dejó diversas composiciones relativas al terremoto de 1861; por cierto es poco lo que se ha rescatado en la materia y supongo que debieron existir muchas partituras que han desaparecido o pasado desapercibidas. Un estudio detenido se incluye en este mismo libro, pero no podemos dejar de recordar en este contexto a Ignacio Alvarez, cuya sinfonía *Terremoto de Mendoza*¹⁸⁰ parece haber hecho las delicias de su tiempo, y a Telésforo Cabrero con *El terremoto de Mendoza* que Higinio Otero fecha en el mismo año de 1861 y de la cual sospecho que fue compuesta más tarde. Además he ubicado una extensa poesía acompañada de música de piano, escrita en francés por autor anónimo bajo el título de *Tremblement de terre de Mendoza* y cuyo texto, en parte, citamos más arriba.

La novela, forma literaria por excelencia y que nacía en el país poco antes, tuvo su debut en Mendoza precisamente por el impacto del terremoto: la inhallable *La noche del terremoto*, escrita por Máximo Cubillos en 1872. La publicación por el sistema de *entregas* en un diario es buen indicador de que debía tener sus buenas dosis de romanticismo.

Para terminar con el estudio de todas estas expresiones, algunas tan poco tenidas en cuenta a la hora de historiar el terremoto y las formas en que este quedó en el imaginario

¹⁷⁹ Versos de Domingo Díaz en: Fernández Latour, 1960, op. cit., pp. 201-203

colectivo, podemos traer algunas *apostillas* o cortos textos también llamados *pensamientos*, que era común redactar en la época y enviar a revistas de moda. Algunas han quedado, e incluso era habitual hacérselas escribir a los alumnos de los colegios basándose en *temas edificantes*, lo que supuestamente “elevaba la moral y templaba el espíritu de los más jóvenes”. Valga uno de ellos como ejemplo de casi todos, escrito por Félix Reginaldo Manubens¹⁸¹, alumno de tercer año de la Escuela Normal: “A la serena sombra de dulce paz, yacía el pueblo mendocino aquella noche. Con la sencillez propia de su idiosincracia; entregados los unos a sus habituales paseos, expandiendo anchamente sus espíritus otros y los más encaminándose hacia el templo, con el rosario en la mano, la fe en el corazón y la oración en los labios (...) así, la desposada del Misterio sorprendió el humilde caserío de la vieja ciudad”. Luego se produjo el “ciego cataclismo” con lo que “todo cayó cual leve paja” hasta que “la hermosa dueña de las sazonadas uvas” dejó de existir. No considero necesario continuar con el resto. En general siempre se cumple dentro del círculo mágico de moda: una doncella virgen que duerme despreocupada, la acción violenta de una naturaleza manejada por un Dios iracundo y vengador, la crisis y desesperación, y el final feliz con la reencarnación en la ciudad nueva. Pocos textos lograron evadir algunos de estos pasos. por ejemplo podemos citar el de J. V. Santos¹⁸², pero nunca lograron salirse totalmente del rígido esquema.

¹⁸⁰ Álvarez, Ignacio, (anónimo 1918: 11-13)

¹⁸¹ Manubens, Félix R., 1918, 20 de marzo de 1861, *La Semana* no. 12, pag. 14, Mendoza

¹⁸² Santos, Joaquín V., 1911, *20 de marzo (pensamiento)*, edición del autor, Mendoza

El desastre del terremoto: natural o cultural

Los terremotos son, como todos sabemos, fenómenos naturales; pero sus efectos son culturales o al menos eso es lo que trataré de mostrar. En principio no cabe duda que un temblor en el desierto no causa víctimas ni grandes pérdidas; valga como ejemplo el terremoto que se produjo en Tangshu, China, en 1976, una zona densamente poblada, que produjo 242 mil muertos (cifras no oficiales: 665 mil muertes) con una escala 7.6 grados en la escala de Richter. En cambio uno muchísimo más violento, de 9.2 grados en la misma escala, que se produjo en 1964 en Anchorage, Alaska, solo hubo 100 muertos. El terremoto de Managua de 1972 (6.2 grados) ocasionó 5000 víctimas y pérdidas materiales por \$ 800 millones de dólares; en cambio el que se produjo un año antes en San Francisco (6.6 grados) sólo causó 65 muertes y pérdidas por \$ 535 millones de dólares. No hay duda entonces que no sólo el sitio es significativo sino las condiciones materiales de vida: los terremotos y los desastres naturales producen mayor impacto en los sitios más pobres que en los más desarrollados¹⁸³. Sobre la recurrencia e impacto socioeconómico en el país ya hay buena bibliografía que ha iniciado el estudio de este tema¹⁸⁴.

A veces los terremotos tienen efectos políticos -Mendoza es un caso por demás claro- y en cierta modo podría emparantarse en este sentido con el de Barquisimeto del 26 de marzo de 1812: ese temblor, al destruir la guarnición militar de la ciudad permitió que fuera fácilmente capturada por Monteverde, con lo que sucumbió la Primera República en Venezuela. Bolívar mismo dejó escrito que era la primera vez que la democracia era producida por un terremoto. Cuando el ejército revolucionario entró en la ciudad mexicana de Oaxaca en 1821, un observador ilustrado escribió que cuando iban a tomar la Plaza de Armas: "el sacudimiento [de la tierra] tiró la fachada del convento y el escudo de armas de España, y avisó al Estado y al mundo entero que la dominación española había terminado"¹⁸⁵. Y más

¹⁸³ Frederick, Cuny, 1983, *Disasters and Development*, Oxford University Press, Oxford; Kewitt, op. cit., 1983; Wijkman y Timberlake, op. cit., 1985

¹⁸⁴ Prieto, 1995, op. cit.

¹⁸⁵ García Acosta y Suárez Reynoso, 1996, op. cit., pag. 214

aún: en 1662 el terremoto en Campeche fue interpretado como una reacción producida por la entrada de no-católicos en la ciudad, piratas en realidad, quienes "en cuatro días que allí estuvieron, robó los templos y profanó las imágenes", por lo que el temblor "fue demostración de sentimientos que hizo el cielo por los ultrajes"¹⁸⁶.

La dimensión cuantitativa de un desastre también puede ser analizada desde diferentes puntos de vista ya que los efectos varían según las realidades sociales en que actúan y hay para ello ejemplos significativos: 43 terremotos en Japón entre 1960 y 1981 produjeron 2.700 muertos; en el mismo lapso en Perú en 31 desastres naturales los muertos fueron más de 90.000; y no podemos dejar de tener presente que en el año 1970 hubo en el mundo 142 mil muertes causadas por desastres naturales, pero que también 15 millones de niños perecieron por algo tan elemental como el hambre. Estadísticamente los desastres naturales producen un promedio mundial de 500 muertos en los países ricos y más de 3000 en los países pobres¹⁸⁷. Hoy queda claro que las sociedades no son sólo receptores pasivos ya que habitualmente son ellos mismos quienes producen modificaciones climáticas al desertizar áreas boscosas, modificar tenores de humedad o destinar grandes tierras a cultivos destruyendo la ecología regional; parafraseando a Hilda Herzer "no existen conceptos absolutos que describan una realidad física y que sean independientes de la acción del hombre"; todos los llamados desastres naturales son acontecimientos resultado de un proceso social, económico y político desencadenado por un motivo físico. Con estos datos podemos preguntarnos: ¿quién mata a la gente cuando se produce un evento natural? Habitualmente es la arquitectura en primer lugar, la ciudad misma en segundo lugar y por último el desconocimiento acerca de cómo actuar, es decir, la falta de cultura. Esto los mendocinos de 1861 lo entendieron y ya David Forbes en su descripción del evento lo dijo con todas las letras, al igual que Wenceslao Díaz; pero pocos les prestaron atención: se pensó que dejando el adobe y pasando al ladrillo todo estaría resuelto. Pero hasta que mucho más tarde se introdujo el hormigón armado no hubo estudios sistemáticos: ¿qué se había hecho de los conocimientos tradicionales de los amarres con madera en el adobe? No se ha investigado mucho en el tema¹⁸⁸ debido a que la visión netamente técnica de la ingeniería arrasó por mucho tiempo con el estudio serio de los materiales tradicionales. Hemos visto que desde el siglo XVIII se tomaban medidas en las ciudades para evitar desastres: desde el virrey que tenía su casa de madera en el jardín hasta el constructor que en 1791 proponía construir las iglesias en madera con columnas exentas sobre pavimentos y cimientos de piedra "por lo que se mueven semejantes templos como una mesa,

¹⁸⁶ Idem, pag. 94

¹⁸⁷ Anders Wijkman y Lloyd Timberlake, *¿Desastres naturales: fuerza mayor u obra del hombre?*, Earthscan-IIED, Washington, 1985

quedando siempre sobre su propia firmeza"¹⁸⁹. En 1801 un arquitecto de Oaxaca, México, hizo por primera vez un estudio geomorfológico del suelo donde se produjo un derrumbe de un convento, explicando porqué las avenidas de un río lo echaron al suelo ya que era un relleno aluvional; como conclusión propone cambiarlo de sitio construyendo con madera y en terreno firme.

Valga el tema para Mendoza nuevamente donde si bien se decidió ensanchar las calles, obvio después de la destrucción, nunca se pensó en romper la línea municipal, produciendo entrantes y salientes de los frentes, los que amarrados entre sí evitarían los derrumbes. Existen muchas alternativas sencillas, casi sin costo, que se hubieran podido implementar para evitar o reducir la tragedia y que no se tomaron en cuenta ni antes ni después. Mendoza en 1861 pudo haber sido una experiencia importante en el conocimiento de las formas de actuar para evitar desastres de esta naturaleza: muchos se asomaron al tema pero es evidente que el campo no estaba aún establecido, por lo que sus observaciones se perdieron o no fueron del todo sistemáticas. Por ejemplo Díaz escribió: "ha influido en la ruina de los edificios el género de las construcciones o la poca solidez o ninguna trabazón de los materiales que las formaban" y se asombra de que las iglesias tuvieran bóvedas en lugar de estructuras flexibles de madera, pese a que ya en 1782 éstas se habían quebrado. Otro ejemplo lo tenemos en que el teatro haya sido uno de los pocos edificios que se mantuvo, porque tal como lo describió Rickard tenía "una considerable cantidad de madera en su construcción (con lo que) había soportado relativamente mejor"¹⁹⁰. La experiencia no había sido elaborada.

Otros detalles negativos que observó Díaz fueron la superposición de entortados en los techos, los antepechos en las terrazas, la falta de amarres en las esquinas y las vigas no ancladas en los muros¹⁹¹. Recordemos que el primer informe técnico de David Forbes está fechado el 12 de abril del mismo año del temblor y que parecen haber existido varios otros, como el de Ignacio Domeyko y de sus alumnos, incluyendo el de Huidobro. También existe el de Melitón González del Solar, los muchos escritos de José Galignana y de Eusebio Blanco que por su parte observó que las pocas pero inteligentes medidas tomadas en 1782 ya habían sido dejadas de lado en las obras nuevas.

Es imposible citar todas las referencias que se han encontrado mostrando que en un ambiente en el que la ciencia y el conocimiento hubieran tenido un poco más de fuerza, quizás los daños se hubieran minimizado. Las posteriores decisiones tomadas para ensanchar

¹⁸⁸ Véase un inicio en Ponte, 1987, op. cit.; Cirvini, 1989, op. cit.

¹⁸⁹ García Acosta y Suárez Reynoso, 1996, op. cit., pag. 161

¹⁹⁰ Rickard, 1999, op. cit., pag. 86

¹⁹¹ Díaz, 1907, op. cit., pp. 747-748

las calles y sembrar árboles en las veredas, apuntaban a evitar nuevamente los accidentes fatales causados por caídas de fachadas, pero todas estas medidas se comenzaron a implementar en la zona antigua recién en 1884. En términos más duros lo ha escrito Cinna Lommitz: “no es el sismo lo que mata a las personas, sino la construcción deficiente (...), el desastre no es el huracán [o el terremoto] sino la forma de vida que aflige a la gran mayoría de nuestros compatriotas”¹⁹².

Para muchos investigadores actuales, los llamados "desastres naturales" en realidad encubren situaciones de cambio fuertes u otros eventos; lo que sucede es que por su aparición súbita, impensada, agudizan los conflictos y problemas sociales llegando incluso a enfrentamientos entre grupos o con el Estado mismo. Y no casualmente eso es lo que pasó en Mendoza. Desde el terremoto de 1687 en Piura, Perú, que en realidad hizo eclosión del problema de los grandes cambios en la agricultura, o con las grandes inundaciones de México que eran causadas por la destrucción ecológica del sistema lacustre a partir del mismo siglo XVI, sirvieron de coyuntura de la que se aprovecharon algunos y sufrieron otros; el evento sirvió para ocultar -con una desgracia externa- una desgracia peor aún pero de causas internas¹⁹³. En Mendoza, ya se ha dicho muchas veces, si no hubiese habido terremoto hubiese habido una tremenda revolución: lo que fue Cepeda y Pavón en el litoral, fue el terremoto en Cuyo.

¿Afectó el terremoto y sus más de 4000 muertos y desaparecidos las estadísticas demográficas de Mendoza? Ya han demostrado Rogelio Tristany y Ricardo Ponte¹⁹⁴ que no fue así. Y es interesante ver que prácticamente en ningún lugar ha sucedido tal cosa; los pocos estudios publicados en el continente sobre el tema muestran que los efectos fueron, según como lo veamos, reducidos, en especial cuando lo afectado es una ciudad¹⁹⁵. Al parecer para un grupo humano es mayor el impacto de la pérdida de sus campos de cultivo o de su sistema de irrigación que una mortandad masiva en una ciudad. O al menos sus efectos son a más largo plazo. En el caso de Mendoza la reducción de la población para 1864 fue de más del 50% de los habitantes urbanos. Como cifra es muy abultada, pero es evidente que gran parte de los pobladores que sobrevivieron migraron a las cercanías -es decir, al campo- donde tenían posibilidades de trabajar y alojarse, ya que la curva poblacional volvió a sus niveles normales muy rápido¹⁹⁶.

¹⁹² Lommitz, Cinna, 1997, “De la ciencia y otros desastres”, *Nexos* (diciembre), México, pag. 29

¹⁹³ Aldana, 1996, op. cit.

¹⁹⁴ Ponte, 1987, op. cit.

¹⁹⁵ Lawrence H. Feldman, *Disasters, Natural and Otherwise and their Effects upon Population Centers in the Reino de Guatemala*, *Estudios del Reino de Guatemala* pp. 49-55, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Sevilla, 1985

¹⁹⁶ Ponte, 1987, op. cit., pag. 160

La plaza antigua: ¿abandono u olvido intencional?

Después de haber interpretado el terremoto de la forma en que lo hicimos es posible pensar que existan algunas otras acciones no bien comprendidas (otros *terremotos*) que hayan sido también acciones culturales no explicitadas. La plaza vieja por ejemplo: la antigua Plaza de Armas tenía antes del terremoto de 1861 una forma bien delineada, árboles en hileras y una hermosa aunque modesta fuente en el centro a la que le llegaba el agua por un acueducto cerrado de doce kilómetros de largo. Construir la había sido una esperada necesidad de la población y extrañamente el terremoto no la afectó demasiado siguiendo en uso hasta cerca de 1870; pero la plaza ya había comenzado con su deterioro, al igual que todo el barrio: la sentencia de 1861 fue terminante y al revisar lo sucedido nos resulta incomprensible entenderla salvo que conozcamos la historia completa. La obra de la fuente, hecha hacia 1810 fue un trabajo enorme, de gran costo para el cabildo y para la comunidad, que implicó arreglar el ojo de agua del Challao, entubarlo, hacer dos puentes para el acueducto, varias cajas o depósitos en el trayecto y la fuente en sí misma.

Después del temblor de 1861 se instalaron cabañas y tiendas para los refugiados en la plaza y ya nadie se ocupó de cuidar los árboles o la fuente; pocos días más tarde comenzaron los aluviones producidos por las acequias tapadas y las calles cortadas por el escombros y con el inicio de la nueva ciudad todo fue quedando abandonado. Al aumentar la superficie construida en la parte nueva fue cada día mayor la cantidad de agua que descendía con las lluvias hacia el canal Zanjón y la tierra terminó cubriendo lentamente la fuente. Para fin de siglo todo era tierra y pocos se acordaban de la belleza anterior. Junto a la plaza funcionaba el nuevo matadero construido con las ruinas del Cabildo, con vaqueros agresivos, fornidos y violentos, último sobreviviente de la Barbarie del federalismo, y en la zona sólo vivían los que eran denominados los "locos del terremoto" o peor aún, algún autor llamó "sobrevivientes de las tribus". Y como nada se hacía, todo se iba olvidando.

Hacia 1925 las cosas cambiaron un poco: una serie de actividades produjeron primero la salida del matadero de la zona por cuestiones ya impostergables de salubridad, aunque ese terreno también quedó vacío y abandonado por los siguientes veinte años. Mientras tanto a la plaza se le comenzaron a hacer una serie de nivelaciones para evitar las inundaciones recurrentes por el agua que descendía de la ciudad nueva: se comenzó a usar la basura de la ciudad para levantar, capa sobre capa, más de un metro toda la superficie de lo que es hoy la plaza, sus calles, la manzana del cabildo-matadero, la avenida costanera que limitaba al canal zanjón y zonas aledañas; el arreglo no fue demasiado feliz por cierto y el vivir sobre basuras de la ciudad nueva no era poco significativo: era toda una marca para quienes ocupaban la zona. Entre 1924 y 1929 el terreno de la plaza pública le fue entregado a un club de fútbol para su uso privado.

El 12 de octubre de 1931 se produjo un nuevo cambio, esta vez significativo: la re-inauguración de la plaza como tal bajo el nombre de Pedro del Castillo, en un arranque local de nacionalismo y falangismo pro-español. La historia es la siguiente: según se autoacreditó un interventor militar del gobierno dictatorial, él inició una campaña que logró "que en 18 días estuvieran diseñados los jardines y colocadas las plantaciones" de la nueva plaza con sus pisos de baldosas y bancos¹⁹⁷. Y después organizó "una gran ceremonia a la que concurrieron las autoridades, el ejército y el pueblo", en ese orden de importancia. Se colocó una fuente - encontrada al excavar la fuente antigua-, una piedra fundacional para un futuro monumento, un extraño torreón hueco y los funcionarios se sacaron fotos para los diarios. En realidad por detrás había algo muy diferente: la nueva hispanidad de corte derechista se unía con el gobierno dictatorial surgido en 1930 con el golpe de estado de Uriburu y todo esto tomaba forma mendocina: en el acto se inauguró el Partido Nazi en Mendoza a través de su Legión Cívica Argentina. Allí fueron con sus camisas pardas y en formación paramilitar a exaltar a Franco, al fascismo italiano y por supuesto, a su ídolo Adolf Hitler. El Partido Nacional-Socialista se había inaugurado en Buenos Aires el 25 de mayo anterior en un acto similar.

A partir de allí nunca más se hizo nada, al menos nada serio: esto explica el porqué la población local no se sintió identificada con ese espacio, abandonado y resemantizado, que no era de nadie ni servía para nada, salvo para que se inundara una y otra vez. La Cuarta Sección había quedado abandonada, sitio de desague de la ciudad nueva, tierra colonial, federal, salvaje, de gauchos y matadero, que era mejor olvidar.

¹⁹⁷ Malmierca, 1938, op. cit., pag. 5

La fuente del Area Fundacional: algunos documentos históricos

Uno de los sitios en que se ha puesto mayores esfuerzos en el Area Fundacional para preservar y mostrar al público es la antigua fuente, cubierta hasta hace pocos años por un siglo de tierra y olvido. La historia de esa fuente o *pila*, como era habitual llamarla en la vieja tradición castiza y según los documentos existentes en el Archivo Histórico, es la siguiente.

En la ciudad el tema de la provisión de agua era un viejo problema complejo de resolver por sus costos; si bien la ciudad existía gracias a sus acequias esa agua no era realmente buena para beber y la población tuvo serios problemas de salud al respecto, desde el bocio endémico hasta el cólera. Hay serios estudios del agua en Mendoza¹⁹⁸, pero la bibliografía nunca ha sido específica en decirnos de dónde surgió la idea y cómo se concretó la obra de la fuente, crucial en la vida de una ciudad que quería crecer; es más, la publicaciones existentes insisten en que fue una obra del año 1810, cuando la historia es mucho más compleja.

No sabemos cómo pero el 13 de agosto de 1804 recibió Don Cristóbal Barcala a nombre del “Muy Ilustre Cabildo, Justicia y Regimiento” un extenso “pedimento” de Don Juan Pescara con una idea casi magistral: ofrecía construir una fuente de agua potable a cambio de que le dieran el monopolio de la venta de carne a la ciudad. El documento dice así, en una larga autojustificación:

“Don Juan Pescara de este vecindario ante ustedes en la forma que haya lugar en derecho parezco y digo que meditando un arbitrio con que sin gravamen del pueblo y sus vecinos pueda ocurrir al reparo de sus obras públicas o a los establecimientos que por defecto de Propios y Arbitrios me hallo cabalmente impuesto no pueden llegar a efectuar los derechos con que usted medita el remedio a las necesidades públicas y utilidad de este vecindario, me ha ocurrido el presentar a Usted el Arbitrio siguiente: no es fácil encontrar el modo con que

permisionándose los vecinos como es justo para una obra que interese a todos pueda guardarse proporción con la utilidad que resulta a cada uno y con sus posibilidades y facultades. Esta consideración y también el no ser generalmente bien recibido el vecindario el ramo conocido hasta aquí con el nombre de Ramo de la Carne, ha hecho que Usted no se haya valido de este Arbitrio, ya para los pagos en que estaba empeñada la ciudad y ya para la construcción de una pila a que conduzcan algunas de las aguas de manantiales, que tenemos inmediatas y de excelente calidad, se le proporcione al pueblo el uso de ellas y se eviten estragos que padece su salud pública y que generalmente se conceptúa provenía de las aguas que se usa actualmente”.

En base a esto, es decir el que nunca se había usado el arbitrio de otorgar el Ramo de Carnes para recabar dinero para ser usado en obras, tal como era hacer una fuente o pila, es que Pescara propuso que: “para la satisfacción de las deudas públicas que ocasionalmente tiene en contra la ciudad seguidamente, para la construcción y pila y mejora de aguas en beneficio de la salud pública” se le conceda ese ramo, por el cual el pagaría al Cabildo una suma mensual que se podría destinar a hacer la fuente y su conducto¹⁹⁹.

Por cierto que la oferta no era mala ya que incluía los precios máximos a que debía vender la carne, aunque sin duda era un excelente y merecido negocio para quien había tenido la idea. Por ello parece que la idea fue bien recibida y discutida en el Cabildo, entre esa fecha y el siguiente mes de noviembre. Poco más tarde se aprobó la propuesta y se hicieron los carteles anunciando la decisión para recibir críticas o rechazos de los vecinos, lo que era el mecanismo legal habitual. Como reacción se presentaron ante el Cabildo un grupo de vecinos que se opusieron de manera terminante:

“Pedimento: Don Fernando Guiraldes y demás abajo firmantes, todos vecinos hacendados, parecemos ante Usía con el mayor respeto y decimos: que estamos anoticiados por los públicos carteles del arbitrio que oficiosamente se ha propuesto por Don José Pescara en obsequio al público para subvenir a las obras necesarias a que Ustedes, como representantes del vecindario, se interesan, como así mismo en

¹⁹⁸ Ponte, Ricardo y Silvia Cirvini, *Mendoza: donde las acequias encauzan la historia*, Departamento de Irrigación, Mendoza, 1998

¹⁹⁹ Juzgado de Aguas (ordinario), Documento 30, Carpeta 37, año 1806 (mal fechado en carátula), titulado: *Sobre la construcción de una pila que abastezca de agua a la ciudad*, pags. 1 a 3 reverso

haber varias acreencias en que está comprometido el público por propia utilidad y demás fines que contiene el premeditado proyecto del expresado Don José²⁰⁰.

A partir de este pedido se inició un largo litigio entre autoridades y estancieros que no querían que existiera un monopolio del abasto de la carne ya que obviamente los perjudicaba a todos para favorecer a sólo uno, Pescara, aunque ganaba el vecindario por la obra de la fuente. Lo interesante de todo esto está en que la discusión se centró en los beneficios o daños que implicaba el monopolio, pero nunca se hicieron otras propuestas para resolver la falta del dinero para hacer la obra; es decir se que se estaba pidiendo que no se le de el negocio a uno, lo que parece justo, pero no se ofrece otra alternativa para recaudar dinero. El tema se cerró con una fuerte negativa de los cabildantes a la propuesta inicial y todo quedó como al principio: no a la construcción de la fuente. Pero al parecer el tema siguió ya que la necesidad de la obra era obvia, por lo que otro documento del 28 de junio de 1806 firmado por Ignacio Antonio Terranova, ofrece algo similar, en este caso asumir el abasto de carne a cambio de hacer obras en la recova del Cabildo y mantener a los presos encerrados en la cárcel²⁰¹; otro expediente del 4 de julio de 1806 vuelve sobre el mismo tema²⁰². También sabemos que en 1810 aun seguían las propuestas y frustraciones de esta obra según las actas del Cabildo.

Las obras verdaderas se llevaron a cabo durante los veranos de los años 1812, 1813 y 1814 bajo la dirección de Don Nicolás Santander. Los documentos que se han conservado muestran sólo rendiciones de cuentas semanales de los gastos del trabajo²⁰³ y alguna liquidación anual. Los papeles señalan a ese “Comisionado de la acequia de la pila” trabajando con un grupo de peones que ronda los diez, dos maestros, un capataz y “la bestia del trajín” que, semana a semana avanzan con el acueducto y los dos puentes. Así el primer documento indica haber llevado “tierra al puente”, el segundo que han “asentado y tapado de piedra y cal 340 varas (de acueducto) y acarreo de materiales”, otro indica “200 varas de la acequia con cal y canto”, más tarde que “cavé 20 varas entrando al hoyo en donde se ha de formar el depósito del agua” donde a la semana siguiente “se ha acopiado piedra para el pósito el que se va construyendo”, y más tarde “se ha concluido el depósito de agua (...) y se ha compuesto la obra hasta el Challao que estaba muy maltratada”. Esto último se debe a que se trabajó durante los veranos y en el año 1814, al retomarse las obras, se debieron encontrar muchos problemas y deterioros. Al parecer en esta tercera etapa se hicieron algunas otras

²⁰⁰ Idem, pags. 4 a 10 reverso

²⁰¹ Documento incluido en el anterior de dos hojas y sus vueltas

²⁰² Idem, una hoja

obras junto con ésta ya que en los documentos se encuentran gastos como el hacer una puerta con clavos y aldaba, “un tarugo para cañón” (obviamente de madera) y “un palo de algarrobo para cimbra”, todos gastos que no tienen relación, según entendemos, con la fuente propiamente dicha y su acueducto.

En los documentos se puede ver los gastos diarios, los pagos extras por cada objeto y producto adquirido, desde un candado hasta un cántaro o “un almud de sal”, “el pasto para la bestia del trajín” y otros gastos para dar de comer al personal. Al final del expediente se encuentran tres hojas que incluyen gastos que debieron efectuarse en 1819 para hacer diversos en el conducto del agua a la ciudad, por un total de \$ 298, aportados por el Cabildo y por donaciones de particulares. En la obra se usó mano de obra de albañiles y de los presos de la cárcel. Es probable que estos arreglos se hayan repetido en muchas oportunidades por causa de aluviones y temblores de tierra.

²⁰³ Archivo Histórico de la Provincia, Documento 7, Carpeta 147, año 1814, “Orden de pago del Cabildo a favor de Don Miguel Santander”

Conclusiones

En esta exploración del imaginario del terremoto mendocino hemos visto cómo un pueblo, ante un desastre por causas naturales, pero que tomó claras connotaciones culturales, construyó su propia explicación de los hechos. Fue una de las muchas posibles, aunque no había demasiadas otras opciones en el momento histórico: la coincidencia entre lo que pasó en diferentes lugares del continente nos indica que la homogeneidad de base -histórica, social, económica, religiosa- que amalgamaba a la antigua América Hispánica aún estaba sólidamente establecida. Si estos eventos hubiesen ocurrido diez años más tarde seguramente varias cosas hubieran sido diferentes. Pero no fue así; la catástrofe golpeó precisamente en ese difícil año de 1861.

Al imaginario lo construyen los vivos, no los muertos; fue la primera generación después del desastre la que antes de 1880 ya tenía establecido qué era lo que había que recordar, y la generación siguiente fue la que determinó qué era lo que no debía recordarse. Así que la imagen de la bella flor dormida en la montaña que por designio divino se transforma en el cóndor del progreso, fue la metáfora favorita que transmitieron los que sobrevivieron, los que necesitaron explicar lo sucedido y en especial explicarse el porqué ellos podían seguir allí y no tantos otros. ¿Fue la catarsis de un trauma de escala social?, posiblemente. ¿Fue la única forma de elaborar el duelo?, ¿o fue una forma de disfrazar la violencia social y política con que fue desplazado el grupo dirigente para ser reemplazado por la nueva burguesía liberal? Tal vez se trate un poco de la suma de todas estas cosas.

Hay historia y hay imaginarios porque triunfó la vida, no la muerte; porque en Mendoza dos generaciones más tarde la ciudad nueva era una realidad y el gobierno Unitario y Liberal estaba consolidado, como así también el nuevo modelo económico basado en la inmigración europea de mano de obra y la plantación sistemática de viñedos. Se acabó el ganado y se impuso la vid. Habían triunfado los *buenos* y habían perecido los *malos*, la modernidad limpiaba el pasado colonial y conservador. Si bien esta conclusión resulta harto simple no podemos dejar de recordar una frase significativa: “la batalla con la muerte deja

tras de sí la estela de ganadores satisfechos, pero también un montón de cadáveres perdedores. La euforia de la victoria no debe hacernos olvidar la suerte de los derrotados²⁰⁴.

La historia de la Cuarta Sección de la ciudad expresa todo lo que hemos visto hasta ahora: después del terremoto la gente volvió a ocuparla y hemos demostrado que la ocupación fue intensa hasta que la decisión de construir la ciudad nueva fue tomada. Fue la decisión política la que destinó a la muerte a la vieja Mendoza, no el temblor en sí mismo; hubo que prohibir la reconstrucción para lograr que aumente el crecimiento en la nueva área urbana. Y pese a eso no quedó despoblada. Los cambios eran profundos y por suerte otros ya han estudiado bien este fenómeno²⁰⁵, y los edificios de la iglesia y del estado, los grandes símbolos del poder tradicional, quedaron abandonados. No fue casual que el solar del Cabildo pasara a ser el Matadero. El terreno de San Francisco, igual que los de las demás iglesias, se fueron subdividiendo y ocupando por quien quisiera molestarse en retirar los escombros. Incluso el paso al estado de San Francisco fue una molestia que hubo que resolver obligados por la presión de la iglesia y los diarios en 1907.

De allí en adelante la historia muestra un proceso complejo pero sistemático de destrucción y agresión de la nueva ciudad contra la vieja: salvo el arreglo de las ruinas hecho para que la calle Beltrán tuviera un marco romántico de acceso, todo lo demás fue grave. Desde 1921 la plaza iba quedando en un nivel más bajo y cuando se la destinó a canchas de fútbol estaba más de un metro por debajo del piso de las calles y del matadero vecino. Le pusieron altas paredes con rejas -ahora en San Francisco- cerrándola en sus visuales y acceso; mientras tanto la ciudad nueva, pavimentada, arrojaba cada vez más agua y barro con los aluviones e incluso durante simples lluvias. Se perdía capacidad de absorción al construirse cada día más y todo iba hacia la parte antigua; nada, absolutamente nada se hizo para evitarlo. Peor aún, la canalización del Canal Zanjón transformó la Cuarta Sección en un área cerrada perfecta para quedar inundada, a tal grado que en la década de 1930 se rellenó la plaza hasta su nivel actual e incluso hubo un intento de mejorarla en 1931 que duró muy poco.

El terreno de San Francisco, en realidad lo que quedaba, se usó para un dispensario médico desde 1920 y en 1941 se construyó el gran gimnasio, pese a que la Nación había restaurado y puesto en valor las ruinas aledañas. Al municipio de entonces no le preocupaba lo que el resto del país pensara sobre la importancia del lugar. Y desde allí, sólo hubo agresiones: se destruyó gran parte de los pilares después de haberse demolido la fachada completa y el muro lateral, y se siguieron destruyendo parte tras parte hasta la década de 1980. Los basamentos de hormigón completados en 1982 terminaron de sentenciar a muerte

²⁰⁴ García Cárcel, 1996, op. cit., pag. 52

²⁰⁵ Ponte, 1987, op. cit.

lo que quedaba; el remate de todo esto se ejemplifica con la imposibilidad de lograr que la entrada de camiones de la ciudad ya no pase por las ruinas.

La puesta en valor del Area Fundacional, en especial su plaza, el solar del antiguo Cabildo y las Ruinas de San Francisco, su rescate y transformación para que sean usadas y disfrutadas por toda la comunidad, tiene así un doble mensaje: no sólo se trata aquí de recuperar el patrimonio cultural sino también de romper con la marginación, el abandono y el desprecio por la ciudad vieja; es dignificar a sus pobladores y a la continuidad de la vida sobre la muerte.

Bibliografía

Academia Nacional de Bellas Artes

1943 *Documentos de Arte Argentino: región de Cuyo*, vol. XVI, Buenos Aires

Actas Capitulares

1945 *Actas Capitulares de Mendoza*, vol. I, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires

1961 *Actas Capitulares de Mendoza*, vol. II, Junta de Estudios Históricos, Mendoza

Adorno, Juan Nepomuceno

1865 *Memoria acerca de los terremotos en México escrita en octubre de 1864*, Imprenta de M. Villanueva, México

Aguirre Molina, Raúl

1966 *Mendoza del 900, la ciudad desaparecida*, B. Chiesino editor, Buenos Aires

Album Argentino

1910 *Album Argentino de la provincia de Mendoza* (sin datos del autor), Buenos Aires

Aldana Rivera, Susana

1996 ¿Ocurrencia del tiempo?, fenómenos naturales y sociedad en el Perú colonial, *Historia y desastres naturales en América Latina* (vol. I), pp. 167-193, CIESAS; México

Alvarez, Agustín

1910 *Breve Historia de la provincia de Mendoza*, Talleres de Publicaciones de la Oficina Meteorológica Nacional, Buenos Aires.

Alzate y Ramírez, José

1980 *Obras, vol. I; periódicos (1768-1788)*, UNAM, México

Alzate y Ramírez, José Antonio de

1985 Observaciones físicas sobre el terremoto acaecido el 4 de abril del presente año (1768), *Historia de la ciencia en México*, vol. IV, pp.327-331, Fondo de Cultura Económica, México

Ameghino, Florentino

1916 El temblor el 4 de junio de 1888: antecedentes geológicos, *Obras Completas*, tomo V, pp. 497-504, La Plata

Amunátegui Solar, Domingo

1909 *Las encomiendas de indígenas en Chile*, 2 vols, Imprenta Cervantes, Santiago

Anónimo

1913 Ligera reseña de los principales volcanes de América y de sus erupciones más notables, *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística* vol. V, pp, 145-150, México

1914 Recuerdos del terremoto: un ex gobernador de Mendoza, *Fray Mocho* no. 35, s/pag., Buenos Aires

Aries, Philippe

1982 *La muerte en Occidente*, Argos-Vergara, Barcelona

Arnold, Samuel G.

1951 *Viaje por la América del Sur 1847-1848*, Emecé, Buenos Aires

Baker, Philip

1996 *Techniques of Archaeological Excavation*, B. T. Bastford Ltd., Londres

- Bárcena, Roberto
1992 *Rescate arqueológico en el área fundamental de Mendoza: la pila o fuente del siglo XIX*, Municipalidad de Mendoza
- Bárcena, Roberto y Daniel Schávelzon
1991 *El Cabildo de Mendoza: arqueología e historia para su recuperación*, Municipalidad de Mendoza
- Beccar Varela, Adrián
1926 *Torcuato de Alvear, primer intendente municipal: su acción edilicia*, Publicación Oficial, Buenos Aires
- Beltrán Moya, José Luis
1996 La capitalización religiosa del miedo, *Historia 16* no. 247, pp. 64-70, Madrid
- Benchimol, Silvia (coordinadora)
1998 Los grafitos de San Francisco: relevamiento e interpretación, *Las ruinas de San Francisco* vol. I, pp. 255-274, Municipalidad de Mendoza, Mendoza
- Blásquez, Luis M. (director)
1918 *La Semana, Revista Ilustrada de Cuyo: arte, actualidades*, no. 12 (Dedicada al Terremoto de 1861), Mendoza
- Bernal Ballesteros, Jorge
1978 Informe de los daños sufridos en la ciudad de Arequipa en el terremoto de 1784, *Anuario de estudios americanos n° XXIX*, pp.295-314, Sevilla
- Biblia de Jerusalem
1971 *Biblia de Jerusalem*, Editorial Desclée de Brouwer, edición dirigida por José A Ubieta, Bruxelles
- Bohenbender, Guillermo
1895 *El terremoto del 27 de octubre de 1894*, Universidad Nacional de Córdoba, Talleres La Moderna, Córdoba
1895 *El terremoto argentino del 27 de octubre de 1894*, Imprenta Coni, Buenos Aires
- Bouganville, Hyacinthe Ives P.
1837 *Journal de la navigation du globe de la fregate La Thetis et la corvette L'Espérance... pendant les années 1824, 1825 et 1826*, Arthus Bertrand, 2 tomos y atlas, Paris
- Boyer, Richard E.
1975 *La gran inundación: vida y sociedad en la ciudad de México (1629-1638)*, Sepsetentas, México
- Bunge, César O.
1910 *Nuestra patria*, A. Estrada y Cia., Buenos Aires
- Burgoa, Fray Francisco de
1997 *Palestra historial de virtudes y exemplares apostólicos (1670)*, Instituto Oaxaqueño de Cultura, Oaxaca
- Burmeister, Herman
1943 *Viaje por los estados del Plata (1857-1860)*, 3 vols. Unión Germánica Argentina, Buenos Aires
- Bustos Correa, Selmira
1939 *Historia del Monasterio de la Compañía de María en Mendoza 1780-1972*, edición de la autora, Mendoza

- Capdevila, Arturo
1945 *Tierra mía: la tierra y su alma*, Espasa Calpe, Buenos Aires
- Capel, Horacio
1985 *La física sagrada, creencias religiosas y teorías científicas en los orígenes de la geomorfología española*, Ediciones del Serbal, Barcelona
- Caputo, M. G.; Jorge E. Hardoy y Hilda Herzer
1985 *Desastres naturales y sociedad en América Latina*, Grupo Editor Latinoamerica, Buenos Aires
- Cailleux, Andre
1972 *Historia de la geología*, Eudeba, Buenos Aires
- Camino Diez Canseco, Lupe
1996 Una aproximación a la concepción andina de los desastres a través de la crónica de Guamán Poma, siglo XVII, *Historia y desastres naturales en América Latina*, pp. 139-164, La Red-Ciesas, Bogotá
- Campbell, A. M.
1931 *The Black Death and the Men of Learning*, Columbia University Press, New York
- Castells, Pablo
Historia de la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay, 8 vols, Librería de V. Suárez, Madrid
- Chaca, Dionisio
1961 *Breve historia de Mendoza*, Castagnola e Hijo Editor, Buenos Aires
- Chiavazza, Horacio
2005 Los templos coloniales como estructuras funerarias: arqueología en la iglesia jesuita de Mendoza, BAR International Series no 1388, Oxford
- Cires, Francisco
Mendoza después del terremoto, *Revista de la Junta de Estudios Históricos*, vol. X, pp.422-429, Mendoza
- Cirvini, Silvia
1986 Mendoza, la arquitectura de la reconstrucción posterremoto, *Revista de América* no. 108, pp. 171-188, México
1989 *La estructura profesional y técnica en la construcción en Mendoza (I): los agrimensores*, Instituto Argentino de Investigaciones en Historia de la Arquitectura y el Urbanismo, Resistencia
- Clereaux, A.
1938 El terremoto de Mendoza, *Revista de la Junta de Estudios Históricos* vol. X, pp. 147-163, Mendoza
- Cleere, Henry
1992 Reseña de “*La conservación del patrimonio cultural en América Latina*”, *Studies in Conservation* vol. 37, no. 4, pp. 285-286, International Journal of the Institute of Conservation of Historic and Artistic Works, Londres
- Coria, Luis
1959 La fábrica jesuita mendocina: diversificación productiva e integración vertical, en *Jesuitas: 400 años en Córdoba*, Universidad Nacional, vol. IV, pp. 141-162, Córdoba
- Correas, Edmundo
1945 *Historia económica de Mendoza*, Unión Industrial Argentina, Instituto de Estudios y Conferencias Industriales, Buenos Aires

1969 Mendoza a través de los viajeros, *Contribuciones para la historia de Mendoza*, pp. 175-196, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza

Coutts, Peter

1977 Old Buildings Tell Tales, *World Archaeology* vol. 9, no. 2, pp. 200-219

Crawford, Robert

1974 *A través de la pampa y los Andes* (1884), Eudeba, Buenos Aires

Cremaschi, Marta

1997 La mujer en Mendoza en la primera mitad del siglo XIX a través de fuentes parroquiales, *Mujer: historia y cultura*, pp. 117-126, Municipalidad de Mendoza, Mendoza

Cueto, Adolfo

1991 *La ciudad de Mendoza; su historia a través de cinco temas*, Fundación Banco Boston, Buenos Aires

Darwin, Charles

1897 *Journal of Resarches into the Natural History and Geology of the Countries Visited During the Voyage of HMS Beagle Round the World*, D. Appleton & Co, New York

De Arana, Tomás

1941 Relación de los estragos y ruinas que ha padecido la ciudad de Santiago de Guatemala por los terremotos y fuego de sus volcanes en este año de 1717, *Anales de la Sociedad de Geografía e Historia* vols. XVII, nos. 1 y 2, pp. 148-160 y 232-243, Guatemala

Debenedetti, Salvador

1930 *Las ruinas del Pucará de Tilcara*, Instituto de Antropología de la Universidad de Buenos Aires

De la Touanne, Edmont Bigot

1928 *Album Pittoresque de la Fregate La Thetis et de la Corvette L'Espérance (voyages 1824, 1835 et 1826) ... le Baron Bougainville*, Bula Editeur, Paris

De Paula, Alberto

1980 "La preservación del patrimonio arquitectónico argentino (1850-1950)", *Documentos de arquitectura nacional y americana* vol. 19, pp. 69-80, Resistencia

Del Techo, Nicolás

1897 *Historia de la provincia del Paraguay y de la Compañía de Jesús*, 5 tomos, Uribe y Cia, Madrid

Díaz, Wenceslao

1907 Apuntes sobre el terremoto de Mendoza, 20 de marzo de 1861, **Geología y Minas** no. 10, pp. 607-757, Buenos Aires

1931/2 Dr. Wenceslao Díaz, miembro de la comisión médica de Chile enviada a socorrer las víctimas del terremoto, en (Verdaguer) *Historia eclesiástica de Cuyo*, vol.II, pp. 407-439, Mendoza

Díaz Guzmán, José María

1949 *Indice general de leyes de la provincia de Mendoza (1896-1946) ordenadas por número y por materia*, Edición del Estado, Mendoza

Di Lullo, Orestes

1954 *La estancia jesuítica de San Ignacio*, Imprenta del Boletín Oficial, Santiago del Estero

Draghi Lucero, Juan

1945 Introducción, en *Actas Capitulares de Mendoza* Vol. I, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires

1951 Integración de la ciudad de Mendoza a través de su evolución histórica, *Actas de la XV Semana de Geografía* pp. 15-36, Universidad de Mendoza, Mendoza

- 1966 *El hachador de Altos Limpios*, Eudeba, Buenos Aires
 1992 *Cancionero popular cuyano*, 2 vols, Ediciones Culturales de Mendoza, Mendoza
- Duviols, Pierre
 1991 Descripción de la ciudad de Lima, capital del Reyno de Perú, su temperamento, opulencia, carácter de sus naturales..., *Andes et Mésoamérique, cultures et sociétés*, Vol. I, pp.251-297, Université de Provence, Aix-en-Provence
- Elleberg, Francois
 1989 *Historia de la geología: I, de la antigüedad al siglo XVII*, MEC-Labor, Madrid
- Enrich, Francisco
 1891 *Historia de la Compañía de Jesús en Chile*, 2 vols, Imprenta F. Rosal, Barcelona
- Estes, John Worth y Billy G. Smith (editores)
 1997 *A Melancolyc Scene of Desvastations: the Public Response to the 1793 Philadelphia Yellow Fever Epidemic*, Science History Publications, Philadelphia
- Feldman, Lawrence H.
 1985 Disasters, Natural and Otherwise and their Effects upon Population Centers in the Reino de Guatemala, *Estudios del Reino de Guatemala* pp. 49-55, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Sevilla
- Fernández, Jesús
 1948 Monografía de la ermita del cerro del Carmen escrita en 1894, *Anales de la Academia de Geografía e Historia* vol. XXIII, nos. 1/2, pp. 72-97, Guatemala
- Fernández Latour, Olga
 1960 *Cantares históricos de la tradición argentina*, Instituto Nacional de Investigaciones Folklóricas, Buenos Aires
- Fontana, Esteban
 1961 Repercusiones personales y comunitarias de la expulsión de los jesuitas de Mendoza, *Archivum* n° 5, pp.5-61, Buenos Aires
- Forbes, David
 1938 Informe sobre el terremoto de Mendoza, *Revista de la Junta de Estudios Históricos* Vol. X, pp.11-120, Mendoza
- Fossa Manzini, Enrique
 1938 Vistas aéreas, fallas activas y temblores mendocinos, *Boletín de Informaciones Petroleras* n° 179, pp. 45-78, Buenos Aires
- Foster, Kenneth; Mary F. Jenkins y Anna C. Toogood
 1998 The Philadelphia Yellow Fever Epidemic of 1793, *Scientific American* (agosto) pp. 68-73
- Francis, Peter
 1976 *Volcanoes*, Penguin Books, London
- Fredericky, Cuny
 1983 *Disasters and Development*, Oxford University Press, Oxford
- Frías, Félix
 1932 Una visita a las ruinas de Mendoza, *Escritos y discursos*, vol.III, pp.226.231, Imprenta de Mayo, Buenos Aires
- Furlong, Guillermo
 1933 *Los jesuitas y la cultura rioplatense*, Imprenta Urta y Curbelo, Montevideo

1946 *Arquitectos argentinos bajo la dominación hispánica*, Ediciones Huarpes, Buenos Aires
1945/59 Planos y diseños de carácter eclesiástico que se conservan en el Archivo Nacional de la Nación, *Archivum* tomo 3, cuad.2, pp. 304-337, Buenos Aires
1949 *Los jesuitas en Mendoza*, Ediciones San Pablo, Buenos Aires
1952 *Nacimiento y desarrollo de la filosofía en el río de la Plata 1536-1810*, Editorial Kraft, Buenos Aires

Galvao, Viviane

1995 *Religiosidad e morte: instrumentos do prometo colonial português*; Historical Archaeology in Latin América, Vol. 9, Colombia

Gálvez, Manuel

1973 *La gran familia de los Lares*, Eudeba, Buenos Aires

García Acosta, Virginia y Gerardo Suárez Reynoso

1996 *Los sismos en la historia de México*, volumen I, UNAM-CIESAS-FCE, México

García de Paredes, Luis

1954 *Mudanza, traslado y reconstrucción de Panamá en 1673*; reedición facsimilar del Patronato Panamá Viejo, Panamá

García Cárcel, Ricardo

1996 Reacciones ante la epidemia, *Historia 16* no. 247, pp. 50-52, Madrid

Gómez de la Cortina, José

1840 *Terremotos*, Imprenta de Ignacio Cumplido, México

1857 Observaciones sobre electromagnetismo, *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, vol. VII, pp. 81-101, México

González Díaz, Alicia

1970 El cementerio español en los siglos XVIII y XIX, *Archivo Español de Arte* vol. 171, pp. 289-320, Madrid

González del Solar, Melitón

1930 El terremoto de Mendoza a través del archivo del Dr. Melitón González del Solar, *Revista de la Junta de Estudios Históricos* tomo X, pp. 203-229, Mendoza

Grosso Dutto, José

1987 Historia del templo que construyeron los jesuitas, *Los Andes* (8 de marzo), pág. 4, Mendoza

Groussac, Paul

1970 Viaje de noche, *Revista de la Junta de Estudios Históricos*, Vol. 6, n° 2, pp. 531-538, Mendoza

Guaycochea de Onofri, Rosa

1983 *Historia de ciudades: Mendoza*, CEAL, Buenos Aires

Guevara, P.

1836 *Historia del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*, Imprenta del Estado, Buenos Aires

Guinnard, A.M,

1961 *Tres años de cautividad entre los patagones*, Eudeba, Buenos Aires

Gutiérrez, Ramón

1981 Córdoba y Mendoza a comienzos del siglo XIX, *Anuario* n° 9, pp.7-13, Academia Nacional de Bellas Artes, Buenos Aires

Hardoy, Jorge E. y Carmen Aranovich

1970 Urban scales and functions in Spanish America towards the year 1600: first conclusions, *Latin America Research Review*, vol V, nº 3, pp. 57-91

Harrington, Horacio J.

1944 *El sismo de San Juan del 9 de enero de 1944*, Corporación para la Promoción del Intercambio, Buenos Aires

Harris, Edward

1991 *Principios de estratigrafía arqueológica*, Editorial Crítica, Barcelona

Herre, Miguel

1946 Carta del Hermano, en Juan Jun, *La Argentina vista por viajeros del siglo XVIII*, pp. 41-46, Huarpes, Buenos Aires

Herrera de Flores, Marta

1995 Los jesuitas terratenientes en Mendoza, *Todo es historia* nº 331, pp. 64-67

Hudson, Damián

1898 *Recuerdos históricos sobre la provincia de Cuyo*, Juan A. Alsina, 2 Vols., Buenos Aires

1938 Apuntes cronológicos para servir a la historia de la antigua provincia de Cuyo, *Revista de la Junta de Estudios Históricos*, Vol. 10, pp. 84-100, Mendoza

1980 Terremoto de Mendoza (1861), *Revista de la Junta de Estudios Históricos* Vol.9, nº 2, pp. 547-551, Mendoza

Humboldt, Alexander von

1968 *Sitios de las cordilleras y vistas de los monumentos de los pueblos indígenas de América*, Solar-Hachette, Buenos Aires

Ibarguren, Carlos

1933 *Manuelita Rosas*, Editorial La Facultad, Buenos Aires

Isagoge Histórico

1935 *Isagoge histórica apologética de las Indias occidentales*, Sociedad de Geografía e Historia, Guatemala

Lagiglia, Humberto

1988 Valiosos testimonios del pasado encierra el subsuelo de Mendoza, *Los Andes*, (12 de octubre), Mendoza

Lagos, José

1968 *Protocolos 1768-1793*, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza

Landa, Augusto

1951 *Sarmiento y el general Nazario Benavides*, Museo Histórico Sarmiento, Buenos Aires

Landívar, Rafael

1924 *Rusticación Mexicana* (1782), Sociedad de Edición y Librería Franco Americana, México

Lara Marchant, Horacio

1997 *La ciudad mártir*, Ediciones La Ciudad, Concepción

Larrain, Nicanor

1906 *El país de Cuyo; relación histórica hasta 1872*, Imprenta de J. A. Alsina, Buenos Aires.

Lastres, Juan B.

1938 Terremotos, hospitales y epidemias de la Lima colonial, *Revista del Museo Nacional* vol. IX, no. 2, Lima.

- Lemos, Néstor
1973 *Relato de un relato: la vida de un mendocino ilustre, Dr. Manuel Lemos*, F.A. Colombo Editor, Buenos Aires
- Lemos, Pompeyo
1936 Terremotos en Mendoza (1861), *Revista de la Junta de Estudios Históricos* Vol. X, pp. 131-133, Mendoza
- Leonhardt, Carlos
1926 *Papeles de los antiguos jesuitas de Buenos Aires y Chile*, Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires
1927/9 *Cartas Anuas de la provincia del Paraguay*, de Estudios de Literatura, Mendoza
- Levi-Strauss, Claude
1970 *Tristes trópicos*, Eudeba, Buenos Aires
- López, José F.
1861 El terremoto de Mendoza, *Revista del Paraná* vol. 1, pp. 160-161, Paraná
- Lommitz, Cinna
1997 De la ciencia y otros desastres, *Nexos* (diciembre), pag. 29, México
- Luján, Cristina Z. de
1988 *Aspectos socioeconómicos del traslado de la ciudad de Guatemala (1773-1783)*, Academia de Geografía e Historia, Guatemala
- Maeder, Ernesto J.
1984 *Cartas anuas de la provincia del Paraguay 1637-1639*, FECIC, Buenos Aires
- Malmierca, Arturo
1936 *Lugares históricos de la ciudad de Mendoza*, Subsecretaría de Cultura, Mendoza
- Manubens, Félix R.
1918 20 de marzo de 1861, *La Semana* no. 12, pag. 14, Mendoza
- Martín de Codoni, Elvira
1972 Dos epidemias de cólera en Mendoza (1868 y 1886-87), *Investigaciones y ensayos* vol. 14, pp. 1-28, Buenos Aires
- Maza, Juan Isidoro
1990 *Toponimia, tradiciones y leyendas mendocinas*, Fundación Banco Boston, Buenos Aires
- Menéndez, Eugenio
1939 Carta a Ignacio Corvalán, 1861, *Revista de la Junta de Estudios Históricos* vol X, pp. 194-196, Mendoza.
- Micale, Adriana
1998 Patrimonio económico de la Compañía de Jesús en Mendoza (1608-1767), *Las ruinas de San Francisco*, vol. I, pp. 103-248, Mendoza
- Millé, Andrés
1968 *Derrotero de la Compañía de Jesús en la conquista del Perú, Tucumán y Paraguay y sus iglesias del antiguo Buenos Aires 1567-1768*, Emecé Editores, Buenos Aires
- Montessus de Ballore, F. de
1916 Bibliografía de temblores y terremotos (quinta parte: América, tierras antárticas y océanos), *Revista chilena de historia y geografía* vol. XVIII, pp. 305-424, Santiago

- Montserrat, Marcelo
1993 *Ciencia, historia y sociedad en la Argentina del siglo XIX*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires
- Morey, Francisco
1938 *Los temblores de tierra, Mendoza sísmica*, Imprenta D'Acurzio, Mendoza.
1939 *Album de Mendoza*, edición del autor, Mendoza.
- Moyano Llerena, Juan Luis
1998 La fecha del terremoto de 1861 a partir de la crónica de Antonio Dalmau, SJ, *Las ruinas de San Francisco* vol. I, pp. 249-254, Municipalidad de Mendoza.
- Olascoaga, Manuel J.
1918 El terremoto de 1861, *La semana* no. 12, pp.8-10, Mendoza
1918 El salvataje, párrafos de una carta, *La semana* no. 12, pp. 5-7, Mendoza
- Ovalle, Alonso de
1969 *Histórica relación del reyno de Chile*, Instituto de Literatura Chilena, Santiago
- Palliere, Leon
1945 *Diario de viaje por la América del Sud*, Ediciones Peuser, Buenos Aires
- Parenti, Roberto
1997 Historia, importancia y aplicaciones del método de lectura de paramentos, *Master en restauración del patrimonio*, pp. 259-269, Sevilla
- Passotti, Pierina y Alfredo Castellanos
1945 *Cuatro lecciones sobre terremotos*, Asociación Cultural de Conferencias, publ. no 6, Rosario
- Peñañiel Ramón, Antonio
1996 Actitudes ante la muerte, *Historia 16* no. 247, pp. 70-73, Madrid
- Pérez, Rafael
1936 La Compañía de Jesús en Sudamérica, *Revista de la Junta de Estudios Históricos* vol. X, pp. 181-184, Mendoza
- Ponte, Ricardo Jorge
1987 *Mendoza, aquella ciudad de barro*, Municipalidad de Mendoza, Mendoza
- Ponte, Ricardo Jorge y Silvia Cirvini,
1998 *Mendoza: donde las acequias encauzan la historia*, Departamento de Irrigación, Mendoza
- Powel, Jorge H.
1993 *Bring out your dead: the Great Plague of yellow fever in Philadelphia in 1793*, University of Pennsylvania Press, Philadelphia
- Premat, Estela
1998 La ornamentación de San Francisco: molduras y pintura mural, *Las ruinas de San Francisco*, vol. I, pp. 315-330, Municipalidad de Mendoza, Mendoza
- Prieto, María del Rosario
1995 Las anomalías climáticas en la cuenca del Plata y el NOA y sus consecuencias socioeconómicas, siglos XVI, XVII y XVIII, *Leguas* no. 1, pp. 41-103, Tucumán
- Puch, Magdalena
1931/2 Narración de la Madre Magdalena Puch, superiora del monasterio de la Compañía de María (1898), en Verdaguer *Historia eclesiástica de Cuyo* vol. II, pp. 439-443, Milán

- Rikard, F. Ignacio
1999 *Viaje a través de los Andes (1861)*, Editorial Emecé, Buenos Aires
- Rodríguez, Juan
1948 Relación del espantable terremoto que ahora nuevamente ha acontecido en las Yndias en una ciudad llamada Guatemala... (1541), *Anales de la Sociedad de Geografía e Historia* vol. XXIII, nos. 1/2, pp. 92-97, Guatemala
- Rusconi, Carlos
1955 Las ruinas de San Agustín, Mendoza, *Revista del Museo de Historia Natural* vol. VIII, pp. 103-115, Mendoza
- Santos, Joaquín V.
1911 *20 de marzo (pensamiento)*, edición del autor, Mendoza
- Santos Martínez, Pedro
1961 *Historia económica de Mendoza durante el virreinato 1776-1810*, Universidad de Cuyo-Instituto Gonzalo F. de Oviedo, Madrid
1979 *Historia de Mendoza*, Plus Ultra, Buenos Aires
1991 La devoción mariana en Mendoza, notas para su historia, *Archivum* vol. XV, pp. 57-65, Buenos Aires
- Scalvini, Jorge
1968 Mendoza frente a los sucesos de San Juan 1858-1861, *Contribuciones para la historia de Mendoza*, pp. 11-28, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza
- Scharer, Lidia C.
S/f *La Residencia de Mendoza*, manuscrito, Mendoza
- Schávelzon, Daniel
1988 Arqueología e historia de las ruinas de San Francisco (1608-1861), en *Las ruinas de San Francisco, arqueología e historia* pp. 13-66, Municipalidad de Mendoza
1991 *La conservación del patrimonio cultural en América Latina*, Instituto de Arte Americano, Buenos Aires
1996 Arqueología de un terremoto: excavaciones en la iglesia de San Francisco, Mendoza, *Actas de la Segunda Conferencia Internacional de Arqueología Histórica*, vol. II, pp. 13-46, Historical Archaeology in Latin America vol. 15, Columbia
- Scokin de Portnoy, Mirta
1969 Contribuciones al estudio de la urbanización de Mendoza después del terremoto de 1861, *Cuadernos de historia del arte*, n° 8, pp. 75-82, Mendoza
- Semorile, Adolfo y colaboradores
1988 *Historia de la medicina en Mendoza*, 2 Vols., edición del autor, Mendoza
- Setier, M.
1828 *Voyage au Araucanie, au Chili, au Perou et dans la Colombie*, 3 vols, Libraire Universelle de P. Mongie, París
- Sobrón, Dalmacio
1989 Contribución jesuítica a la arquitectura colonial argentina, *Arquitectura colonial argentina*, pp. 14-17, Editorial Summa, Buenos Aires
- Stephens, John Lloyd
1841 *Incidents of Travel in Central America, Chiapas and Yucatan*, 2 vols, Harper & Brothers, New York
1971 *Incidentes de viaje en Centroamérica, Chiapas y Yucatán*, 2 vols, Editorial Universitaria Centroamericana, San José

- Tabales Rodríguez, Miguel Angel
1997 La arqueología en edificios históricos, propuesta de intervención y análisis global a través de la experiencia sevillana, *Boletín del Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico* no. 20, pp. 65-81
- Taracena Flores, Arturo
1970 *Los terremotos de Guatemala: 1917-1918*, Tipografía Nacional, Guatemala
- Therrién, Mónica
1995 Terremotos, movimientos sociales y patrones de comportamiento cultural: arqueología de la cubierta de la catedral primada de Bogotá, *Revista Colombiana de Antropología* vol. XXXII, pp. 149-183, Bogotá
- Torquemada, Juan de
1977 *Monarquía indiana*, vol. IV, UNAM, México.
- Trabulse, Elías
1985 (ver Alzate y Ramírez 1985)
- Varas, Antonio
1861 El terremoto de Mendoza, *Revista de Sud-América*, Vol. I, Pág. 697, Valparaíso
- Verdaguer, José A.
1931/2 *Historia eclesiástica de Cuyo*, 2 tomos, Tipográfica Salesiana, Milán
- Verney, Peter
1979 *The Earthquake Handbook*, Paddington Press, London
- Videla, Eusebio
1802 Descripción de la ciudad de Mendoza, *El Telégrafo Mercantil* (31 de enero), pp. 66-71, Buenos Aires
- Vicuña Mackenna, Benjamín
1936 *Páginas de mi diario durante tres años de viaje*, Obras Completas, Vol. II, Universidad de Chile, Santiago
- Voltaire (Francois-Marie Arouet)
1994 *Cándido* (1759), Editorial Fontana, Barcelona
- Waltham, Tony
1978 *Catastrophe: the Violent Earth*, MacMillan Books, Londres
- Wijkman, Anders y Lloyd Timberlake
1985 *¿Desastres naturales: fuerza mayor u obra del hombre?*, Earthscan-IIED, Washington
- Williams, James
1995 Earthquake Engineering: Designing Unseen Technology against Invisible Forces, *ICON* vol. 1, pp. 172-194, Frank Caas, Londres
- Ziegler, Phillip
1982 *Black Death*, Penguin Books, Hardmondsworth

OTROS

Ilustraciones y fotografías, se encuentran disponibles en la URL:

http://www.danielschavelzon.com.ar/?page_id=827&file=Area+Fundacional+de+Mendoza%2F